



Algún día
nuestros ojos
verán

Marta Català Vila

**ALGÚN DÍA
NUESTROS OJOS VERÁN**

MARTA CATALÀ VILA

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Algún día nuestros ojos verán*

Autor: *Marta Català Vila*

Edición publicada en diciembre del 2018

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

Algún día
nuestros ojos
verán

Marta Català Vila

*Aprisa, al pasar la mano
un desconocido fuego.
Pero todo es lejanía
y el tiempo
no tiene ya calidad,
ni dueño.
El fuego está helado, el mundo
remoto se da al misterio.
Y no sé si estamos vivos
o muertos.*

José Hierro

Índice

Algún día nuestros ojos verán

Una pistola en la repisa

Voramam

Una habilidad

Un precio demasiado alto

El ocho y el cero

Enemigas

Sed

Lo no dicho

Insignificante

La otra mujer

Silencio incómodo

Probabilidades

El fin del mundo

La dialéctica del amo y el esclavo

Él

El gato

Noche de verano

El pañuelo a rayas

El parásito

La escollera

Abajo el telón

Repetición

Un ataque de lucidez

Que sea martes (si quieres que te recuerde)

Nota final

Algún día nuestros ojos verán

Carmen apartó las verduras de su plato, estaban demasiado pasadas y dejaban agua en el fondo. A Jacobo no parecía importarle, claro que engullía la comida sin pensar, los ojos puestos en la televisión.

—Antes, en el súper, me ha pasado algo bochornoso —dijo ella, segura de captar la atención de su marido. Tuvo que insistir.

—¿Qué te ha pasado?

—Una mujer extranjera me ha preguntado en inglés qué quería decir “guisantes”. ¿Te puedes creer que no me salía la palabra? Me he bloqueado por completo y no he sido capaz de decírselo.

—Ah, bueno.

—¿Ah, bueno? ¡Soy profesora de inglés! Casi me muero de la vergüenza. He fingido que recibía una llamada, me he apartado unos pasos y lo he buscado en el móvil. “Green Peas”.

—¿Como los ecologistas?

—¿Qué?, no..., bueno, parecido. El caso es que cuando iba a decírselo, la mujer se había marchado. Me he sentido como una completa tonta. ¡Mira que no acordarme!

—Cariño, eres maestra, no tienes que saberlo todo.

Eran palabras para reconfortarla, pero a ella le sonaron a cuerno. En el fondo, Jacobo tenía razón. Solo era maestra.

—Bueno, ¿y tú qué?, ¿qué tal te ha ido en la clínica?

—Bien, la rutina de siempre: presbicia, cataratas, algún niño miope... nada interesante. Ah, y esa paciente histérica, la señora Pons.

La voz de la presentadora los distrajo. Informaba sobre una pareja descuartizada en la playa. Dos bolsas de plástico en la orilla.

—¿Y por qué histérica? —Carmen retomó la conversación.

Jacobo la miró con asombro. Parecía haber borrado ya a la mujer de su mente. Y a ella, reducida ahora a unos ojos interrogadores al otro lado de la mesa.

Repitió:

—La señora Pons..., ¿por qué es una histérica?

—Ah, quien dice histérica, dice loca de remate. Ha venido esta mañana con una historia totalmente absurda. Cree que puede recuperar la vista.

—¿Y eso es absurdo?

—En su caso, sí. Sufre degeneración macular avanzada en los dos ojos. Ya padece una significativa pérdida de visión central y va a ir a peor. No hay curación.

Jacobo se sirvió un poco de vino de burdeos. Carmen esperó. Su marido parecía decidido a dejarse absorber de nuevo por las noticias.

—Bueno, Jacobo, pero habrá hecho algo para parecerte una histérica, ¿no? Quiero decir, que desee ver es algo comprensible.

—La chifladura es que, a pesar de la claridad del diagnóstico médico, cree que puede volver a ver porque ha tenido una visión, lo cual es paradójico para una mujer casi ciega, ¿no?

—¿Qué visión?

—Estupideces.

—Cuéntamelo, por favor.

—Pues... ha soñado con una desconocida vestida del rojo de un sol acuchillado —Jacobo enfatizó estas palabras para presumir de memoria y dejar claro que él jamás se expresaría así—. La mujer era como... de otro mundo o dimensión. Todo el sueño era algo místico, una soplapollez, vaya.

—¿Y ya está?

—No, no está. Esa... mujer estaba haciendo un puzzle o algo así. — Levantó la mano adelantándose a una posible pregunta.— No me preguntes qué quiere decir eso porque no tengo ni idea. Y de pronto, y esto es lo importante, la mensajera de rojo levantó la cabeza y dijo: “Algún día nuestros ojos verán”. Y la señora Pons se lo ha tomado al pie de la letra y ha irrumpido en la consulta en un estado de sobreexcitación evidente que me ha obligado a llamar al de seguridad. Me ha alborotado a toda la clínica en un momento.

—¿Y la has echado? ¡No habrás sido capaz!

—¿No echas tú a los niños de clase cuando se portan mal?

—¡No! Creo que los aburro tanto que ni se mueven. Además, no irás a comparar...

—Deberías imponerte. La gente nos ha perdido el respeto. Antes, los maestros y los médicos teníamos autoridad. En cualquier caso, estarás de acuerdo en que esos números se montan en los ambulatorios de barrio, no en las consultas de la Gran Vía. Mis pacientes pagan por un servicio de calidad. Por desgracia, Miralles estaba por allí en ese momento. Estas cosas la alteran. Es una mujer demasiado compasiva, no tiene la cabeza fría.

—Pero es la jefa del equipo...

Jacobo resopló con descontento.

—Por eso he tenido que atender a la Señora Pons y tratar de calmarla. Le he prescrito un colirio y un sencillo ejercicio. Y fin del asunto.

Carmen conocía bien la sonrisita con la que Jacobo había liquidado la frase. La empleaba a menudo y casi nunca implicaba nada bueno para los demás.

—¿Qué clase de ejercicio?

—Nada, no tiene importancia.

—Ay, va, ¡dímelo!

—Ya que insistes, se trata de mirar al sol mientras mueve la cabeza de derecha a izquierda, un par de horas al día, preferentemente de mañanas.

—¿Y eso la ayudará?

Su marido la miró como si ella hubiera dicho una auténtica barbaridad.

—Claro que no, pero dejará de darme el coñazo. Los ciegos son muy persistentes.

“Jacobó, eres gilipollas”, pensó Carmen antes de levantarse a por el postre.

Esa tarde estuvo de un humor depresivo. Jacobo tenía cena con los colegas de la clínica. Carmen le dijo que le dolía la cabeza y no lo acompañaría. A él no pareció importarle y ella se alegró cuando cerró la puerta. Prefería leer a pasar tiempo con su marido, era la pura verdad. Al menos los libros le interesaban todavía. Jacobo hablaba con un tono de voz tan monótono que ella tenía que contener los bostezos y había desarrollado un dolor de mandíbula agudo al reprimir el gesto.

No es que estuvieran en crisis, es que se conocían demasiado.

A veces se atormentaba por pensar así, porque, si lo reflexionaba objetivamente, Jacobo era un buen marido, inteligente, tranquilo y moderadamente atractivo. Pero también era... como un periódico viejo: sin ninguna relectura posible.

Carmen se tomó un Orfidal y se fue a dormir, sabedora de cuándo retirarse. Ante todo quería neutralizar la culpabilidad que le suscitaba ese vago sentimiento de insatisfacción.

Ya en la cama, evaluó su confortable dormitorio, diseñado con colores pastel, armonía visual y buen gusto allí donde posara la mirada. Solo una mujer neurótica se sentiría melancólica en una habitación como la suya. ¿Entonces...? Sucedió que había imaginado que su vida, a esas alturas, sería

de otra manera. No es que fuera mala, de hecho podía considerarse muy afortunada, pero... dos décadas de matrimonio, cero hijos (por decisión común de ambos); doce años de hipoteca por delante (con un interés muy bajo); viajes transoceánicos en verano para compensar (¿compensar qué?), y siempre deseando regresar a casa a los tres días. ¿Y qué más? Ah sí, claro: una plaza de maestra desde los veinticuatro. Niños a los que enseñar y que se regeneraban, intactos, cada año mientras ella entraba en la madurez irremediamente. Y de pronto, un buen día, en el súper se olvidaba de la palabra guisante. “Green Peas”.

Mientras se dormía pensó en la señora Pons, aquella pobre mujer que soñaba con tanta viveza en un imposible.

Carmen abrió los ojos y gritó.

—¿Qué pasa? —protestó Jacobo medio dormido a su lado. Eran las cuatro.

—¡Es fucsia!

Jacobo farfulló algo, se dio la vuelta y continuó durmiendo.

Carmen saltó de la cama y, descalza, atravesó el salón hasta la terraza. Necesitaba espacio a su alrededor.

Lo había visto con absoluta claridad y era tan reciente que continuaba sobrecogida. El vestido no era del color del rojo de un sol acuchillado, como había dicho la señora Pons, sino fucsia. La pobre quizá no distinguió bien los detalles. Porque sí, Carmen también había visto a la mujer del sueño.

¿Cómo describirla? Tenía la grandeza y transparencia de un arquetipo. Era humana y divina a la vez. Si alguien le hubiera preguntado, con torpeza podría haber intentado explicar lo que veía. Por ejemplo, describir un rostro clásico, de mirada inteligente, arrugas bellísimas alrededor de los ojos, pero ninguno de sus rasgos definía a la mujer, ni podía dar cuenta del sueño con exactitud, porque este estaba cargado de sensaciones indescriptibles de paz, plenitud y confianza.

Supo de inmediato que aquello era más que un sueño ordinario, lo percibió en su interior. Carmen se había sentido como una testigo observadora, situada no se sabe en qué plano de existencia, pero partícipe de lo que veía.

Tal como había relatado Jacobo, la misteriosa mujer construía un puzzle, pieza a pieza. Y ella había visto el dibujo que las piezas formaban. Era el de la Tierra vista desde la distancia, como una esfera azul y blanca, radiante, emergiendo en la silenciosa noche espacial. Recordaba la mirada compasiva

de la mujer formando el rompecabezas. De pronto, y este había sido el momento más trascendente, la aparición la había mirado directamente a los ojos y había dicho aquello, palabra por palabra: “Algún día nuestros ojos verán”.

El corazón aún galopaba, pero Carmen no estaba asustada, sino revitalizada y muy intrigada. ¿Por qué le había comunicado eso? Sintió sin duda que la mujer le hablaba a su corazón, como si este fuera el órgano que oía, observaba y entendía. Y tuvo la absoluta seguridad de que sí: ella también vería.

Sin embargo, no sufría de ceguera alguna. Su agudeza visual era del cien por cien y ni siquiera necesitaba gafas de lectura. Únicamente tenía esa sensibilidad al exceso de luz que mitigaba con el uso continuo de gafas de sol. Miró a lo lejos, poniendo a prueba su vista. Aquella valla publicitaria estaba a bastante distancia y la veía con claridad: “Construye tu vivienda, haz realidad tu sueño”. Entonces, ¿qué quería decir la visión en su caso?

Cuando cerraba los ojos todavía veía el color fucsia ante ella, misterioso, destacado entre el resto de tonalidades del sueño, como si guardara un secreto. A diferencia del rojo, no era agresivo. Era un tono suave, delicado y no obstante, muy vivo. No se lo podía explicar, solo lo intuía, pero de algún modo sabía que ese color estaba conectado con ella, así como, ahora lo entendía, el rojo debía de estarlo con la señora Pons. Rosa fucsia... después de todo, de ese modo sentía su vida, transcurriendo con menos intensidad cada nuevo curso escolar. Sus facultades físicas declinaban y sin embargo, en el sueño, el color era perfecto.

No quiso contarle nada a Jacobo a la mañana siguiente. Este ni siquiera comentó el incidente de su brusco despertar, probablemente lo había olvidado. Mejor. Estaba segura de que, si se lo decía, encontraría una explicación. Que la histeria femenina es contagiosa, que la menopausia estaba al caer y debía ser considerada una enfermedad. Seguro que le hubiera prescrito Trankimacín para acompañar al Orfidal.

“Algún día nuestros ojos verán”, ¡qué frase tan fantástica! Comprendía perfectamente la excitación de la Señora Pons. Sin duda, la visión transmitía algo indescriptible que podía comprender ahora que se sentía contagiada de aquella intensa emoción.

Aunque Jacobo permanecía indiferente a su transformación, sus alumnos sí notaron el cambio. Todo era más vibrante en el aula: se reían, cantaban,

aprendían con facilidad. No era una nueva metodología, era la esperanza lo que los electrizaba. “Hope”. Eso tenía que ser. ¡Qué ciega había estado! Durante demasiado tiempo sus clases habían consistido en la repetición de ejercicios gramaticales mecánicos y soporíferos. No podía admitir que los niños habían empezado a irritarle años atrás. Eran inquietos y alborotadores y ella quiso anestesiarlos con verbos, adjetivos y toda la pesadez que la lengua inglesa ponía a su disposición. Acudió a su mente aquella frase de *Sonrisas y lágrimas*: “No es defecto de los niños, sino de las institutrices”. ¡Exacto!, no eran ellos los hiperactivos, era ella la atrofiada. La frescura de sus niños la hacía sentir vieja y se había defendido con argumentos adultos y oxidados. Pero se equivocaba por completo. Ellos en realidad, por fin lo entendía con la fuerza de una revelación, tenían el remedio contra su declive. En esas pupilas jóvenes y entregadas, en esas mejillas llenas de vida, ella podía perdurar y quizá con el tiempo... ver.

A pesar de todo, el vivificante efecto fue decreciendo suavemente con el paso de las semanas. Carmen lo escribió todo en un cuaderno, intentando retener en la mente cada detalle, pero sus esfuerzos no lograron evitar que el sueño menguara de intensidad a cada día que pasaba. Se sentía como quien pierde visión poco a poco y se fue convenciendo de que todo aquello, a su pesar, había sido producto de la sugestión: una inconsciente empatía con la paciente de su marido y nada más... Al menos, se consoló, sus clases y su humor habían mejorado con la experiencia y sus niños eran objetivamente más felices.

Una mañana después de las clases, decidió tomar el bus de regreso a casa. Los exámenes de junio se acercaban, la reunión del Consejo Escolar la había dejado agotada y cargaba con un maletín lleno de papeles por cumplimentar. Se sentó junto a la ventanilla y permitió a sus ojos vagar por un momento, escapando a lo lejos, más allá de la distancia a la que los tenía confinados y liberados de la sensación de aplastamiento que le producía corregir un ejercicio tras otro en las pantallas electrónicas de su colegio. Hacía mucho calor, el sol estaba en lo alto. Miró en dirección a las azoteas más lejanas, tratando de encontrar alivio entre los rayos de luz. Parpadeó varias veces hasta que sus ojos se humedecieron y se dejó adormecer por la radio del autobús. “España, que llegó a colocarse como la octava economía del planeta, caerá hasta el puesto quince a partir de 2021...”

Y entonces la vio en uno de los terrados. Inmediatamente pegó la nariz a

la ventanilla para asegurarse. Sí, allí estaba en la distancia: una mujer sola, con el rostro vuelto hacia el sol, como un punto aislado en el sonambulismo de la ciudad, marcando un ritmo distinto al resto. Una mujer cuya barbilla iba del hombro izquierdo al derecho, una vez y otra y otra, bañándose en la luz... como... Jacobo le había prescrito seis meses atrás.

Carmen apretó el botón de parada y bajó a toda prisa del bus empujando a los pasajeros somnolientos que le cerraban el paso. No podía perder a aquella figura de vista y aceleró el paso en su búsqueda.

El edificio en el que había visto a la mujer era uno de esos con portero y varios ascensores. Sin perder un segundo franqueó la entrada y atravesó el vestíbulo.

—Voy a ver a la Señor Pons —aventuró sin detenerse.

—Segundo piso —dijo el portero—, aunque...

—Pasa mucho tiempo en la azotea —completó ella para sorpresa de ambos.

Subió por las escaleras dando a su cuerpo la oportunidad de ejercitarse y a ella la opción de pensar. Mientras ascendía ignoraba qué iba a hacer exactamente. Ante todo, tenía que decirle a esa mujer que su marido le había tomado el pelo y que jamás se curaría. Debía abandonar esos ejercicios humillantes con los que un médico arrogante había querido quitársela de encima.

Jadeando, alcanzó las últimas escalerillas que llevaban al terrado. Su corazón latía con la frecuencia exacta de aquella noche de enero en que la aparición de fucsia se le manifestó. Abrió la portezuela de la azotea, dio unos pasos y aguardó, vacilante.

La señora Pons continuaba ladeando la cabeza a un lado y a otro, pero ahora que la veía de cerca, advirtió que no había rutina en su expresión, y tampoco parecía una pobre mujer haciendo el ridículo. Sonreía con los ojos entrecerrados apuntando al sol y en su rostro, brillante de luz, había algo majestuoso... había confianza y fe. Era como si, apropiándose de ese movimiento tan simple, lo hubiera trascendido por completo, como si en él hubiera encontrado una respuesta.

Carmen sintió de pronto que era parte de todo eso. Y más aún... su cabeza quería ladearse, entrar en la danza. Ella también deseaba mirar al sol de frente. Se quitó las gafas.

No sabía qué la empujaba, pero estaba completamente segura de sus palabras cuando por fin le habló a la señora Pons:

—¡Algún día nuestros ojos verán!

Una pistola en la repisa

¿Qué sucedería si disparara? Es la pregunta que me hago todos los días desde hace tres meses. El tiempo que la pistola lleva en la repisa, donde ella la dejó. Un buen día, tomó la decisión, revisó el tambor, observó que el arma estaba cargada y la colocó suavemente a mi alcance.

No era la primera vez que me desafiaba. Llevaba tiempo tratando de provocarme. Yo, defensora de la Igualdad, funcionaria de Justicia y líder de opinión. Yo, sí, prudente y débil también, casada con una mujer que quería arruinarme la vida.

—¿Por qué no optamos por un divorcio como la gente normal?

Ante mi sugerencia, me lanzó un libro a la cabeza. Y de los gordos.

—¿Es normal que la gente se divorcie? ¿Eso es lo que crees?

—No sé si es normal —me encogí de hombros—, pero es habitual. Y gracias a Dios.

—Pues yo creo en las promesas y el amor eterno. O al menos, mientras dure la vida de una de las dos.

—Hasta que la muerte nos separe —dije sintiendo un escalofrío.

—Somos bastante jóvenes y sanas... También a ti se te hace largo, ¿verdad?

No me dejé intimidar. Las desavenencias entre nosotras eran el pan de cada día. En vano trataba de razonar con ella, frecuentemente tras alguna bronca, mientras recogía los vidrios rotos o evaluaba los desperfectos de nuestra última tempestad emocional.

—Te amo demasiado para matarte —dijo una vez que su puntería hizo diana en mi frente abriendo una brecha sobre mi ojo derecho.

—Me alegra que digas eso —dije. Era cierto.

—Eres lo que más quiero en esta vida... —dijo ella mientras limpiaba la herida con mucho cuidado.

—Bueno, la verdad es que tú también...

Entonces levantó la mano para que callara y la dejara proseguir.

—Pero también lo que más odio.

—¡Vaya por Dios!

—No metas a Dios en esto. ¿Acaso no ves cómo sufro? Ya no soporto esta situación. Necesito desesperadamente que esto acabe. Y pronto.

—Conozco a un abogado matrimonial que nos puede ayudar.

—¡Tú y tus abogados! Ni lo pienses.

Me era familiar su animadversión por la justicia y sus agentes.

—¡Podemos ir a terapia de pareja!

—¿Es que no lo entiendes? Te digo que esto solo puede arreglarlo la muerte.

De nuevo aquella obsesión. Cuando me hablaba del tema, sus ojos se encendían como brasas de carbón. Era imposible ignorar la convicción que transmitían. Tan imposible como pensar que mentía. Ni tan solo podía consolarme con la idea de que mi mujer había perdido la cabeza. Al margen de su manía, llevaba una vida funcional, estaba sana y, según dejaba claro, muy segura de lo que decía. Y sin embargo, esa obsesión con la muerte...

—Cuando tenemos ideas negativas, o pensamos en hacernos daño... un médico quizá puede...

—Soy escrupulosa y no contemplo el suicidio —interrumpió.

—¡Por supuesto que no! —suspiré con alivio—. Tienes toda la vida por delante.

—¡No me vengas con tópicos! Lo que quiero decir, y tú te obstinas en no entender, es que, como no contemplo la idea de atentar contra mí, solo me queda una opción para conseguir mi libertad.

—¿Cuál, atentar contra... mí? —solté una carcajada que murió, temprana cuando reparé en la pistola en su mano—. ¿Pero qué haces?

—¿Para qué tenemos si no una pistola en la repisa?

—¡Basta de bromas! Te advierto que tu charada no tiene ninguna gracia.

Ella asió la pistola, la elevó a la altura de su nariz apuntando hacia un bonito jarrón sobre la chimenea. Era un regalo de bodas. Atónita, contemplé sus movimientos hasta que un sonido me aturdió, el del jarrón haciéndose añicos detrás de mí. Había disparado sin siquiera vacilar.

—¿¿¿Estás loca???

—No soy loca sino coherente. Voy muy en serio. Desde siempre.

En efecto, así había sido desde que la conocí, nos enamoramos e hicimos nuestros votos.

—No nos casamos gratuitamente ni a la ligera —me advirtió aquel día frente al juzgado.

Bromeé sobre las tasas que había que pagar. Ella me besó despacio y después añadió:

—De esto no vale arrepentirse.

Y así era al parecer. Estaba fuera de lugar argumentar contra la rigidez de su carácter. Al menos, no mientras me apuntaba.

—Hemos de acabar con la farsa de nuestro matrimonio. —Me ofreció la pistola—. Hazlo tú.

—¡Me niego! —grité, apartándome—. Es inmoral, perverso y... psicopático.

—Yo opino que es una bonita metáfora de la vida misma. Alguien tienen que dar el paso y matar la relación.

—¿En serio te parece razonable que nos matemos entre las dos?

—No, las dos no. Es mejor que una sobreviva. No se trata de armar dramas tampoco.

—¡Claro! —me escandalicé—, no se trata de armar dramas. Pero ¿tú te has oído hablar?

—No tiene que ser hoy. —Volvió a colocar la pistola en su sitio—. Francamente, no me encuentro de ánimo. Pero será. Si no ahora, mañana o tal vez la semana que viene. Un día reuniremos el coraje. Una de las dos lo hará.

—Nunca haré tal cosa. Y tú tampoco.

Sonrió y sus labios rosados brillaron. No hizo falta añadir nada para que la creyera bien capaz de obrar según su obstinada idea.

Como cualquier persona razonable, opté por ignorar a mi mujer. No podía colaborar con su insania de ninguna de las maneras. Ni siquiera retiré el arma de la repisa para que no creyera que temía algo. Mi plan era mostrar indiferencia y esperar a que el revólver pasara a ser parte cotidiana del mobiliario, quizá el símbolo de nuestro matrimonio, acumulando polvo mientras nosotras seguíamos tratando nuestras diferencias. Y nada más.

Pero algo había cambiado. En ocasiones, tras una discusión tonta —¿quién friega los platos esta noche?— sentía la inquietud apoderarse de mí. Se multiplicaba cuando ella miraba la pistola, o tal vez fijaba su atención en el espejo de la pared, junto al arma. Entonces me apresuraba a lavar los platos, o lo que fuera que ella hubiera sugerido. Cuando estaba disgustada, trataba de agradarle y me volví más amable que nunca. Creo que nuestra vida marital mejoró bastante. A veces, sin embargo, sin que mediara ningún conflicto, en momentos de aparente armonía, ella suspiraba y se acercaba al estante. Entonces yo sentía la tensión en cada músculo de mi cuerpo y el terror duraba hasta que ella se entretenía con alguna cosa y se alejaba de la pistola. Al menos por aquella ocasión.

—¿Sigues pensando en esa locura? —le pregunté después de semanas de

sostenida y mal disimulada angustia— ¿No es verdad que estamos mejor que nunca?

—Es cierto que estamos mejor, pero también que mis convicciones son inamovibles. O lo haces tú o...

—O lo harás tú.

Así seguimos. La pistola continúa sobre el estante. No ha cogido polvo. Al contrario, está reluciente, porque ella la limpia cada domingo y la deja a punto, siempre lista para resolver nuestro matrimonio en cualquier momento.

Mi mujer duerme ahora, una siesta plácida que la hace sonreír en sueños, abandonada sobre el diván con una falda amarilla y una blusa a rayas. Sigue siendo adorable. Se ha descalzado y tiene un dulce aire de Blancanieves soñando con cervatillos. Pura inocencia con tendencias criminales.

La amo todavía, aunque no sé si más que a mi propia vida. Por eso, ahora mismo, frente al revólver, me pregunto qué pasaría si fuera yo quien disparara.

Voramar

Anoche soñé que tomábamos algo en un sitio llamado Voramar, aunque el mar... no se veía por ninguna parte. No se divisaba, pero sabíamos que estaba en algún lugar, oculto por bloques de edificios nuevos en la avenida Tarongers. Hasta nosotras llegaba un olor a salitre y había un rumor de piedras desparezándose, así que creíamos en lo que no veíamos todavía.

Teníamos calor, fresco a ratos. Habían anunciado un tiempo gélido, por eso, ante tal expectativa, aunque refrescaba, sentíamos que en realidad hacía demasiado calor, como siempre, y por eso yo no sabía si quitarme o ponerme la chaqueta.

—¿Es cosa mía o dijeron que iba a hacer muchísimo frío?

—Han dicho que enfermaremos todos y morirá el uno por ciento de la población.

—¿Será verdad?

—Solo quieren que nos asustemos y compremos vacunas.

Tú llevabas cuello alto y cremalleras en las mangas del abrigo. A veces te llevabas la mano a la manga, sujetabas el tirador dorado y tras una pequeña pausa estirabas de él. Yo creía que querías mirarte el reloj, pero, por lo visto, sólo pretendías subir y bajar la cremallera. Ziiiip, zaaaap. Cada vez que hacías eso mi corazón se detenía.

Por suerte volvía a latir.

Afuera soplaba mucho viento, tanto que parecía que fueran a llegar institutrices volando desde Reino Unido, pero no llegaban porque el vendaval solo arrastraba nubes y las cambiaba de lugar y así el cielo se oscurecía de tanto en tanto sobre nosotras y el resto de la clientela del Voramar, que parecía indiferente a los guiños del clima.

—¿Te das cuenta? A nadie más le importa un pito el tiempo.

—Son fantasmas, todos ellos. No son reales.

Yo te creía. Te quería.

A veces alguna nube descolocada me pillaba por sorpresa y me contagiaba su desconcierto de algodón. Entonces nos envolvían las tinieblas y

yo te apretaba la muñeca con miedo.

—¿Han apagado las luces?

—No, mujer, se ha ido el sol, pero siempre regresa. Confía.

—Pero en la tele han dicho...

—Shhh, el sol tiene mucha más credibilidad que los medios de comunicación.

Y efectivamente, al poco regresaba la luz, y el sol, para reafirmar su presencia fuera y dentro del local, se reflejaba en una bandeja que había apoyada sobre la barra. El destello me cegaba, aunque trataba de verte entre mis dedos, aislando tu imagen en la uve de mi mano. Me parecía que alguien allá arriba también jugaba con cremalleras y así mi corazón permanecía siempre en peligro.

Después te miraba a los ojos y jugábamos a ver quién aguantaba más sin echarse a reír. Casi siempre ganabas tú.

Pero no estábamos tan solas en aquel Voramar con pretensiones marineras, tesoro oculto entre cemento color arena. Tu llevabas en el bolso a Dorian Gray y yo a Maurice Hall: exquisita compañía para nuestros huevos con patatas.

—¡Maurice y Dorian! Confieso que un encuentro entre estos dos caballeros me lo imaginaba en algún puente sobre el río Cam, con chalecos de lana y bicicletas con sillines de cuero.

—Era más fácil traerlos aquí que ir todos a Cambridge.

No entendía el por qué, ni tú lo explicabas. Era suficiente estar allí, en el misterioso y cambiante Voramar. ¿Por qué ahora parecía que lo que aguardaba en las proximidades no era el mar, sino un umbroso jardín que anunciaba su presencia con aroma de palmeras datileras y susurrar de fuentes cristalinas?

Pero ni mar, ni oasis. Tú me aguabas la fiesta muy pronto. Tenías que volver al trabajo y de nada servía mi mirada lastimera.

—¿Acaso creías que esto iba a durar? La vida siempre se impone. Nuestra existencia no es más que una pausa entre dos obligaciones.

Yo me quejaba de tu pragmatismo y buscaba un rehén. Te pedía que permitieras a Dorian quedarse a fumar con nosotros y los demás caballeros del Voramar. Confiaba en que así regresarías. Pero en vez de eso, te empeñabas en que el muchacho te acompañara a visitar a tus clientes y me abandonabas con el rubio y apolíneo Maurice, que no cesaba de preguntarme

al oído la misma cosa, una y otra vez mientras yo desesperaba.

Agotaba mi paciencia este chico.

—Ah, venga, déjame ya —lo zarandee—. ¿Por qué no te olvidas de mí y tratas de resolver tu propio conflicto interior? ¡Qué fácil esperar a que un autor omnisciente te lo dé todo masticado! Despierta, hombre.

—Si yo despierto, tú despiertas.

—Entonces, estate quietecito, por favor.

Prometí que le daría dinero para las tragaperras si me dejaba tranquila. Imagina: cereza, cereza, cereza. Pero Maurice era mucho más obstinado que ludópata. Insistía con lo suyo, así que al final tuve que preguntarte para zanjar el asunto.

—¿En el cuadro... está la imagen de Dorian o la tuya?

También quería saber si dormías sola por las noches, aunque eso me pareció muy impertinente. Creo que no pude evitar preguntarlo, pero ya te habías marchado.

Tu ausencia congeló el Voramar y tuvimos que frotarnos las manos para volver a respirar. ¡Brrr! Alguien estornudó, otro pidió un bocadillo de calamares, la vida proseguía. Las frituras coqueteaban con el azahar de los naranjos de Tarongers en un romance mestizo y prometedor. Y aunque no había suerte con las máquinas de azar, la bebida era gratuita: cerveza, cerveza, cerveza.

Si no hubieras obligado a Dorian a trabajar, habría disfrutado de la tertulia. Allí se habló de deporte, que hace vigorosos a los jóvenes, y de política, que los hace ambiciosos. Son los cuadros los que los vuelven eternos.

Vi un par de cometas entrelazadas surcar el cielo mientras pensaba en vosotros dos. Me preguntaba qué es lo que el bello aprendería contigo y tus aburridos clientes.

De pronto, y sin que la puerta retumbara ni los cristales de las copas tintinearan, habías vuelto y contestado a la gran pregunta. Maurice se estiraba de los tirantes, muy impresionado, pero yo no había escuchado la respuesta. Me daba igual. Seguías siendo tú, en la misma posición, con la misma confianza, pero sin cremalleras. Satisfechas, pedíamos a los muchachos que regresaran a nuestros bolsos y ellos obedecían cruzando las miradas. “So long!”

En el Voramar, además de una extraña flexibilidad temporal que volvía

inútiles los relojes y decorativos los calendarios, había una sólida y muy material tele culona que emitía programación narcótica. O eso creía yo. Preocupada, compartía contigo algunos prejuicios sobre la propaganda bélica y las teorías de la aguja hipodérmica. Me aterraban todos esos pregoneros inyectándonos directamente las consignas televisivas en el córtex. “No lo escuches. Tápate los oídos. No les dejes entrar”. Tú te reías y decías que yo tomaba por mensajes trascendentes lo que no eran más que marujeos vulgares, bodas falsas y cacareos inofensivos.

Y de repente:

“Si una pareja funciona, no hay que romperla”

Mirábamos a la pantalla como si hubiera hablado Dios. Evangelio según San Telecinco.

—¿Has oído? Tomemos nota, acatemos la Ley.

El Voramar parpadeaba de nuevo entre claros y sombras con la urgencia de un redoble de tambor.

Después, mis palabras, que fueron muy pocas (una, dos y tres), se ahogaron en una risa escéptica y busqué en tus ojos una tabla de salvación.

Quise saber si me habías escuchado, porque aquello que había dicho respondía más a mi corazón que el mandato divino, pero después renuncié a las preguntas y las peticiones de auxilio, porque estaba a gusto contigo y me parecía que te conocía desde hacía años y en mi sueño, por lo visto, con eso bastaba.

Una habilidad

Esta es la historia más curiosa que he vivido, ni más ni menos. Nunca he conocido a nadie como Eva. La primera vez que la vi me pareció una intelectual. Sostenía un libro entre las manos y lo leía mientras caminaba, absorta en las páginas.

—*Kak Gamlet prochitala...* —le dije sin poder contenerme.

—¿Cómo?

—Es ruso. Digo que pareces Hamlet, leyendo mientras paseas. Espero no parecerte pedante, pero recuerdo unos versos de Ana Ajmátova...

No solo no se asustó, sino que intercambiamos algunas palabras y nuestros teléfonos. Había surgido lo que yo interpreté como una complicidad inmediata entre nosotras, esas cosas que pasan rara vez. Aquella tarde me envió un mensaje y me invitó a ver *Acorazado Potemkin* en un cine de reestreno. Unas adorables gafas de pasta enmarcaban sus inteligentes ojos cuando llegó a nuestra cita. Compramos las entradas y nos acomodamos en las butacas de aquel cine antiguo y lleno de encanto. La tapicería era verde, el perfil de Eva, rosado. Su imagen permaneció en mi retina unos segundos después de apagarse las luces de la sala. Después, tráilers y un sorbito de Fritz Cola para dos.

—No sabes lo que me cuesta encontrar compañía para ver estas pelis —suspiré a su lado—. Parece que el mundo ya no las valora...

—¡Adoro a Sergei Eisenstein!

—¡Y yo! —la emoción me desbordaba.

—Admiro tanto el montaje en contrapunto. ¿Viste lo que hizo con Prokofiev?

Sentí que me derretía mientras la pantalla parpadeaba en blanco y negro. ¡Por fin había encontrado a mi media naranja! ¿Era posible? Apenas pude esperar a que acabara la proyección para saber más sobre ella, que fue capaz de brillar sin alardes en cada tema de conversación que propuse. Su sofisticación, el movimiento de sus manos, el timbre de su voz... todo me encandilaba.

—No tengo ocasión de conocer a mujeres como tú a menudo —confesé.

—¿Como yo?

—Sí, tan afines a mí en los gustos y la manera de ser... Hasta me encanta

tu camisa y esos zapatos de diseño. Estoy que no me lo creo. A veces es desesperante no congeniar con nadie, puedes sentirte muy sola, como un bicho raro, ¿sabes a lo que me refiero?

—Pues no, la verdad es que no.

—¿Nunca te has sentido diferente?

—Yo siempre encuentro a gente como yo —dijo con candidez—. Tengo esa habilidad.

No pude evitar reír. Admiraba su sentido del humor, sutil y sugerente. Francamente, no podía pedir más, pero... hubo más. La noche fue apasionada. Ella parecía conocer cada una de mis preferencias. Se adaptaba a mí y replicaba mi placer con el suyo en un excitante juego especular.

—Es como si me conocieras mejor que yo misma —dije.

—Solo hay que estar atenta. No tiene ningún mérito.

A mí sí me parecía meritorio. Trataba de encontrar alguna pega, algún fallo. ¿Acaso Eva podía tenerlo todo? Por lo visto, sí.

Naturalmente, necesitaba volver a verla, pero para mi desencanto me dijo que andaba muy ocupada y tardaríamos en vernos. Al parecer, trabajaba sin descanso (no me dijo en qué) y viajaba por todo el país, así que tuve que resignarme a esperar con la promesa de que me llamaría.

Pasaron las semanas cargadas de rutinas y nada supe de ella. Las llamadas morían en el buzón de voz y los mensajes se amontonaban sin respuesta, así que, poco a poco, perdí las esperanzas y la feliz coincidencia entre dos almas afines fue quedando en el olvido.

El catorce de febrero me encontraba sola y ociosa y, para no caer en la tristeza a la que a veces lleva la soltería no vocacional, decidí visitar a Sonia, una amiga de la infancia. Sonia y yo éramos como la noche y el día, pero nuestra mistad no se veía afectada por las diferencias, al contrario: por encima de todo, seguíamos siendo aquellas compañeras de pupitre que compartían pipas en el recreo. Su gran corazón me conmovía y su franqueza y espontaneidad siempre conseguían hacerme reír.

La peluquería de Sonia era un negocio próspero, además de por el talento con las tijeras de mi amiga, por su inmenso don de gentes. Las mujeres iban a contarle sus problemas y alegrías y hasta los hombres más reservados se relajaban mientras les pasaba la maquinilla. Sonia era terapéutica.

—Tía —me dijo mientras me lavaba la cabeza. Había abierto a mediodía para mí y estábamos solas—, una de mis clientas está como una cabra.

—¿Solo una?

Me tiró del pelo.

—Sí, esta se lleva la palma. Hace un rato se ha pasado por aquí. Como es el día de los enamorados ha quedado con su maromo...

—Ajá —amagué un bostezo. Otra maldita pareja feliz—. ¿Y qué quería, un retoque en las mechas?

—¡Qué va! Bueno, lo que quería era... pues... es que va a darle una sorpresa a su novio por San Valentín.

—Deja que adivine: ¿velas perfumadas y entradas para Pachá?

—Un aumento de tetas.

—Qué romántico...

—Mogollón —dijo Sonia sin captar mi ironía.

— Total que ha venido a enseñarme las tetas.

—¿A ti?

—Sí, estaba de los nervios y quería una opinión. Se ha quitado la chaqueta y después el vestido para que las viera, aquí mismo. Menos mal que en ese momento no había nadie. La verdad es que están fantásticas, pero imagina qué loca. Nos hemos reído un montón, qué risa. ¡Me parto con ella!

—Hay gente para todo —dije seleccionando una frase que sirviera a mi perplejidad y no ofendiera a mi amiga.

Sonia comenzó a aplicarme una mascarilla. El olor a eucalipto me relajaba y sus historias me divertían. Esas cosas solo podían pasarle a ella.

—Es curioso porque esa chica... no sé... siempre he pensado que se parece un montón a mí.

—¿En qué sentido? —dije adormilada.

—Sabes que yo también me puse tetas.

—Lo sé. —Aquel era un viejo complejo de mi amiga que había quedado quirúrgicamente resuelto meses atrás.

—Pero es que es... bueno, el primer día no me lo pareció tanto, pero de pronto empezamos a charlar... y a ver, podemos hablar de todo...

—Tú podrías hablar hasta con las piedras—dije.

—Sí, lo sé, pero además está el peinado, su ropa. Coincidimos en un montón de cosas... Y nos gustan los mismos tíos.

—¿Gilipollas con tatuajes?

—¡Exacto!

Recordé a Eva y la eché de menos. Qué felicidad sentir esa sintonía con otra persona, una amiga, una amante... o una cliente de la pelu.

Estaba distraída con los cuidados capilares de mi amiga, así que ni me

inmuté cuando esta habló en dirección al ventanal principal de la peluquería. Ya estaba acostumbrada a que saludará a todo el barrio.

—Eo, guapa, ¡suerteee con tu chico! Ay, nada, que no me ha visto. — Sonia me dio un golpe en el hombro—. Eh, corre, mira, es la que te digo, mi clienta, la de las tetas.

Abrí los ojos con curiosidad justo cuando la mujer en cuestión pasaba de largo. Antes de desaparecer de mi vista dirigió una mirada distraída a la peluquería. Entonces estuve segura de que aquella era Eva. Claro que era difícil decirlo porque su atuendo era vulgar y el color de su pelo, distinto. Y sin embargo eso ojos...

—El vestido es guapísimo, ¿verdad? —dijo Sonia— Es de Primark, lo tenemos igual.

Me levanté de un salto, dando un buen susto a mi amiga.

—¿Tía, te ha picado algo? ¡Qué bote has pegado!

—Esa... mujer... ¿cómo se llama?

—¿Mi clienta?

—¿Eva?, ¿por casualidad se llama Eva?

—Pues sí, ¿la conoces?

—¿Esa es la que tiene el mismo gusto que tú con los hombres?

Sonia asintió. Me quité la toalla de los hombros y me puse la chaqueta tratando de infundirme también de dignidad. El pelo me goteaba por la espalda.

—¿Pero a dónde vas? —Sonia me seguía con una toalla— Mujer, ¿qué pasa?, ¿no pensarás salir así?

Dejé a mi amiga con la palabra en la boca. Tenía que hacer algo muy importante, y ese algo era descubrir por qué la mujer de vestuario hipster, exquisito vocabulario e incuestionable lesbianismo, era ahora una choni heterosexual con un ciento veinte de sujetador.

La seguí por las calles sin decidir muy bien cómo abordarla. Trataba de entender. Tal vez tenía una hermana gemela o quizá participaba en algún experimento social. No podía explicarme su transformación de ninguna manera satisfactoria. Eva caminaba unos pasos por delante de mí, con un gran bolso colgado del hombro. Cada paso suyo despertaba una incógnita. Sus andares chabacanos estaban en las antípodas de la elegancia por la cual yo tanto había suspirado.

Para mi sorpresa, la persecución terminó en un carísimo restaurante japonés, en el que Eva entró con determinación. ¿Qué tendría que hacer allí?

Estuve dándole vueltas al asunto, pensando en todo lo que quería decirle. Estaba enfadada porque no me hubiera llamado, contrariada por su nuevo aspecto, tal vez celosa por su cita de San Valentín. Ante todo, necesitaba comprenderla, así que, tras dudar unos minutos, entré en el restaurante tras ella.

Después de comprobar que no se encontraba en la planta baja, subí por las escaleras hasta la planta superior, reservada a los mejores clientes. Eva tenía que estar en el local, pero ¿dónde?, ¿acaso en los aseos o quizá en la cocina, trabajando? Repasé la información con la que contaba. Si no me equivocaba y era correcto lo que había dicho Sonia, Eva tenía una cita con su novio, el afortunado que iba a recibir la maravillosa y siliconada sorpresa romántica. Pero por más que lo intentara no era capaz de imaginar a un hombre del estilo de los de Sonia en ese restaurante tan elegante. Estaba totalmente fuera de lugar. Quizá yo me había confundido con todo aquel asunto, quizá la cliente de Sonia y mi objeto de fascinación solo eran dos mujeres que se parecían y... tenían el mismo nombre. ¿Cómo explicar eso? Desconcertada, concentré mi atención en las mesas de dos comensales. Por supuesto, no había ningún tío con tatuajes y tampoco ninguna de las mujeres allí presentes respondía a los rasgos de Eva, ni de la primera ni de la segunda. La única persona que aguardaba sola en una mesa de dos era una mujer oriental, más o menos de mi edad, con traje de chaqueta de buen corte, zapatos de tacón y aspecto de directiva. “Distinguida” fue lo primero que inspiró en mi mente.

Estaba ya dispuesta a marcharme cuando desde las escaleras vi avanzar hacia mí a una mujer de sonrisa sutil y magnética presencia. Observé su pelo negro y liso de media melena, sus ojos, occidentales pero pintados con una raya negra que los hacía casi rasgados; su cutis blanquísimo... El perfume de flores me atravesó cuando pasó a mi lado. La seguí con la mirada, incapaz de quitarle ojo. Llevaba un traje oscuro de dos piezas que disimulaba su pecho y un maletín rojizo de piel de serpiente a juego con sus zapatos. Cruzó la mirada brevemente conmigo antes de sentarse a su mesa, en la silla situada frente a la mujer que la esperaba, la “distinguida”. Y supe que era ella. Sí, fui testigo de cómo Eva, mi Eva, y la Eva de Sonia, se había transformado en una tercera Eva, una sobria mujer casi japonesa que sonreía con timidez y sostenía la carta con exquisita delicadeza.

Pedí un sake de arroz que bebí sin apartar la mirada de la camaleónica Eva. Ni una sola vez miró en mi dirección, yo ya no existía para ella. Únicamente tenía ojos para su acompañante, ambas embebidas en una

maravillosa y exclusiva complicidad, hecha de ritmos gemelos y gestos idénticos.

Recordé una frase suya que había tomado por casual y ahora cobraba un sentido literal: “Yo siempre encuentro a gente como yo. Tengo esa habilidad”.

Apuré mi bebida. Ya podía despedirme de mi media naranja.

Un precio demasiado alto

Supe que quería algo de mí nada más llamar al timbre. Era tan raro que me visitara como que lloviera en el Sáhara y ahí estaba, en el umbral, con un pastel de chocolate de tres pisos. Pilar tiene muy buena mano para la cocina y eleva a la perfección todo lo que hace. Si cocina, lo hace como los mejores. Ganó una competición de repostería amateur hace dos años. Internacional, como puntualiza en las ocasiones en que, como quien no quiere la cosa, recuerda este hito.

—Hoy me he levantado pensando que hace mucho que no nos vemos —sonrió con esa sonrisa excesiva, de dientes blanqueados—. ¿Puedo pasar?

Me sentí a punto de invitar al Conde Dracula a mi casa, pero aquel pastel, junto con el paso adelante que Pilar dio, acabaron por hacerme ceder.

—¿Es para mí? —pregunté— No es mi cumpleaños, ni nada. —Por no decir abiertamente: “¿qué es lo que quieres de mí?”

—¿Desde cuándo hace falta que sea el cumpleaños de alguien para dar un detalle a una querida vecina?

Ni pestañeé. ¿Estaba de broma? Traté de encontrar algún signo de burla en su rostro, pero ella mantenía su aspecto competente y solícito.

—La he hecho para ti: esponjoso bizcocho bañado con chocolate negro y relleno de mermelada casera a base de delicadas frambuesas traídas de Chile para la ocasión.

Pilar sabía lo que me gustaba, pero lo de “querida” era todavía más excesivo que importar bayas de Sudamérica solo para hacerme un postre. De hecho, era bastante hipócrita, pues llevábamos veinticinco años de continua hostilidad en los que solo variaba el enfoque. Si yo era más partidaria del enfrentamiento abierto, ella era la reina de la sutileza. Últimamente, nos tolerábamos a base de un trato protocolario y hueco.

Pilar miró alrededor. Era evidente que mi casa le disgustaba en cada ángulo y centímetro cuadrado, pero ese día no quería decirlo. Al menos con palabras.

—Me pillas con la casa hecha un desastre —dije, aumentando su incomodidad.

—Te entiendo, a mí me pasa igual. Siempre aparece alguien cuando peor está todo. La casa es muy poco agradecida.

Mentira cochina. A ella nunca le pasaba. Entre otras cosas, porque tenía un empleado del hogar. Si, su concepto de la igualdad humana estribaba en pagar miserablemente por igual a hombres y mujeres.

—¿Quieres un café?

—No, gracias, la cafeína me altera muchísimo. Ahora solo tomo jugos de verduras.

—Se te nota en la cara, ahora que lo dices.

—¿En serio?

—Sí, estás guapísima. —Quise decir que tenía cara de acelga avinagrada, pero preferí no sacar la artillería—. Bueno ¿y qué es lo que quieres?

—Nada, mujer, charlar, saber cómo estás...

—Anda Pilar, por favor, ve al grano. —Me incorporé. No soportaba aquella falsa tensión—. Sé que no pondrías un pie en mi casa a no ser que tuvieras una buenísima razón para ello.

—Está bien —admitió—. Quiero que apoyes a Pablo en su candidatura a presidente de la asociación.

¡De modo que era eso! Su marido jugaba a hacerse pasar por filántropo amante del arte y ella quería mi voto. No soportaba a Pablo. Era un reaccionario, inculto y despótico que tenía la habilidad de ofender a todo el mundo con su ignorancia. Yo era vocal de la asociación y bastante tenía con aguantar sus vulgares opiniones y sus conservadoras propuestas sin que se me llevaran los demonios cada vez que nos reuníamos.

—Descartado. Sabes que no puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Pues mira, hay muchas razones, pero la principal es que no lo trago, así de claro. Tu marido no tiene ni idea de arte y además es homófobo. Nunca le daría mi apoyo.

—No es homófobo. Solo es... un poco simple.

Su compostura me sorprendió más que su respuesta. La Pilar que yo conocía hubiera hervido de indignación al mínimo comentario. Pero ahí estaba, tranquila, hablando con calma:

—Pablo tiene el típico miedo masculino a la homosexualidad, exclusivamente masculina, por cierto. Es solo ignorancia y ya está. Ser verdaderamente homófobo es distinto.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es la diferencia exactamente?

—La diferencia, a mi modo de ver, está en un odio injustificado que conlleva una negación de la libertad de los demás e implica un ataque

deliberado —puso énfasis en esta última palabra—. Como cuando yo digo, siendo muy consciente de mi desprecio, que las lesbianas se comportan de manera antinatural, por ejemplo.

Sostuve la mirada de Pilar. Estaba perfecta, con su pelo recién planchado, su maquillaje carísimo y su perfume de Dior.

—¿Eso es lo que crees de nosotras?

—Eso es lo que creo. —Se removió en su asiento—. ¿Tienes un cuchillito y probamos la tarta?

Me lo dijo de modo tan amable que su pregunta sorteó mi enojo y tuve que ceder de forma casi automática. Le traje el cuchillo y dos platos.

—Antinatural... ¿Te parece más natural que no nos hablemos en veinticinco años y vengas ahora con una tarta de chocolate a mendigarme un voto para tu marido mientras de paso me insultas?

Pilar abrió mucho los ojos.

—Querida, nadie mendiga ni insulta, solo hablamos tranquilamente. Me has preguntado por la homofobia y es un tema que conozco bastante bien.

De eso no me cabía ninguna duda. Había soportado su desprecio durante años. ¿Era posible que se comportara así, que tuviera la caradura y la desfachatez de...?

—De hecho —prosiguió—, creo que puedo considerarme toda una experta en el tema. Me he pasado veinticinco años, más probablemente, atacando a los homosexuales y apoyando todas las causas posibles contra ellos. Me he manifestado en defensa de la verdadera Familia y a favor del matrimonio heterosexual. También he empleado bromas ofensivas y comentarios malintencionados. Podría decirse que no ha habido mayor cruzada en mi vida ni iniciativa en que haya puesto más empeño.

—Estoy segura.

—Incluso me casé con un idiota para demostrar lo homófoba que soy.

—¿Cómo dices...?

Pilar me sirvió un trozo de tarta cortado a la perfección.

—A veces, lo más liberador es llamar a las cosas por su nombre. Empleas años y años en ocultarte los hechos a ti misma, ¿y para qué? Es una estúpida pérdida de tiempo, porque en el momento menos pensado las cosas salen a la luz de tu conciencia. —Se llevó un pedazo de tarta a la boca—. Riquísima... Hace unas horas, por ejemplo, mientras te preparaba esta tarta, sucedió. Comencé mezclando los ingredientes con el mismo rencor que siempre me inspiras. Es tan automático que no tengo ni que esforzarme. Solo

quería convencerte de lo de Pablo, hacer el trabajo sucio, presionarte un poco y después seguir con mi agenda.

Cada vez que Pilar hablaba estaba tentada de echarla de casa, pero había algo en su discurso que me parecía absolutamente inédito y aún no sabía qué significaba. Esperé a que continuara.

—La cocina me relaja a veces, aunque me resista. Sin darme cuenta, estaba empezando a poner en esta tarta algo parecido al cariño. Había elegido la mejor fruta para ti, a pesar de mi desprecio y ni siquiera me preguntaba por qué. Me esmeraba... me llevé una frambuesa a la boca... ese sabor dulce y juguetón en mi boca fue el prelude de algo, un recuerdo... Inesperadamente, mientras batía la masa, mi mente dejó de pensar y me sentí en calma. No había pensamientos y una desconocida sensación de tranquilidad me atrapó por completo. De pronto, y solo fue un atisbo de claridad, estar casada con Pablo me ha parecido una aberración y un tremendo error, un precio demasiado alto. Entonces, para sacudirme el miedo por lo que estaba sintiendo, me he servido una copa. Ese pensamiento, más que pensamiento... aquella sensación, la certeza de haber vivido como una muerta, ha sido como... ver de nuevo después de años ciega. ¿Puedes entenderlo?

No conseguí hablar. Traté de asentir con la cabeza, pero Pilar tenía algo que añadir.

—Tengo cincuenta y dos años. Hace veinticinco sucedió algo que aún no he olvidado. Una experiencia tan novedosa e intensa que me aterró. Esa vivencia, que negué por completo y que me aseguré de enterrar a base de intolerancia y rechazo, ha querido hoy aflorar a la superficie. ¿Y sabes qué? Esta vez, no he tenido más opción que contemplarla con total honestidad. Tienes razón, no vengo a saludarte. Tampoco quiero que votes por Pablo, es un cretino sin sensibilidad artística. Solo quiero darte las gracias por aquello con cinco lustros de retraso. ¡Qué menos que una tarta!

Se levantó, cogió su bolso y sonrió de la manera ausente que en ella era habitual. La seguí hasta la puerta con el plato en la mano y una cucharada intacta.

—Bueno, querida, ya nos veremos —dijo—. Tengo que marcharme. Todavía he de pasar por el museo y hablar con los otros miembros de la junta y después tengo mil recados más. Realmente, le faltan horas al día para todo lo que quiero hacer.

Pilar volvía a ser la de siempre y se despidió con dos besos mudos que ni me rozaron.

Sí, de vez en cuando, yo también recordaba aquella noche de hacía veinticinco años.

El ocho y el cero

Entonces, a las diez y media llegó ella.

No parecía importarle lo que pensáramos los demás.

Llevábamos días así. El pueblo entero cuchicheaba. Nos rodeaba un uniforme sentir, como el que había dividido al municipio en categorías: ancianas de negros zapatos con los talones pisados; mujeres con un corte de pelo pasado de moda; y hombres afeitados, con gafas cuadradas, camisas azules con cercos de sudor.

Todos la acusaban a ella de haber provocado la marcha de Álvaro. Y parecía claro que ella no pensaba excusarse.

—No me pondré allí donde apunta el dedo.

Eso sería asumirse culpable. Pero es que, en realidad, todo dependía de ella. Álvaro, nuestro alcalde, no cedería. Siempre había tenido voluntad. ¿Cuánta? Basta con decir que empezó su vida siendo mujer y llamándose Isabel. Había luchado por su identidad y eso había forjado su carácter.

—¡Qué ingenuos! —me dijo ella— ¿No lo veis? Comprendió que ser hombre le situaría en el lado privilegiado de la vida. Te aseguro que esa fue su única motivación. Y yo no pienso formar parte de su plan.

Sí, ella era la mujer más hermosa del pueblo, pero no por sus rasgos o su figura. Tenía algo indefinible que nadie más allí poseía. A falta de otro nombre lo considerábamos solo belleza. Era viuda desde muy joven. Álvaro, que buscaba esposa, la había elegido y no aceptaba bien las negativas. Si ella no cambiaba de opinión, él no volvería al pueblo.

En esos momentos, de toda la vida anterior del alcalde, femenina, desordenada y anónima, no se acordaba nadie. Recordaban más en cambio la de ella: demasiado independiente; lloró escasamente al marido; participaba poco en la comunidad; se negaba a cortarse el pelo como pedía el alcalde.

Su resistencia era irritante. ¿Quién se creía que era? Él, con la genialidad de su elevada inspiración, les había sugerido que la igualdad exterior les haría mejores. “Nadie teme a quien se le asemeja”. “Todos los que visten igual piensan igual”. Y estaba en lo cierto. El mundo era más seguro si se dividía en ancianas con zapatos blandos, mujeres con el mismo corte de pelo y hombres con gafas. Niños y animales permanecían sin categorizar, unos a la espera, otros excluidos. Funcionaba.

Álvaro era el ejemplo vivo de la transformación. Se había convertido en un hombre encantador (sin más matices, sin lugar a la ambigüedad) y el pueblo había ganado en autoestima con él, en una sinergia perfecta. El poder, tan ansiado, una vez encarnado, emanaba Poder, uno más grande y más perfecto.

—¿No te parece curioso que la mayor preocupación de todos sea que yo les haya privado de su maravilloso alcalde? —me dijo— ¿Qué hay de esas expropiaciones de terrenos públicos para ampliar su casa?, ¿qué pasa con esas horribles políticas privacionistas? Por no hablar de la espeluznante idea de vestir todos igual.

—Mujer...

—Han perdido el juicio. Están... embrujados.

No era embrujo, sino voluntaria entrega a su magnetismo. Quien conociera a Álvaro lo entendía. Isabel se había borrado de un plumazo y de aquella mujercita imperfecta, acomplexada y amargada que vendía lotería junto al mercado del pueblo, había surgido este hombre completo. Era redondo como un ocho. Lo mirabas fijamente y pensabas en el infinito. Era como sentirte partícipe de todo eso. Aquello era lo que echábamos de menos. Él tomaba todas las decisiones y las tomaba bien. Los vecinos caminaban ligeros, marchando al mismo paso, liberados de la esclavitud de pensar. Álvaro era un líder firme. Y la redondez de sus caderas, el único legado de Isabel, lejos de repeler, invitaba a soñar.

—¿Ocho? —dijo ella— Yo creo que es un cero, como un ojo sin pupila o una mirada vacía. Me da escalofríos.

Ocho eran los años que Álvaro gobernaba. Ocho eran también las semanas que llevaba fuera. Y el pueblo vivía en la ansiedad y el estupor. No era de extrañar que, en consecuencia, ella se hubiera convertido en la persona más impopular. Al fin y al cabo, cero es lo que ella había dado.

—Es absurdo, pero me acusan a mí de todos sus problemas —se quejaba ella—. Necesitan que alguien cargue con la culpa ya que no cabe defecto en su perfecto Mesías. Pero, ¿qué es lo que he hecho yo, eh?

Sobrevino el silencio, como si hubieran cancelado de pronto el sonido ambiente. Las mujeres, los niños, hasta los perros, querían saber, más que nada en el mundo, qué había hecho ella y qué le había dicho exactamente al alcalde. Ese era el *quid* de la cuestión. Debía de ser algo terrible para que él los hubiera abandonado.

—¡Nada! —gritó ella. Y su voz se abrió camino entre las calles empedradas— Justamente. No le he dicho nada. ¡Solo ejerzo mi derecho a ser

libre!

La gente desconfiaba de esa pretensión de libertad. Únicamente querían que su alcalde fuera feliz. Y la felicidad del hombre más íntegro del pueblo, del símbolo y talismán, dependía de ella. Ella, y su mundana carnalidad lo habían llevado a la locura con su estúpida negativa. Ella lo había hecho aullar de frustración. Había arañado su divinidad.

—Nunca le había visto llorar —dijo un niño.

Un anciano confirmó que los mayores tampoco.

Ella se llevó las manos a la garganta.

—Estaba loca si pensé que podría seguir viviendo en este pueblo.

—Seguro que si Álvaro regresa...

Mis palabras resonaron como un eco en la plaza... Regresa, regresa, regresa...

—Por mí como si jamás vuelve —dijo—. ¿Quién le necesita?

Se oyeron protestas de indignación. Aquello era demasiado. No solo provocaba su desaparición, sino que además se jactaba.

—No era tanto pedir —acabé diciendo— que tú accedieras...

—No lo puedo creer —se crispó. En sus ojos había decepción, pero también la seguridad de una traición soñada y confirmada—. ¿Tú también?

Hacía días que la atmósfera era irrespirable y no solo por las cuestiones burocráticas, por los documentos sin firmar, el desconcierto y la anarquía; sino porque la moral de los ciudadanos era ahora espesa como la melaza. El pueblo era oscuro, más frío que de costumbre. Los niños soñaban con insectos. Los perros arqueaban sus colas. Tormentas eléctricas secaban el ambiente.

—No sabemos qué hacer. Él nos sostenía a todos. Álvaro... nos daba sentido.

Se oyeron las campanadas de la iglesia dando las once de la noche.

Ella, con los ojos febriles y la falda verde, me empujó a un lado:

—¡Sois venenosos! Miserables.

Los vecinos comenzaron a arengar. Hostigaban con palabras y miradas que hacían vibrar el aire y provocaban grietas en las paredes.

Como si quisiera protagonizar una película, ella echó a correr y penetró en la oscura iglesia, abierta día y noche desde la desaparición del alcalde. El bisbiseo de las voces parecía el de abejas dormidas esperando atacar. Subió a toda prisa por las escaleras hasta el campanario y la vimos emerger en lo alto de la torre.

Contuve la respiración. ¿Acaso ella...? Se asomó. Sabía que todos la

observábamos, los ojos clavados en su figura, esa que el alcalde veneraba y ella se obstinaba en no entregar.

“¡Salta!” gritó una mujer. Y su voz acabó conformando un coro malicioso.

Ella me miró. Me eligió de entre todos. Esa mirada pesaba como el mundo. El aire agitaba su melena como una llama, como el aura de una santa en peligro. Ahora esa mujer esperaba que yo hiciera callar al resto y detuviera la locura. Confiaba en mi voz segura rompiendo la insania. Solo tenía que pedirle que bajara.

—“¡Salta, salta, salta!” —gritaba la multitud a mi alrededor. Era un sonido perverso y excitante que quería abrirse paso en mi garganta. Y ella lo supo.

Su desesperada dignidad, la sonrisa de quien puede elegir y elige, su decepción desnuda, me obligaron a apartar los ojos y mirar al suelo.

Después, una risa histérica, más campanas, pájaros negros alzando el vuelo, un paso adelante sobre el vacío y un grito seguido de un golpe en el pavimento. Silencio y, poco a poco, un inmenso y unísono suspiro de inhumana satisfacción.

Ahora, la que había sido ella, se confundía con los adoquines de la plaza. Era como un cero mal garabateado con sangre y huesos. Cero quedaba de ella. Su belleza rebajada a los pies de la iglesia. La visión era horrible, pero el pueblo y yo respirábamos mejor.

Seguro que Álvaro regresaba y hacía de esa plaza un precioso lugar.

Enemigas

El sentimiento era limpio como un axioma. Ana A. odiaba a muerte a Marcia B.

El simple hecho de ver su cara ya le disgustaba. Detestaba por encima de cualquier otro rasgo, aquellos ojos pequeñitos y oscuros de ratoncillo estreñado. Claro que eso no era más que la punta del iceberg de una animadversión sostenida. Y compartida, sí, porque era cosa de las dos. Día a día, como artesanas, habían ido modelando su mutuo desagrado hasta alcanzar el perfecto aborrecimiento mutuo.

Aquella mañana en la oficina la sutileza se dejó de lado. No podía jurar que lo hizo a propósito, pues Marcia B. dominaba la técnica de odiarla y guardar las apariencias, pero lo cierto es que su detestable colega le derramó el café recién hecho sobre la mano. Todo el mundo lo vio, aunque nadie interpretó voluntariedad.

Ana A. aulló de dolor.

—No has debido poner la mano encima de la taza —dijo Marcia B. sin disculparse. Por supuesto, nunca lo hacía. Ni lo había hecho ella días antes cuando, ordenando expedientes, le propinó un codazo en la frente que la dejó marcada durante horas.

Sintió toda la ira del mundo concentrada sobre el dorso de su mano, pero no quiso acusarla. Hubiera sido demasiado satisfactorio para ella que los demás la vieran perder el control.

—No pasa nada, mujer. Hoy tenía las manos heladas. Casi que te lo agradezco.

Sorprendida, la otra frunció los labios en una sonrisa un milímetro demasiado forzada, pero fue suficiente para que Ana A. se marcara el tanto. Algunos goles entran pegaditos a la escuadra.

A pesar de su entereza, la quemadura dejó un cerco rosado sobre su piel y el jefe del departamento la envió al centro de salud.

—No te olvides de pedir un justificante —dijo Marcia B. con retintín.

A solas en el ascensor, Ana A., gritó. ¡Cómo la odiaba! Nadie en este mundo le producía semejante sensación visceral. Ni ahora ni nunca. Ella se tenía por alguien de buen carácter, algo competitiva, pero perseverante en sus objetivos y fiel a sus pasiones. Cooperaba con un par de ONG's, leía libros

budistas y meditaba de vez en cuando. Sin embargo, Marcia la exasperaba hasta el extremo. Sabía que era absolutamente recíproco. Lo percibía en la tensión de la piel de su enemiga, cada vez que se acercaba; en el tono lúgubre que adoptaba su voz; en el aire mismo, que parecía cristalizarse a su alrededor y se volvía, por momentos, irrespirable.

En el centro de salud le pincharon y recetaron antibióticos. La enfermera le preguntó cómo se había hecho una quemadura tan fea.

—Puse mi mano donde no debía —dijo apretando las mandíbulas. Era consciente de que su odio no expresado le amargaba profundamente.

Abandonó la enfermería descorazonada ante ese lunes que empezaba con resentimiento y una mano inutilizada. Tal vez era el momento de cambiar de trabajo. ¿Qué la ataba a aquella ciudad? Se sentía capaz de encontrar un empleo relacionado con el marketing en cualquier otro lugar. No lamentaría despedirse de aquella empresa tan “progre” y superficial, con su pandilla de ejecutivos con gafas *Rayban* y tirantes de Bob Esponja. Sí, se largaría y jamás volvería a dedicar un pensamiento a Marcia B., ¿verdad?

Era cierto que, en las pocas ocasiones en que su enemiga enfermaba y se ausentaba del trabajo, sentía cierto nerviosismo, como si le faltara algo. Quizá sus sentidos estaban tan saturados que el mero descanso de su presencia le causaba desasosiego en lugar de alivio. Así de perversa era la extenuante batalla psicológica que libraban.

Necesitaba demorar un poco la vuelta al trabajo. No tenía ninguna intención de regresar a la oficina a toda prisa con el justificante en la boca. Cualquier cosa le valía, salvo un café... de eso ya no tenía ganas. Su querida Marcia se había encargado de tatuárselo en la piel.

En su deambular sin rumbo por la ciudad, Ana A. se fijó en la inscripción de aquella placa de bronce y, sin pensar más, empujó la puerta. “Doctor X. Psíquico. Alivio de tensiones. Adivinación de porvenir”. No creía en esas cosas, naturalmente, pero le pareció una inmejorable manera de perder el tiempo. Se iba a permitir el lujo de ir a ver a un vidente mientras los del trabajo la esperaban para iniciar una reunión. Brillante.

No tuvo tiempo de arrepentirse de su travesura, porque el supuesto doctor X salió a recibirla nada más llamar al timbre.

—Pase, por favor —dijo el hombre con sencillez. Su aspecto era bastante normal, nada de turbantes, bigotes falsos o batas de seda. Le decepcionó un poco. ¿Y si había ido a un oculista en realidad?

—Usted es vidente, ¿verdad? —quiso asegurarse.

—Todo el mundo se sorprende, pero la videncia, y eso se lo aseguro, es algo muy natural que no requiere de adornos, sino de sinceridad. Todo lo demás está pensado para impresionar al público en las ferias ambulantes.

Nada de lo que él dijera la iba a convencer, pero ya que estaba allí, decidió relajarse. Sin embargo, no sabía qué preguntarle.

—Y bien, ¿qué le preocupa?

—Nada. Realmente nada.

—¿Me permite las manos?

Dudó, pero el doctor X extendió las suyas y, casi sin querer, respondiendo a su gesto, hizo lo propio. El hombre fijó su mirada en la mano vendada.

—¿Qué le ha sucedido?

—Dígamelo usted —dijo sin poder contenerse.

—Soy vidente, no adivino.

—¿No es lo mismo?

—En absoluto. Yo veo lo que su cuerpo manifiesta y lo que su inconsciente proyecta. Leo sus deseos y, en base a eso, aconsejo.

—Ajá.

—De aquí —señaló la mano herida— solo puedo deducir dolor y rencor.

Era una buena definición. Al menos se ajustaba a lo que sentía. Retiró la mano. Nunca le había gustado que la observaran. Le sucedía con Marcia B. Su mirada penetrante sobre ella desde el primer día que se vieron la llenaba de inquietud. Quiso salir del paso.

—Me gustaría saber si es buena idea cambiar de empresa. Si me va a ir bien en otro sitio, vaya.

El doctor X inspiró hondo y le dirigió una mirada franca.

—Creo que no es eso lo que le preocupa hoy. Lo del trabajo es solo una excusa, ¿verdad?

—¿Cómo dice? Por supuesto que no es ninguna excusa. Es el motivo de mi consulta.

—Esta bien. Pues creo que será muy infeliz en el nuevo trabajo y que debería usted reconsiderarlo.

—¿Infeliz?, ¿en serio? ¿Ve usted la desgracia en mis manos? ¿Me va a pasar algo terrible?

—No, no —dijo el doctor X con serenidad—. No se alarme. A usted le va a ir muy bien... si se queda en su trabajo.

—¿Ah sí?

—De hecho, le auguro felicidad. Hay amor a la vista. Y la buena noticia

es que usted es correspondida.

Eso era de risa. Ella era una solitaria. ¿Qué decía este hombre de un amor a la vista?

—Se equivoca de cabo a rabo. Todos los tíos de mi oficina son o gilipollas, o pedantes, o ambas cosas.

—¿Quién ha hablado de un hombre?

Retiró las manos. ¿Cómo podía él saber que...? El corazón le latía deprisa y enrojeció hasta la raíz del cuero cabelludo.

—Vamos, estamos en el siglo veintiuno. No debería avergonzarse. El amor es bonito en todas sus manifestaciones. Permítame. —Le tendió de nuevo las manos.

Mientras se agitaba como una hoja, el doctor X volvió a sumergirse en un silencio pasajero.

No quería interrumpir su trance, pero la curiosidad le mataba:

—¿Pero de quién se trata?

El vidente la miró fijamente.

—Es alguien que consigue que se tense como la cuerda de un violín. Alguien que en realidad refleja en usted la misma emoción reprimida. Quizá tenga los ojos pequeños de tanto centrarse en usted.

—¡Marcia! —Se levantó de un salto—. Ya le digo yo que no. Es imposible. Ridículo, absurdo, un disparate. La odio, la detesto, deseo que se la lleve un tsunami de este planeta, que... que... Es el ser más despreciable que conozco. ¡¡¡Es...!!!

Nerviosa, rebuscó en su bolso. Le temblaba todo el cuerpo.

—¿Cuánto le debo?

—Nada, no tiene que pagarme. A veces, estas cosas no funcionan y me gusta que mis clientes salgan satisfechos. Siento haberla molestado.

Se quedó callada frente a él. ¿Debía preguntarle más? ¿Rechazar la idea y salir corriendo?

—¿De verdad veía usted felicidad?

—Muchísima y duradera.

Abandonó la consulta del doctor X mareada y agitada. Sentía vértigos y náuseas. ¿Qué le estaba ocurriendo? Tal vez le había sentado mal la inyección de la enfermería. Quizás se estaba muriendo.

Llegó a la oficina con la mirada nublada y una fuerte taquicardia. Mari, la recepcionista, le acercó una silla y le ofreció un vaso de agua.

—Mujer, se te habrá descompensado la tensión. No te preocupes, que yo

me quedo contigo un ratito hasta que se te pase.

Agradeció la compañía. Seguía conmocionada por su absurda aventura y le venía bien aquella presencia amable. En pleno desconcierto, Marcia B. apareció en su campo de visión. Se había quedado un paso atrás, rezagada de los compañeros que la rodeaban y se interesaban por ella. Estaba de pie, en el quicio de la puerta, con un lápiz apoyado en los labios, contemplando la escena sin decir nada. Sus ojos parecían menos pequeños y, en su estado de estupor, hasta los consideró de un bonito color.

Marcia mantenía la pose y displicencia acostumbradas, pero debajo de todo aquello, le pareció percibir por primera vez, su preocupación.

Sus miradas se encontraron y, súbitamente, la repulsión habitual dio paso a una extraña conexión. Un segundo, dos segundos, tres segundos, cuatro segundos. Después Marcia apartó los ojos:

—Espero que hayas traído el justificante.

Sed

“Escuche, yo solo quiero agua. Agua. ¿Lo entiende?”. Me aferré a aquel extraño, la primera persona a la que veía, pero él me rechazó con fastidio. Quizá le causaba mala impresión mi camisa sudada, los tirantes colgando sobre los pantalones polvorientos, mi piel tostada o los ojos azules exigiendo algo de beber. El hombre se apartó de mí y, antes de que tuviera tiempo de seguirle y tal vez forzarle a ayudarme, desapareció. Pestañeeé... ¿A dónde había ido?, ¿cómo era posible que se hubiera marchado tan rápido? El camino se extendía hasta donde la vista alcanzaba, sin desvíos ni curvas. ¿Acaso yo deliraba? El desconocido se había evaporado ante mí como... el agua que tanto necesitaba. Me abrasaba la garganta y me afligía la pena.

Mientras pateaba el suelo arenoso, maldije mi suerte. ¿Qué hacía un irlandés de piel delicada y amor por la ginebra en un condenado desierto?, ¿qué le había hecho yo a Dios?

Contemplé con impotencia mi garrafa vacía. Minutos antes, había contenido agua destilada para el también sediento coche y hasta eso me hubiera bebido de no ser porque tuve que refrigerar el motor a riesgo de quedarme tirado y condenarme, ya sí, a una muerte por deshidratación. Arranqué el motor del jeep, feliz al menos de contar con un vehículo que me desplazara sobre aquel desolado lugar. No había en el camino ni una sombra y mi piel ardía. Mi corte de pelo, con el que creía tener un encanto irresistible, era ahora solo cabello aplastado, bañado de sudor, que dejaba mi nuca desamparada frente al despiadado sol.

¿Qué hacía yo allí? Una pregunta fácil que no podía contestar. No recordaba nada previo a mi imagen vaciando la garrafa en el motor. Después, la desesperación en todo mi cuerpo por la falta de agua. Y nada más, como si careciera de pasado y sufriera las consecuencias de mi karma. Sentía que acababa de empezar a existir hacía unos instantes, con este aspecto y esta edad, pero sin vida anterior. Y además, había comenzado a vivir muerto de sed y con la cabeza al borde del delirio.

Estaba completamente perdido y solo una seguridad tenía, la de que mi vida, oh, Señor, carecía de sentido. Al fin y al cabo, si uno no recuerda, ¿cómo puede sentir propósito alguno? ¿No se nutre este de la memoria?

El sol radiante reinaba en lo alto, en la cúspide de su crueldad contra mí.

De pronto, a lo lejos, en el horizonte borroso, divisé una especie de fortín. Tal vez estaba frente a un oasis. Debía ser cauto, bien podía tratarse de uno de esos espejismos que torturan a los sedientos y desesperados y luego, ante sus ojos, tiemblan y desaparecen dejando el alma rota. Sin embargo, ¿se puede ser prudente en la desesperación? La imagen permanecía intacta frente a mí. Veía con nitidez la construcción de adobo blanco y unas palmeras en lo que parecía un patio abierto que conduciría a mi salvación. No dudé y, sin perder de vista mi objetivo, me dirigí hacia allí.

Un rato después abandoné el coche junto al portalón abierto. No era un espejismo, era real. Toqué con mi mano la firme pared y voceé, adentrándome en el lugar. Súbitamente, mis gritos fueron contestados por varios disparos que silbaron a mi alrededor. ¡Sí, disparos! Aterrado, eché a correr y me parapeté tras una columna del patio, tratando de entender mi situación. Bum, bum, bum, mi corazón rivalizaba con el sonido de las balas. ¿Por qué diablos me disparaban? Confié mi vida a mis piernas y me escondí, esta vez tras un pozo. ¡Un pozo! Imaginé el agua, cristalina y fresca, que podría beber y dos lágrimas de anticipación cayeron por mis mejillas, pero antes de que pensara en mi próximo movimiento, unos soldados irrumpieron en el patio, cargando sus metralletas y disparando a la carrera, sin siquiera mirar en quien ponían su objetivo. A solo unos metros de distancia, uno de ellos cayó al suelo abatido y entonces escuché una risa potente como si, proveniente de arriba, cubriera todo el cielo. “¡Toma, toma, toma!”.

Estaba seguro de lo que había oído, pero aquello era imposible. ¿Era Dios quien hablaba? Debía de tener fiebre porque estaba claro que mis sentidos me traicionaban. En cualquier caso, no podía detenerme a hacer conjeturas. En ese momento mi prioridad era salir de allí.

De improviso, otro soldado, de mirada vacía y dientes marrones, se plantó ante mí y me apuntó. Me había descubierto y era el fin. La violencia gratuita como respuesta a mi corta vida. Si nunca entendí por qué nací, tampoco iba a saber por qué moría.

Levanté las manos y grité: “Tengo seeeeeeed”, y él, con una sonrisa malévolamente inhumana, agarrado a su fusil, separó los pies y se afianzó sobre el suelo para dispararme. Antes de que mi verdugo me arrebatara la vida, una ráfaga de balas lo tumbó ante mis ojos. El soldado ahora estaba muerto y yo me estremecía de impresión.

“Ay, chéeeee —escuché—, ya me han matao”. ¡Otra vez esa alucinación! ¿Quién había dicho eso? Me di la vuelta buscando a esa voz. Juraría que era

una mujer joven, tal vez una niña aún, pero ¿desde dónde hablaba, con esa potencia ubicua llenando los cielos?... “No me mola nada este juego”, añadió, “Me pone de los nervios”. Me sacudí en un escalofrío. ¿Qué significaba eso? ¿Acaso el Creador es una cría que juega con nosotros? La voz habló de nuevo: “Bah, paso de esto”. Y una sacudida hizo que el pozo, el patio, los soldados escondidos tras las almenas de los muros del fortín y todo el desierto detrás de nosotros se moviera. La luz y la oscuridad alternaron en varios parpadeos. “Solo quiero agua, por favor. Agua.” Fue lo último que dije antes de que todo fuera negro.

El agua en el rostro me pilló por sorpresa y me hizo abrir los ojos. Boqueé tratando de llevar el líquido a mis labios, pero fue en vano. Alguien me había lanzado el contenido de un balde, que estaba ahora abandonado frente a mí. Trataba de situarme. Había caído de rodillas en la hierba, pues ahora mi entorno era verde y frondoso. Seguía con aquella ropa sucia y mi eterna sed. Eso sí lo recordaba, era la sensación que me vinculaba al mundo. A gatas, busqué por todas partes, tratando de entender de dónde había salido el agua. El balde estaba vacío y no quedaba en él ni una gota.

—¿¿Por qué?? —me lamenté.

—Ja, ja, qué gracioso eres —dijo una voz cantarina.

Miré al frente y tuve que frotarme los ojos varias veces. Ante mí había una Barbie, de las de Mattel. Una muñeca que hablaba.

—Pareces un perrito —dijo—. ¿Puedo llamarte Tanner?

No había duda. Era ella quien decía esas cosas. Estaba allí con los brazos en jarra, el pelo rubio recogido en una coleta, mirándome. Debía medir un metro setenta. Llevaba un vestido de fiesta, hecho de lentejuelas color fucsia que dejaba al descubierto una pierna que seguí con la mirada hasta la punta de un solitario zapato.

—¿Pasa algo? —dijo con tono agresivo— ¿Por qué me miras así, eh?

Tenía miles de preguntas, desafiando la lógica y a razón, pero alguien que ha nacido bajo el signo de lo insaciable tiene prioridades.

—¡Tengo sed!

La Barbie se rió como si le hubiera contado el chiste más gracioso del planeta.

—Ya me habían dicho que eras un poquito simple —dijo.

—¿Quién?, ¿quién te lo había dicho?, ¿de qué me conoces?

Barbie hizo un gesto para que me acercara. Gateé hacia ella, que

permanecía plantada en el césped.

—Mira —dijo y levantó la falda de su vestido—: tú tienes sed y a mí me falta una pierna. No te quejes tanto, guapo.

En efecto, aquella muñeca viviente (¿debía llamarla mujer?) únicamente tenía una pierna y a la altura de la cadera izquierda una pieza saliente y huérfana. Miré a otro lado por pudor.

Barbie cubrió la distancia que aún nos separaba con unos saltitos más graciosos que torpes. Yo continuaba en el suelo.

—Como comprenderás, no me voy a arrodillar. —Me tiró del pelo hasta levantarme a su altura. Después, me acarició la barbilla y suspiró—. Ay, qué mono eres... ¿Sabes que te pareces a Jonathan Rhys Meyers? —Se tocó el mentón en un gesto reflexivo—. Claro, habrá ido al cine últimamente, sí, seguro. Debe de tratarse de eso... Cuando eso pasa, su imaginación se dispara y ocurren todo tipo de cosas extrañas.

—Pero, ¿de qué hablas insensata? —la zarandeeé—. ¿Quién ha ido al cine?

—¡Quita, hombre! —Barbie dio un salto atrás y se sacudió—. Mira, te perdono porque esta vez te ha tocado a ti estar en *Call of duty*, que estresa un montón. Yo también he pasado por eso y encima si una va así, cojitranca como yo, te aseguro que puede ser terrible. Pero ni se te ocurra volver a tocarme.

Mi cabeza estaba llena de ideas que no lograba transformar en palabras. Después carraspeé y balbucí algo ininteligible. Barbie comenzó a peinarse el cabello con un brillante peine rojo. Me lanzó una última mirada de absoluto desprecio.

—No me lo digas: tienes sed.

—¡Sí! Tengo mucha sed —lloré vertiendo en la hierba toda la frustración de una vida.

Sus ojos de plástico se clavaron en mí.

—Chico, no te ofendas, pero eres más tonto que una Barbie...—me guiñó un ojo— de las de antes.

Supe que ella quería acabar la historia, así, de modo triunfal. La Barbie gana al guaperas tonto y sediento. Y FIN. Que cada cual saque sus conclusiones, que piense que los irlandeses hermosos somos estúpidos y que las Barbies cojas merecen tener un ego como de aquí a Lima. Y me indigné. Puede que me faltara facilidad de palabra, pero no de pensamiento. Al menos, no cuando llega el momento requerido. Si es preciso verbalizar, verbalizo.

Tomé aire...

—¿Quién eres tú para juzgarme, además de un símbolo pasado de moda de la mujer perfecta, a la que le falta una pierna y no encuentra su lugar en el mundo? Estás asustada. No encajas ni con unas ni con otros, ¿verdad?, ¿por eso la tomas conmigo?

Capté su mirada de asombro. Tenía toda su atención, así que continué:

—¿Acaso sabes tú lo que es tener una sed inmensa que jamás se ve satisfecha?, ¿sabes lo que es desesperar por sentirte abandonado en el mundo? ¿Has sentido alguna vez una profunda... sumida sed?

—Sumida sed... Dios mío, ¿estás citando a Blas de Otero?

—Pues mira, sí.

Barbie se sentó a mi lado y me obligó a hacer lo propio:

—Chico, no sabía que eras tan sentido. Continúa, por favor...

Hice lo que me dijo. Entonces, con una novedosa calma, me ofrecí al poeta, para que hablara él por mí. Yo sería su voz y entre los dos manifestaríamos lo necesario:

—“Cuando te vi, oh cuerpo en flor desnudo, creí ya verle a Dios en carne viva. No sé qué luz, de dentro, de quién, iba naciendo, iba envolviendo tu desnudo amoroso, oh aire, oh mar desnudo...”

Hice una pausa. Barbie entornó los ojos y tomó la palabra:

—“... Una brisa vibrante, fugitiva, ibas fluyendo, un agua compasiva, tierna, tomada entre un frondor desnudo. Te veía, sentía y te bebía, solo, sediento, con palpar de ciego, hambriento, sí, ¿de quién?, de Dios sería”.

En ese punto se detuvo y entendí la invitación de su mirada, así que juntos, unidos al poeta, recitamos hasta el final:

—“Hambre mortal de Dios, hambriento hasta la saciedad, bebiendo sed, y, luego, sintiendo, ¡por qué, oh Dios!, que eso no basta”.

Mi compañera suspiró una vez más, cerrando con un sonoro punto final el poema. Después, con inequívoca humanidad, me tendió su mano y yo la aferré. Ahí estábamos, plástico con... carne y huesos o lo que fuera yo, tal vez solo unos grados distinto de un polímero.

Más allá no había respuestas ni certezas, puede que ni Dios hubiera, pero había sin duda mucha paz en ese final que ella y yo pactamos, nacido de su compasión y de mi —ahora sí—, asumida sed.

Lo no dicho

Quería que M. estuviera preparada para lo que iba a suceder. Aunque no podía ver el futuro, sabía que aquello iba a pasar. Faltaba muy poco. En esos días previos al acontecimiento, todavía podía intentar dar alguna explicación, unas instrucciones. Algo.

Esa tarde entré en casa dispuesta a afrontar el asunto. Sin embargo, pronto comprendí que no sería fácil. Hacía tiempo que M. y yo nos comportábamos como extrañas y cualquier intimidad parecía fuera de lugar. La encontré leyendo el periódico en su sillón favorito. Debía de ser la única persona menor de cuarenta que aún leía en papel. Si es que eso es lo que hacía, tal vez solo se escondía tras el diario. Lo cierto es que se apartaba del mundo.

—Escucha, M., tengo que prevenirte de algo muy importante que va a pasar en solo unos días, el martes quince exactamente.

—Ajá. —Ni siquiera apartó el periódico.

—¿Puedes mirarme un segundo? Es muy importante.

—Ya...

Ante su indiferencia, me vi forzada a dar un manotazo al periódico, que se arrugó como un acordeón. Me di cuenta de que M. había cambiado de aspecto.

—¿Te has cortado el pelo?

—Hace tres días ya. ¿No te habías dado cuenta? ¿Y qué me dices del color? Ahora soy rubia.

—Te favorece. Pareces otra.

—¿Me favorece porque parezco otra?

—No empecemos. Escucha, que es urgente —me armé de valor—. El martes va a pasar algo y yo ya no seré la misma.

—¿La misma que cuándo?

—La misma que ahora. ¿Por qué preguntas eso?

—Ah, es que llevo tiempo pensando que no eres la misma que yo conocí. Así que, si ahora dejas de ser esa otra, que por cierto, no es alguien que me agrade mucho, tal vez la cosa no sea tan grave.

Lo que decía tenía sentido, pero a esas alturas la lógica no servía de nada. El instinto me dictaba el orden de las cosas. Y todo estaba a punto de cambiar.

—No te culpo por pensar así. No hablamos mucho últimamente.

—¿Y por qué será? Tienes la irritante costumbre de mirarte en el espejo

cuando estamos solas en el ascensor. Como si yo no existiera...

—A menudo me parece que estoy sola, aunque estés. Eres como... transparente. En el ascensor, por ejemplo, puedo ver el panel de botones a través de ti. Quizá es tu vestuario en colores neutros... no destacas. Y tu continuo silencio hace el resto.

—Así que el problema es la ropa. Pues ¿sabes?, me parecía que era la mejor manera de que no criticaras mi aspecto. Solías echar pestes de mis camisas de colores.

Aquéel tiempo de los colores me hizo sonreír. Además de mis reparos a sus estampados, me trajo agradables recuerdos de junio, de nuestro apartamento con paredes de ladrillo caravista, del gato cachorro, del mundial de fútbol de Sudáfrica.

—Esas camisas eran muy atrevidas —dije.

—Tampoco te gustaba mi pijama color arcoíris.

—Me daba risa.

—Ni mis zapatillas de Andy Wharhol.

—¡Esas sí! —Me senté frente a ella—. Estabas muy loca entonces. Eso me encantaba.

—Y tú te pasabas el tiempo cantando. Los vecinos se quejaban, ¿te acuerdas?

—Era mucho peor el jaleo de aquel bareto que daba a nuestro patio, “El Sorbo”, bueno, para nosotras “El Sobro”. ¿Recuerdas las peleas y las conversaciones que llegaban a nuestra ventana? Infinitamente más divertido que la tele. ¿Y qué me dices de las madrugadas, las dos despiertas, escuchando, riéndonos de aquellos dramas de barrio?

—Alguna vez quise llamar a la policía.

—Pero eran inofensivos. Seres incomprendidos que únicamente pueden existir cuando la gente respetable duerme y deja el mundo libre para los excesos y la vida.

—Y por la mañana el barrio se llenaba de señoras en batín y zapatillas de estar por casa.

—Haciendo cola en Mercadona con los erasmus italianos...

—En la calle, niños con cinturones de judo y publicistas invadiendo las aceras con sus patinetes eléctricos...

—Las mercerías convertidas en bares de copas con pegatinas de TripAdvisor...

—El mundo en constante cambio.

Recordé lo que ella había dicho un rato antes:

—Entonces, ¿por qué dejaste de vestir así, a tu modo?

—No lo sé. Empecé a sentirme incómoda, me parecía que te disgustaba y no me lo querías decir. Un buen día, de pronto... fue una mirada o tal vez tu ceja, que se levantó con reproche. Algo pasó.

—Es curioso porque yo creía que tu formalidad se debía a que nuestra vida te aburría. Sentía que la rutina te había amargado.

—¿Por eso dejaste de cantar?

—Ale, Alejandro, Ale Alejandro... —tararé—. Mi Lady Gaga no pegaba con tus trajes grises. Hasta el gato perdió el pelo. Se volvió mucho más arisco.

—Ese siempre ha pasado de nosotras.

—Pero hacía la siesta contigo.

—Porque tenía hambre y se sentía agradecido. Le duró bien poco.

—Si no hubieras empezado a llamarle Nietzsche, no se hubiera vuelto un nihilista. Hace tiempo que todo le aburre.

¿En qué punto nos habíamos perdido nosotras? El salón se había convertido en el espacio y la burbuja de M. Yo alargaba las horas en el trabajo para no llegar a casa antes de la cena. No saber qué decir era mucho más tenebroso que trabajar por trabajar. A veces, notaba el sobresalto en su mirada cuando yo abría la puerta, dejaba las llaves y decía: “Ya estoy aquí”. Me parecía que me miraba como pensando: “¿Quién es esa mujer?, ¿de qué la conozco?” Después ella daba su respuesta, como si jugáramos al juego del santo y seña: “¡Por fin!, ¿qué tal el día?” y así continuaba nuestro escueto diálogo, frases trilladas hasta que minutos más tarde, nos veíamos liberadas de la necesidad de hablarnos. Era el momento de los móviles y de la tele. Cualquier cosa hasta llegar a la inconsciencia del sueño y arrastrarse hasta otro día de rutinas vacías.

M. se sentó al borde del asiento y juntó las manos como en una oración. Seguían siendo unas manos preciosas, de dedos largos. Recordé esas manos sobre mi cara, sobre mi espalda.

—Y bien... ¿qué es eso tan importante que tenías que decir? ¿Qué es lo que pasará el martes quince?

Retomé el hilo de mis pensamientos. Lo inexorable, lo que nos acechaba, no iba a desaparecer ni detenerse.

—Sí, eso... —respiré—. No me preguntes por qué, pero sé con toda certeza que, de modo inevitable, el martes próximo me quedaré muda. Sé que

no volveré a pronunciar una palabra jamás. Y que no hay remedio ni cura. ¿Me crees?

M. no se sorprendió. Asintió con la cabeza y parecía sincera. Tal vez ella también lo sabía después de todo.

Me tomó de la mano. Sentí la piel suave, la calidez del tacto tantas veces ignorado en aquellos años.

—Es una lástima —dijo.

—Lo es.

Insignificante

Jamás pensé que nuestras vidas se cruzarían fuera de mis fantasías. ¿Cómo podía pensar que ibas a devolver mi llamada, aquel intento travieso y desesperado? El mío fue el atrevimiento que inspira el no tener nada que perder. Una locura, sí.

Pero la cuestión es que te llamé y dejé aquel ridículo mensaje. Lo más absurdo que se me ocurrió, siguiendo una lógica ilógica y radical. ¿No era mucho más osado mandar poesía, bombones o flores a la mujer más bella de la Tierra? No iba a caer en ese error. Miles de hombres y mujeres hacían cola ante tu puerta noche y día. Supe que mi única oportunidad, si es que tenía alguna, sería pretender no pretender.

Con eso en mente, dejé en tu contestador aquella descripción del tubo de escape. Lo acababa de leer en una revista de motor. El colmo de lo prosaico, una sucinta descripción robada de un inventario de piezas de recambio. Meras palabras funcionales. “Construido íntegramente en acero inoxidable con refuerzos en zona de fatiga por vibración y material insonorizante de alta calidad. Su instalación mejora el comportamiento a partir de medio régimen de r.p.m., estética inmejorable y sonido deportivo”. Ese fue mi mensaje. Y funcionó. Al menos llamó tu atención. El pez dorado se interesaba por mi anzuelo. Entre las miles de cartas, las centenares de llamadas de aquellas atrevidas que lograban pasar el muro con tu nombre tatuado en el pecho, estaba mi modesta oda al tubo de escape.

Aún así, me quedé de piedra cuando me llamaste. “Conque estética inmejorable...”. Tu voz —ya solo tu voz— silenciaba el resto del mundo. Lograbas que fuera consciente del vacío alrededor de cada palabra tuya. Me dijiste tu nombre: Vivian, como si no lo supiera. Lo dijiste con mucha normalidad, tal cual eso fuera posible. A mí me parecía mágico, como uno de esos sonidos en sánscrito que guardan vibraciones divinas. Lo repetí en mi mente. Vivian, Vivian, Vivian... y dejé que ocupara el aire. Tu presencia telefónica me intimidaba y llenaba a partes igual de excitantes. ¡Y querías una cita! Algo te había intrigado, tal vez mi timidez, o mi torpeza, esa que me hacía incapaz de articular frases enteras. “Yo..., sí..., claro...” Enmudecí y tuviste que insistir. Ahora recuerdo que me pareció totalmente obsceno hacerte esperar. Creo que te resultó divertido, algo así como el estimulante cosquilleo

que experimenta el rico en un barrio humilde. Tartamudeando dije que iría a la cita y colgué sin permitirte despedirte. Otra ruptura de las normas. Apuesto a que eso te conquistó.

Apreté los dedos conteniendo la respiración cuando te vi llegar al local. Era yo tan poca cosa y tú... provocabas reacciones en cadena a tu paso, como bolas de billar chocando unas contra otras sin parar. Y lo llevabas con toda naturalidad. Te sentaste frente a mí y apenas me atreví a presentarme. Mi nombre, mi edad, mi profesión. Te reíste de esa ocurrencia. No necesitabas conocer tanto de mí.

Me quedé mirando al espejo que había al otro lado del salón, frente a nosotras. La imagen era una sentencia. Tú: aquella mujer imposible de describir. Tu inabarcable belleza volvía inefectivo el lenguaje. ¿Cómo nombrar algo excepcional? Tal vez se conoce lo bello por contraste con lo feo. Quizá yo, con mi ausencia de atractivo, te hacía así de hermosa. Yo... que paso desapercibida, que creo que el mundo es injusto, la vida, difícil y el amor, una quimera. Yo, que no tengo don de palabra, que me trabo hasta cuando estoy tranquila, que me río a destiempo... Yo, la insignificante, estaba junto a ti y la combinación de nuestras dos presencias en el espejo, aquel reflejo tan antitético, era una brutal provocación.

Pediste un vino blanco espumoso y yo una bebida carbonatada. El camarero me la sirvió sin dejar de mirarte. Pero tú me observabas a mí. Te gustaba admirar mi indefensión o tal vez pensabas que había algo de heroico en mi existencia, una de esas personillas grises que consigue hacer realidad la proeza de sobrevivir un día más. “Me pareces encantadora”, dijiste y creo sinceramente que lo pensabas. Enrojecí sin poder evitarlo provocando tu satisfacción. Mi pequeñez te agradaba, era exótica: la rareza de la tienda de objetos fantásticos, algo que debías poseer.

Sabía perfectamente que era una privilegiada. ¡Tantas otras y otros hubieran dado la mano derecha por gozar de tu presencia! Y no solo estabas ahí, sino que te interesabas. Me preguntaste por mi trabajo y te di largas, incapaz de aburrirte con los detalles de una vida entre expedientes. Tus ojos brillaban de franca curiosidad por mí. Ya no me importaba si era genuina o solo una morbosa atracción por la vulgaridad de mi persona.

Pagaste la cuenta dejando una desproporcionada propina. Todo refulgía en ti con el anticipo de un triunfo garantizado. La seguridad te iluminaba y daba una tonalidad muy especial a tu piel. ¿De verdad eras de este planeta? ¿De verdad lo era yo? Entonces me dijiste: “No perdamos más tiempo. Vamos a mi

casa”. Mi corazón se desbocó. ¿Podía ser cierto?, ¿sugerías algo de proximidad entre nosotras? ¿Acaso estaba soñando con tu íntima invitación? Tu mirada confirmó que estaba despierta: “Anda, no me hagas rogar”.

Me di cuenta de que llevaba un par de minutos callada, incapaz de moverme. Tú, que todo lo tenías, y para quien la vida era una plácida siesta bajo una higuera, me pedías que te acompañara a casa. Tus ojos prometían todos los tesoros de Alejandría, toda la sabiduría del mundo, los placeres más exquisitos, la muerte más dulce. Tu impaciencia crecía con mi silencio. Miraste tu reloj, dorado, ligero, nuevo, como tu corazón. Suspiraste, te reclinaste atrás en la silla. “Venga, ¿vamos?” Y entonces comprendí que mi única baza era el desdén. La única victoria posible, mantener esa distancia. A fin de cuentas, ¿qué amante podría ser yo?, ¿de qué podría alardear?, ¿de haber estado contigo, de haber sido una más? Aquella criaturita modosa que te produjo ese súbito deseo. Aquel capricho de octubre.

Podría haberme dejado derretir en la piel más exquisita de la galaxia para después extinguirme y ser historia. En vez de eso, elegí marcarte. Mantuve el firme propósito de hacerme un hueco en tu corazón, aunque fuera por comprensión.

—Lo siento mucho —dije levantándome—. Tengo cosas que hacer.

Sí, decidí perdurar. Ser la única excepción de tu vida. La más insignificante.

La otra mujer

*Cuando sí venga mis ojos brillarán
de la luz de quien yo lloro
mas ahora alienta un rumor de fuga
en el corazón de cada cosa.
A. Pizarnik*

—Habitualmente, no expresas las cosas que sientes.

Esa frase la golpeó. Más que la brisa de cubierta, más que sus pensamientos repetitivos.

Miró horrorizada a su izquierda, dispuesta a protestar, ofendida con esa voz intrusa.

Reparó entonces en la jovencita que mascaba chicle y acababa de hablar. Con sus uñas pintadas de azul sujetaba una revista juvenil y charlaba con la que parecía su madre.

—¿Y eso es porque soy Capricornio? —preguntó la madre.

—Según esto, porque naciste en enero, con el frío. Por eso te guardas las cosas —dijo la joven.

Se sintió muy irritada y se puso en pie ante la sorpresa de la madre y la hija:

—A lo mejor es que no tienes nada que decir —sentenció.

Sacó un cigarro de su pitillera de oro y se alejó unos pasos. No le importaba lo que pensarán, aunque no pretendía ser hostil, no era eso. ¿Cómo iban a entenderla ellas, dos desconocidas con las que no había intercambiado palabra en todo el viaje? Pero es que no soportaba los juicios gratuitos, la ligereza. ¿Acaso no se había marchado lo suficientemente lejos?, ¿aquello tenía que perseguirla donde quiera que fuera?

Volvió el rostro a la jovencita y le sonrió a modo de disculpa, pero la chica permaneció mirándola sin decir nada. Su gesto impasible le dio escalofríos. Fue como si el tiempo se hubiera detenido y hubiera desairado a alguna diosa púber.

Sin más, se encaminó hacia la cubierta principal. Ante todo era una mujer práctica y no iba a dedicarle más tiempo a aquella nadería. Ella no se desgastaba en batallas inútiles. Gestionar el esfuerzo era parte de su trabajo.

Se encargaba de asuntos legales, resolvía conflictos, ayudaba a que el mundo se moviera. Contribuía al desarrollo empresarial y promovía el éxito de sus clientes. Y era muy buena en ello. Por eso le enfurecía tanto que insinuaran que escondía cosas y le exasperaba precisamente porque eso suponía que podía haber en el mundo (¡y en ella!) algo más que la pura y objetiva realidad. “Los mundos tridimensionales de Yupi”, decía, desdeñosa. Odiaba esa sensación.

—Me ocultas algo —había dicho Manuel.

—¿A qué te refieres?, mis finanzas son intachables. Jamás he defraudado ni un céntimo. No cobro nada en negro (y podía hacerlo, era asesora de muchas compañías). Soy transparente.

—No, no es eso, hablo en serio.

—¿Acaso yo no?

Para ella de lo único que se se podía hablar en serio e inequívocamente en la vida era de dinero, patrimonio y bienes tangibles. Podía conocer a una persona analizando sus cuentas bancarias. Ahí estaba todo, su pasado y presente, su potencial y sus límites. Para él, no. Manuel era artista, subjetivo, inabarcable, demasiado sensible. Siempre veía conspiraciones emocionales donde no había más que condicionamiento animal. ¿Cómo si no iba a pintar esos cuadros, retorcidos, misteriosos y sí, también maravillosos? Ella disfrutaba enormemente de su talento. A veces le parecía que entendía su pintura como nadie más, que veía lo que pasaba más allá del lienzo, como si los pigmentos combinados, dispuestos por la mano de Manuel se alzarán ante sus ojos y... Pero jamás hablaba de eso, era incapaz de explicarlo.

—No puedo acceder a ti —continuó él—. Y me frustra. Estoy decidido. Lo nuestro ha de terminar.

—¡Creía que te gustaba el misterio! —gritó, estrellando un cenicero contra la puerta. Enojo, tristeza, pena, cada esquirla de cristal dolió al estallar. —¡Lo siento! —se disculpó inmediatamente. Era un objeto muy caro—. Por favor, no te vayas, no me dejes.

Era tarde.

—En mi vida quiero a una mujer en la que pueda confiar.

—¿Acaso dudas de mí? —lloraba de rabia.

—Es peor que eso. Siento que no te conozco.

Así, con esa sentencia, Manuel se llevó sus cosas y se alejó de su vida.

¿Que no la conocía? A ella le pareció la peor excusa del mundo y la más hiriente de todas. No había nadie más diáfano y claro que ella. Un libro abierto, eso era, las cartas siempre sobre la mesa, directa y franca hasta las

últimas consecuencias.

Cuando se cansó de suplicarle que volviera, se rió y lo despreció, lo ridiculizó, consiguió que todos sus amigos se pusieran de su parte y le dieran la espalda. Se convirtió en la más feroz detractora de su arte y, gracias a sus contactos, le cerró el acceso a las galerías más importantes de la ciudad. Quería destruirlo, verlo sufrir.

—¿Te gusta más esta yo? —le gritó al teléfono, con desesperación, una noche después de pincharle las cuatro ruedas del coche.

Manuel mantuvo la firmeza y la obstinación.

—No quería ver tu oscuridad, sino tu luz.

Aquello acabó por exasperarla del todo. Detestaba el lenguaje figurado, las mierdas poéticas. La desarmaban por completo. Desterró a Manuel de su mente y se convenció de que, objetivamente, era poco para ella. Nada más que una penosa inversión de la que se reharía.

Mandó pintar la casa de nuevo, cambió los muebles. Lo superó muy deprisa. Y sin embargo, un día, cuando deambulaba por una tienda de lujo de una galería comercial, observó su reflejo en un espejo...

Y no se reconoció.

De repente estaba frente a una extraña. Rubia, como ella, distinguida también, con sus tres pecas en el cuello, pero... no era ella. Miró atrás, buscando a la dueña de ese reflejo y no vio a nadie. El reflejo tan ajeno y familiar le pertenecía sin duda. Se concentró en aquella mujer que tenía frente a sí. La mirada llena de nostalgia, la Visa Oro en la mano, como si hubiera perdido algo y nada ni nadie en este mundo pudieran compensarle. Por más que la observara no supo considerar qué le pasaba. Entonces comprendió a Manuel, porque ella también sintió una necesidad de saber, de entender a aquella mujer del espejo, conocer sus anhelos interiores y calmar su melancolía.

—¡Cuéntamelo! —le pidió.

—La colección de otoño está aquí —dijo la dependienta con cara de circunstancias. Quería sacar a su cliente elegantemente de su estupor—. Tenemos unas chaquetas ideales, si desea verlas.

Compró tres y no paró de demostrar que era una mujer completamente normal.

Aquello era peligroso. ¿Y si hubiera estado en otro sitio? ¿Qué dirían sus colegas o su jefe si la vieran hablar a los espejos?

Se hizo chequeos, pagó una fortuna por un tratamiento purificante y

algunas inyecciones rejuvenecedoras. Las pruebas no detectaron ninguna anomalía.

Como medida preventiva, quemó los libros de arte y esos lienzos con los que Manuel la invitaba a soltarse. También dejó de quedar con aquellas amigas que hablaban de cine. Se deshizo de los resquicios perniciosos que habían intoxicado su mente.

Tal vez se hacía vieja, sí, quizá estaba agotada. No sabía lo que era la depresión, estaba convencida de que se trataba de cosa de vagos. Lo que sí creía firmemente es que la gente atareada jamás se hundía. Por eso se ocupó más de lo habitual, de manera que ya casi no quedaba tiempo para lamentarse, pensar en Manuel (cosa que ya casi nunca sucedía) o preocuparse por nada que no fuera lo que tenía entre manos a cada instante.

Algunas veces, sin embargo, sin que pudiera evitarlo, veía a esa desconocida.

A pesar de que evitaba la quietud y el silencio y había retirado los espejos de su casa, en ocasiones, en un reflejo inesperado, en la refracción del sol en un charco, en la luna brillante de un coche... la otra la pillaba desprevenida. Cuando la cafeína perdía su efecto y la adrenalina bajaba, cuando dejaba esas pastillas..., la que no era ella surgía con todo su misterio.

En la mujer que tanto se le parecía volvía a encontrarse con esa mirada lejana, esa expresión absorta que se le escapaba y tanto le intrigaba. Estaba segura de que tenía algo que decir y sin embargo, callaba, apuntando a algo que no podía ser dicho. De repente y por unos instantes, creía percibir lo que la otra anhelaba, otro tipo de oro, uno que calentaba el corazón, pero era una sensación fugaz que apenas rozaba su entendimiento. Entonces sentía un hormigueo en el cuerpo y el terror se apoderaba de ella. Para asegurarse de no perder la cabeza, se pellizcaba los brazos.

—Soy yo, estoy aquí, no pasa nada. No hay nadie más.

Cada aparición indicaba que debía aumentar la actividad, esforzarse más. Y de verdad lo hacía. Estaba dispuesta a lo que fuera por escapar de la otra mujer.

Miró al horizonte, con los brazos enrojecidos de frotárselos. El mar la devolvió a la realidad. Se había puesto nerviosa por una tontería, la frase de aquella chiquilla, la ansiedad de las últimas semanas... Por suerte, siempre encontraba soluciones pragmáticas. Como esa gran iniciativa. A unas horas de distancia, le esperaba una nueva vida. Atrás dejaba a la vieja Europa, decadente y agotada y abrazaba un continente más joven y ligero. Un nuevo

comienzo, una multinacional norteamericana que valoraría su talento, una casa más grande, otros retos en el país de los emprendedores y —estaba convencida— muchísima prosperidad.

Silencio incómodo

—Las dos mujeres estaban solas en la isla deshabitada y permanecieron todo el tiempo juntas hasta que la cosa se desmadró. Dicen que fue chunguísimo.

Estaba acostumbrada a los cotilleos de mi prima. Siempre inventaba cosas o, mejor dicho, las adornaba. La realidad le parecía aburrida, así que a fuerza de exagerar, buscaba mejores versiones. Le dije que, en mi opinión, hasta qué punto las cosas habían sido espantosas, solo podían saberlo las interesadas.

—Si no me crees, vas y se lo preguntas a ella. Vive en esta calle, aunque se ha hecho muy rara. Claro que no me extraña. Se ve que las pasó moradas con la loca.

Esa *ella* a la que se refería mi prima era, en efecto, una de las dos únicas supervivientes de un afamado naufragio. Una discreta enfermera que, con la indemnización de la compañía naviera, se había retirado y vivía en el anonimato.

—Pero, ¿qué le voy a preguntar? Ni siquiera la conozco. Todo eso pasó cuando yo estaba en Italia. No sé ni qué cara tiene esa mujer.

—Eso no es excusa. ¿No eres periodista?, ¿y no es esto lo más sonado que le ha pasado a alguien de aquí en décadas? Dos mujeres de este pueblo perdidas en una isla del Pacífico durante meses, ¿no es flipante?

—Pues...

—Ay, de verdad, parece mentira... Para una prima que va a la universidad y sale así de atontada. Podías preguntarle, por ejemplo, por qué la otra se volvió majara y por qué acabó en un loquero.

—Esa es una pregunta muy morbosa. ¿Y ella qué va a saber?

Le dije que no creía que pudiéramos responsabilizar a la enfermera de que su compañera acabara desquiciada tras la dura prueba de supervivencia que ambas debieron afrontar.

Mi prima murmuró que yo era una aguafiestas y nos pusimos a charlar de otra cosa. Seguí con mis asuntos y olvidé por completo aquella historia.

Unos meses después sucedió algo imprevisto. En nuestro pueblo, un lugar de retiro, ubicado cerca de un Parque Natural, se respiraba de maravilla, pero todo el que aspirara a vivir de su profesión tenía que trasladarse con

frecuencia a la capital, que distaba más de cien kilómetros de allí. Por suerte, nos coordinábamos bien y siempre nos organizábamos para compartir coche entre los vecinos. Nuestro pueblo había ganado varios premios a la sostenibilidad y lucíamos nuestros valores comunitarios con orgullo. En aquella ocasión, decidí viajar a la capital el domingo al anochecer. Me evitaría así madrugar al día siguiente, en el que me esperaba un día durísimo.

Conduje hasta el punto de encuentro, el aparcamiento de un supermercado alemán, esperando a algún compañero de viaje para compartir gastos. Todo estaba contagiado por la quietud del domingo y parecía que nadie se animaría a viajar conmigo. Me disponía a arrancar cuando una imagen me sobresaltó. Hacia mí avanzaba una mujer vestida de enfermera. La cofia ladeada, el uniforme arrugado, las medias tupidas, los zuecos blancos... el conjunto proyectaba un aspecto anticuado, como su propietaria. Había en ella una discordia difícil de concretar. De no ser porque no estábamos en la temporada, hubiera dicho que iba disfrazada. El viento sopló en el parking solitario y unos cartones de basura se desplazaron con un silbido. Sentí una irracional inquietud.

La mujer se paró junto al coche, en silencio. Fui yo quien tuvo que dar el paso:

—¿Va usted a la ciudad?

Deseé que dijera que no, pero ella abrió la puerta y se sentó a mi lado.

—Qué suerte —dijo—, pensé que no tendría con quién hablar.

—Pues sí, qué suerte. ¿Usted es...?

—Una de las de la isla —dijo con voz rutinaria.

Aquello me pilló por sorpresa y ella lo notó:

—Sí, mujer, las que naufragamos. ¿No le han contado esa historia? Nos hizo famosas. Por cierto, me llamo Mirna.

Según lo que yo sabía, la enfermera del naufragio estaba retirada, así que me sorprendió que vistiera uniforme, pero algo me intimidaba en ella y preferí no preguntar.

Mirna giró su cabeza hacia mí, mecánicamente, como si le costara un gran esfuerzo mover el cuello. Una ostensible cicatriz le cruzaba la mejilla derecha. Mi mirada se quedó perdida en ella, hasta que la vi deformarse con una amplia sonrisa:

—¿Qué..., nos vamos?

Pronto comprobé que mi vecina tenía una conversación tan extensa como banal. Nada más arrancar comenzó a dar cuenta de la actualidad del pueblo.

Los problemas del ayuntamiento, que estaba intervenido; la apertura de nuevos comercios; los cotilleos más novedosos... Parecía enterada de todo y al mismo tiempo hablaba como quien no visita el pueblo en años, en una curiosa tensión entre desinterés y avidez. Mirna no callaba, parecía empeñada en llenar cada silencio entre nosotras. Yo trataba de participar de su conversación, ya que con frecuencia me pedía opinión, aunque después parecía no escucharme. Así, establecimos una especie de dinámica de preguntas y respuestas que ella siempre alentaba con una frase recurrente: “Ahora dígame lo que opina”.

Íbamos dejando las montañas atrás y había anochecido por completo. Lo que al principio me pareció una cortesía acabó por resultar una incómoda exigencia a fuerza de repetición. Me dolía la garganta y la cabeza. Estaba exhausta y deseando llegar a la ciudad.

No contaba con que se nos cruzaría aquel extraño pájaro en la carretera. Un ave con joroba y patas zancudas se posó sobre el asfalto y fue suficiente para que, por instinto, yo corrigiera nuestra trayectoria. El volantazo provocó que nos saliéramos de la calzada y fuéramos a parar a la cuenta, donde el coche quedó varado después de golpear un quitamiedos. Primero comprobé que, por fortuna, ni mi compañera ni yo estábamos heridas. Después, todavía temblando, llamé a la grúa. Los de asistencia en carretera me avisaron de que tardarían en venir al rescate pues un accidente grave había requerido movilizar varias unidades. “Tómenselo con mucha calma”.

La autopista estaba desierta y la oscuridad del exterior era casi total en aquel tramo. Solo nuestros faros inclinados la mitigaban.

—Menudo susto, ¿eh? —trataba de recobrar el ánimo y reconfortar a mi acompañante.

Por toda respuesta, Mirna me dedicó una forzada mueca y se rascó la cicatriz. ¿Era posible que el sobresalto la hubiera dejado sin palabras por primera vez? De pronto, comenzó a canturrear, bajito, palabras inaudibles y una melodía lastimosa que hubiera hecho aullar a los perros. Tras diez minutos de canto y para detener aquel sonsonete que tanto me desasosegaba, se me ocurrió preguntarle por el incidente de la isla. Mirna me lanzó una mirada de desconfianza y opté por hablar de trivialidades. Sentía que la enfermera era una mujer imprevisible y la charla intrascendente parecía distraerla, como a un bebé las nanas de su madre.

—Parece que en el futuro los coches se conducirán solos y estas cosas ya no pasarán —dije, recordando cómo había perdido el control el vehículo.

—¿Quiere decir que atropellaremos a todos los animales sin piedad?

—Espero que no, claro... —medité. ¿Por qué me costaba tanto hablar con ella con naturalidad?—. En realidad, los coches ecológicos ayudarán mucho a combatir los efectos del cambio climático, que es un verdadero problema de nuestro tiempo.

—A ella le pasaba lo mismo —dijo de pronto Mirna cambiando de conversación.

—¿Cómo dice?

—Hablabas de cualquier cosa, todo superficial, ruido, pura cháchara repetitiva sin contenido. Basura.

—Bueno, yo...

—Es muy duro quedarse abandonada en una isla perdida.

Se hizo el silencio en el coche. Estaba consternada por las palabras de Mirna y a la vez sentía que debía escuchar.

—Al principio agradeces estar viva y la quietud alivia, combate el trauma de la experiencia del naufragio. Después viene la soledad. —Me miró—. Esa es horrible.

—¿Es cierto que su compañera se trastornó? —El periodismo me había enseñado a cazar los momentos y captar la carga emocional.

—Esa mujer era un poco inestable. —Tamborileó con los dedos en la guantera—. Allí no había distracciones y no soportaba el silencio, ese era su problema. Le parecerá una tontería, pero el silencio puede matar.

—Hay personas que no saben estar solas consigo mismas —dije.

Mirna me brindó una mirada socarrona que daba la impresión de decir: “¿Más tópicos?”. Después volvió a adoptar un gesto duro que parecía transportarla a aquel pasado de aislamiento:

—Al principio estábamos juntas todo el tiempo. Hablábamos y hablábamos sin cesar, era maravilloso tener compañía, casi una bendición. Las charlas se eternizaban y al día siguiente seguíamos. Nuestra conversación nos mantenía unidas a lo que habíamos dejado atrás, la gente, el pueblo, nuestras vidas. Le conté todo sobre mí, pero era difícil de contentar, no me daba descanso. Las pausas la volvían loca.

“Como a ti”, pensé.

—Fue entonces cuando empezó a ponerse violenta. —Sus dedos ahora daban golpecitos rítmicos. Hubiera dado lo que fuera por atreverme a pedirle que parara—. Gimoteaba como una demente con cada silencio. Gritaba si yo callaba. El viento, silbando entre las palmeras, las olas del mar, el crujido de

los arbustos, todo la desquiciaba. Me obligaba a mantenerme hablando todo el tiempo y únicamente así se calmaba. Me pegaba cuando un silencio duraba más de la cuenta.

Fui consciente de nuestra soledad en la cabina y encendí la radio por instinto. No lograba sintonizar ninguna emisora. Todo era un zumbido sin sentido. Las montañas ejercían un bloqueo contra el cual no se podía luchar. Mi compañera alargó la mano, apagó la radio y miró a un punto lejano:

—Solía ser muy malo cuando eso sucedía, lo del silencio. Cada vez se le ocurrían perversiones más sutiles y dolorosas para castigarme. Entre nosotras se desató una violencia salvaje. Si yo callaba todo iba muy, pero que muy mal...

Carraspeé. Algo me oprimía la garganta. No sabía cuánto tardarían en llegar los de la grúa.

—¿Así que todavía ejerce usted, viene del hospital?

—En realidad estoy de vacaciones —dijo con su canturreo infantil.

El timbre de mi teléfono nos interrumpió. Me alegré como nunca cuando vi el nombre de mi prima en la pantalla.

—¡Monica!, ¿estás en el pueblo?

—¿Dónde quieres que esté un domingo por la noche? Estoy en casa a punto de ponerme una peli, pero es que tengo un gran cotilleo para comentar y no puedo esperar...

—Ya, mira —interrumpí—, me he quedado tirada con el coche, en mitad de la autopista. ¿No podrías venir?

—¿Tirada?, ¿estás bien?, ¿has llamado a los del seguro?

—Sí, sí, estamos esperando a la grúa.

—Ah, pues cuelgo y voy para allá.

De pronto sentí terror ante la idea de que mi prima cortara la comunicación y me dejara sola.

—¡No, espera!, déjalo. Seguro que ya no tardan, pero no cuelgues, por favor. No sabes cómo se agradece que nos hagas el rato más ameno. Precisamente, comentábamos lo que nos gusta hablar.

—¿Con quién estás?

—Con una vecina.

—Ah, ¿y no te puede entretener ella?, ¿qué pasa, que es una pesada?

—Bueno, no sé qué decirte...

La enfermera suspiró, apretando los labios. Parecía exigir mi atención de modo silencioso.

—Mira, hagamos una cosa. Yo pongo el manos libres y tú nos cuentas algo a las dos, ¿vale? Es que se nos hace muy largo esperar.

Me pareció una buena manera de entretener a Mirna, que me dedicó su habitual mueca sobreactuada, mostrando los dientes durante más tiempo del que una sonrisa natural precisaba.

—Pues mira chica, perfecto. —La voz de mi prima se escuchaba con claridad en todo el coche—. Así os cuento el cotilleo que tiene al pueblo alterado. Resulta que la loca de la isla, la que estaba fatal de la chola, ¿sabes?, la enfermera, no, la otra, se ha escapado del sanatorio. Ha salido tan pancha por la puerta y al parecer nadie se ha enterado hasta hace un rato, que dieron el aviso. De miedo, ¿eh?, como en la peli de Halloween...

Mi mirada fue a coincidir con la de Mirna, que no parecía sorprendida y escuchaba con mucha atención.

—¡Increíble! —dije— Precisamente estoy aquí con la enfermera, con Mirna. Es mi compañera de viaje.

—No, ¿qué?, imposible. Verás, la enfermera acaba de salir en directo en la tele local. Como comprenderás, es la primera a la que han preguntado. Asegura que su antigua compañera de isla es muy violenta y peligrosa. Estaba obsesionada con ella, como las piradas de las pelis. Dice que es capaz de cualquier cosa.

Sentí el frío bajando por mi espalda.

—Ahora que... será fácil de reconocer porque tiene la cara marcada, ya sabes, de las hostias que se pegaron en la isla. —En ese momento, Mirna se miraba en el espejo del copiloto con una enloquecida galantería, como si aquello no fuera con ella—. Ante todo, hay que evitar los silencios, se ve que se vuelve muy, pero que muy loca. Uf, menos mal que yo tengo palique.

Iba a gritar, pero mi vecina se adelantó, me arrebató el móvil y cortó la llamada. Después me miró con una dulzura teñida de gran expectación. Su voz era más grave y profunda cuando dijo:

—Ahora dígame lo que opina...

Probabilidades

Realmente me hubiera gustado que las cosas fueran así. Tú estabas frente a mí y decidiste, en un momento dado, que no podías dejar de mirarme. Creo que estabas tan asombrada como yo. Porque estas cosas llegan a veces, así, por sorpresa. No lo esperas, pero el mundo ya ha desplegado su plan y está en movimiento. Quizá está fijo en realidad, en lo más íntimo, pero por fuera, parece que se mueve.

Así que todo se había dispuesto ya para que *eso* pasara. Sí, en una de las múltiples y posibles versiones de esta historia, estaba escrito que tú, de pronto, ibas a sentir ese inmenso interés por mí. Había sido una mezcla de cosas y todas muy sutiles... Una conversación cruzada en medio de aquella mesa llena de gente. Dos miradas que conectan. Y de pronto todo estaba hecho. Después coincidimos en el paseo y nuestra conversación nos fue enganchando más y más. Y ya nada de todo aquello se podía parar. Había nacido la afinidad y además la bendita pregunta: “¿por qué no?”. De repente nos besábamos y de repente nos separamos. La discontinuidad no alteraba nada, porque aquello ya se había creado. Ahora no podíamos ignorar nuestro destino.

Trataste de evitarlo marchándote lejos, casi al día siguiente, y yo me pregunté por qué razón te obstinabas en darme esquinazo. Pero lo que tú no sabías (¡ni yo!) es que íbamos a encontrarnos en ese avión un mes después.

—No me lo puedo creer... ¿Eres tú?

—¡Hola! —la sorpresa fue genuina.

Estuvimos unos minutos incómodas. Quizás rondaba por tu cabeza aquel beso nuestro. A lo mejor tratabas de encontrar la manera de excusarte. Saltar del avión estaba descartado.

—¿Tú también vas a París?

—Tengo que dar una charla allí, ¿y tú?

—Yo simplemente sentí la necesidad de ir.

Me miraste con desconfianza.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cómo te lo explicaría? Esta misma mañana me he levantado y he sentido que tenía que volar a París. La corazonada era tan fuerte y el sentimiento tan intenso, que no he podido resistirme.

—¿Estás de broma? —Cerraste los ojos con aquel gesto adorable—. Va, venga, en serio: dime la verdad.

—¿Sobre qué?

—Pues mujer, sobre tu viaje a París, ¿sobre qué va a ser?

La azafata, de ojos grandes y sonrisa cómplice, nos ofreció unos refrescos. Tardé en contestar.

—Te estoy siendo muy sincera. Tenía la certeza de que, si no iba a París, algo... no sé qué... iba a pasar... o, mejor dicho, iba a dejar de pasar.

—Mira que te empeñas en ser misteriosa... Si no quieres decirlo, no hace falta. De todo modos, me alegro de verte, supongo.

Otra vez esa mirada de divertida sospecha.

—¿Y tu charla de qué va?

—Ah, patología de la válvula aórtica, lo normal.

—Ajá. —Te miré. Me fascinaba cómo eras capaz de considerar que tu inteligencia, capacidad y talento eran normales. Mirabas al fondo de tu vaso, distraída. Otro silencio.

—Me preguntaba por qué has dejado de venir a las clases, así de pronto.

—Ah, las clases... Estaba hasta arriba. A veces, acepto más cosas de las que puedo asumir y entonces tengo que ir soltándolas, una a una. Además, siempre he hecho lo mismo con el inglés: lo dejo y lo tomo en un bucle continuo.

—Entonces aquel beso no tuvo nada qué ver.

Tu mirada como un relámpago. Del vaso a mí, de mí al vaso.

—Not at all.

—En realidad fue algo muy tonto.

—Más propio de adolescentes que de dos mujeres adultas.

—Insensato...

—Pero está olvidado.

Bebí. Un trozo de hielo tocó mi labio superior. Recordé la calidez de aquella noche.

—Absolutely.

El resto de la conversación fue banal. El vuelo, la habilidad de los pilotos, la oferta culinaria de la compañía.

Aplaudimos el aterrizaje y yo te ayudé a bajar tu equipaje de mano.

—Espero que disfrutes de París —dijiste—. ¿Tienes muchos planes?

—Te digo que aún no sé que hago aquí. Ni siquiera tengo el hotel reservado.

Nos dirigimos juntas hasta la cinta de las maletas. La mía salió primero.

—¿Por qué has traído una maleta tan grande? Se supone que no tienes planes.

—A veces la vida te da maravillosas sorpresas, si estás dispuesta a aceptarlas. Y yo lo estoy.

No te di tiempo a añadir nada más. Me despedí y me alejé con mi pesada maleta. Confiaba en el universo, en su plan y en sus instrucciones. Segundos después, noté una mano en mi hombro. Llegabas con el pelo algo revuelto y las mejillas llenas de color.

—Yo también lo estoy —dijiste. Y me sonreíste.

Realmente me hubiera gustado que las cosas fueran así. Pero aquella noche, decidiste mirar a otro lado. Declinaste la invitación a mirarme y yo, sin saber, hice lo mismo.

Y así, lo que pudo ser, en realidad nunca fue.

El fin del mundo

La carretera era un desfile ordenado de coches en la oscuridad. A lo lejos, una radio saltaba de un anuncio a otro. La atmósfera era de color marrón barro y, a pie de pista, los faros amarillos de los coches proyectaban una calidez artificial. A pesar de todo, a ninguna persona le daba por pensar que la vista era hermosa, sino apocalíptica y aterradora.

Hacía horas que no había emisiones en directo. Los spots eran inútiles. El dinero carecía de valor. Los comercios estaban cerrados y los objetos de consumo ya no suscitaban deseo alguno. El trabajo había dejado de existir para los civiles. Cada minuto que pasaba, las diferencias entre las personas perdían más y más sentido. Raza, cultura, estatus... eran abstracciones que ya no importaban.

—Nadie pasa de los ciento veinte —dijo Paula, atreviéndose a romper el silencio dentro del coche—. Es curioso.

—Es porque nadie quiere morir antes de tiempo —sentenció Cris. Reclinó el asiento y miró al techo sin añadir nada.

No hacía falta. Su elocuencia era innecesaria aquel dieciséis de octubre.

Paula ajustó la velocidad a la cadencia del grupo de vehículos. A lo lejos, un conjunto de nubes que clareaban en el cielo casi oscuro se empeñaba en hacerles creer que todo era normal. No lo era. El reloj del salpicadero marcaba las dos de la tarde. El sol, su sol, el de todos, estaba oculto en un eclipse que duraba días, pero eso no era lo más preocupante. Según había informado la NASA, y más tarde todos los gobiernos a través de los medios de comunicación, lo terrible era lo que no veían pero se aproximaba, imparable y a toda velocidad. Algo que iba a caerles encima como un gigantesco martillo, sin concederles tiempo de prepararse. Algo que iba a exterminar a la raza humana.

—¿Qué hacías en el verano del noventa y ocho, cuando estrenaron Armageddon? —preguntó Paula en el mediodía nocturno—. Si me llegan a decir que esa peli era profética.

—Sé muy bien lo que pretendes y no va a funcionar.

—¿Qué pretendo?

—Intentas que no piense en lo que está punto de pasar. Quieres que me entretenga pensando en el pelo de Ben Affleck.

—O en la chulería de Bruce Willis.

—¡O en la boca de Liv Tayler! —Esta vez, Cris no pudo evitar reír—. ¡Liv Tayler! Me acuerdo que yo decía que ella podía tragarse el meteorito y salvar así a la tierra. ¡Qué crías éramos! Nos gustaba cachondearnos de todo y mira que era preciosa esa chica.

—Ya es una mujer hecha y derecha y según tengo entendido, muy espiritual.

—¿Crees que ahora mismo estará meditando en su porche?

—Volvamos al tema, venga, ¿qué hacías en julio del noventa y ocho? Yo era una niña adorable.

—Ay, qué manía. ¿Crees que cambiar un pensamiento catastrofista y muy justificado, por otro dulce, pero claramente escapista, va a evitar el desastre? Porque a mí me parece puro autoengaño.

—Entonces, ¿qué... nos llamamos?

—Sería lo mejor.

Intentó guardar silencio, pero le parecía una dura prueba.

—Pues aunque no hablemos, mi mente no para. Y tengo mucho miedo.

—En ese caso, charlemos. Te lo diré: en el verano del noventa y ocho vivía con Lizzy en Calabria.

—¡Lizzy! ¡Nunca me has contado cómo la conociste!

—Todavía tenemos mucho por descubrir la una de la otra. Dame tiempo.

—Cris tosió para ocultar su congoja. Acaba de ser consciente de que eso era pedir lo imposible.

Paula aferró el volante intentando liberar su tensión. La tristeza la había pillado por sorpresa. Por mucho que tratara de ser fuerte, la inminencia del final le cortaba el aliento. Disminuyó la marcha y respiró hondo un par de veces, no quería romper a llorar.

—Fue unos meses antes —escuchó decir a Cris—. Había una subasta en un hotel muy pijo de Madrid. Yo era una pobre estudiante sin un duro y quise calentarme del frío, así que me colé con el único objetivo de pasar la tarde en aquel salón con calefacción y alfombras mullidas bajo los pies. De pronto allí estaba con aquellos estirados que pujaban como locos por unos dibujitos de un famoso pintor. Y te aseguro que no eran una obra de arte, ni siquiera tenían aspecto de algo acabado... En esas láminas no se veía más que a un bebé a medio hacer, apenas un garabato, pero todo el mundo allí las deseaba. Había tal expectación que sentí ganas de pujar. Y lo hice.

—¿En serio?

—Claro. Duró poco. Los entendidos detectaron mi intrusión y me miraron de la peor forma. De pronto se debatían entre su sentido de la corrección y sus ganas de echarme de allí a patadas, sin llegar a tomar ninguna determinación. En el grupo de respetables había una mujer, estaba sentada unas filas más allá, toda vestida de blanco, como un precioso copo de nieve. Su pelo era tan claro que también lucía blanco. Me miró y sonrió con complicidad y enseguida advertí un atrevimiento diferente al resto. Al parecer, se divertía con el asunto y comenzó a pujar contra mí, lo cual consiguió calmar un poco a los demás. Con cada nueva orden me miraba de ese modo intenso y provocador y yo, adicta a esa mirada, no podía dejar de hacer una nueva oferta tras otra, aun sabiendo que era una locura. Éramos como dos almas bailando ante todos los demás extraños. Tuve miedo de que se retirara de la puja y me creara un verdadero problema económico, pero ella, toda una señora, debió de advertirlo y pujó una vez más, por una desorbitada suma. No pestañeó cuando el director de la subasta golpeo con la maza y dijo: “Adjudicado”. Esperé a que acabara la sesión entre miradas de reprobación. No me importaba lo más mínimo. Quería disculparme con aquella señora tan blanca y hermosa. Antes de que pudiera hablar con ella, el encargado se situó a mi lado y muy cortésmente me dijo: “La señorita puede abandonar la sala”. Nunca me habían echado de un modo tan elegante, la verdad, y estaba deseosa de colaborar con él, pero ella apareció y dijo de forma mucho más elegante: “La señorita viene conmigo”.

Entonces Cris hizo una pausa, una de esas a las que Paula ya estaba acostumbrada y despertaban siempre sus ganas de saber más.

—¿Y qué pasó?

—Oh, me invitó a merendar. Fue muy amable. Dos meses después nos fuimos a vivir juntas.

—¡Vaya, debió de ser una merienda memorable!

—Resulta que Lizzy tenía una villa en el sur de Italia. Más tarde descubrí que era condesa y había estado casada tres veces, con un piloto, con un diletante y con un comunista.

Los coches que les precedían aminoraron la marcha mostrando un reflejo de luces rojas entre los charcos. Paula frenó, atenta al cielo, tratando de descifrar qué estaba pasando. Por un momento, casi se había olvidado de todo. Cris apoyó las rodillas en la guantera devolviéndola al momento presente.

—Bueno, ¿y qué más descubriste? —Paula sentía unos celos agradables por aquel primer amor. No era competencia, sabía que ella había llegado a la

vida de Cris en el momento justo. Además, entendía perfectamente que la joven Cris hubiera caído fascinada ante aquella mujer sofisticada y también comprendía el caso contrario— ¿Cuántos años os llevabais?, ¿veinte?

—Dieciocho. Y aunque hubieran sido cien... Tenías que haber conocido a Lizzy por aquel entonces. Las piedras cobraban vida a su paso. Era imposible no vibrar cada vez que te miraba. Tenía poder.

La fila de vehículos se detuvo. Algunas gotas empezaron a salpicar el parabrisas. Paula accionó la luz del interior de la cabina. No quería perderse ni un segundo de Cris, no podía regalar nada a la oscuridad.

—Así que tenía poder...

Era preferible seguir en el mundo que ellas diseñaban con su charla, ignorar el otro, el que se acababa.

—Mucho y era muy generosa. Además de compartir conmigo su afamada y secreta receta de salsa de pepperoncini, me enseñó a besar.

—Vaya —Paula se acercó a su compañera—, eso sí que se lo tengo que agradecer a la bella condesa, puesto que es un conocimiento del que me pienso beneficiar ahora mismo.

—¿Ah, sí?, ¿hablas de la salsa, no?

—No puedo pedirte que cocines en este momento.

Se besaron en aquel coche parado. A Paula le maravillaba la fuerza que le hacía sentir el contacto con Cris. Recordó aquel primer beso, no hacía tanto. Este no fue menos especial, cargado de la energía única que da el saber que el tiempo se agota. Con él ambas comunicaban su deseo de vivir y fundirse. ¿Se podía satisfacer ese anhelo? ¿Un beso podía ser la solución a todo?

Súbitamente, algo golpeó la ventana junto a Cris, que se echó a un lado. Una mujer daba palmadas en el cristal.

—¡Es el final del hombre!

La mujer aparentaba unos setenta años, tal vez más. Tenía el pelo gris y desordenado y una mirada infantil de ojos negros que expresaba desesperación. Cris trató de abrir la puerta contra la que ella se apoyaba mientras continuaba dando golpes.

—Déjala, no abras —dijo Paula con temor—. ¡Parece que está loca!

La mujer se detuvo, miró a los lados y salió corriendo. Cris abrió la puerta.

—No ha dicho ninguna locura —dijo, y salió tras ella.

Aterrada, Paula observó por el espejo retrovisor cómo Cris se alejaba en la oscuridad. ¿Y si se perdía con la confusión?, ¿y si su último recuerdo fuera

verla partir en pos de una extraña en el día más importante de la Humanidad?, ¿podría ella afrontar todo eso sola?

Sintió el corazón en la garganta. Los coches habían empezado a pitar en una sinfonía creciente y sofocante. A dos vehículos de distancia, un hombre sacaba medio cuerpo por la ventanilla lateral, haciendo grandes aspavientos y gritando algo ininteligible. Lo que había sido un manso desfile, comenzaba a mostrar discordia por todos lados. Tres mujeres se zarandeaban a lo lejos en el arcén, peleándose por un bolso. Paula subió el volumen de la radio, necesitaba escapar de aquel momento de inseguridad. “Contrata más *gigas* —decía una voz entusiasta— porque lo que te gusta compartir, te gusta mucho más. Porque solo no es lo mismo. Comparte. Llama ahora”. Solo no es lo mismo... Le dieron ganas de reír ante el absurdo. Las comunicaciones no funcionaban, la Red había muerto, Internet era un espejismo del pasado. El mundo se había rendido y ni los *gigas*, ni los *teras* ni los *petas*, ni todos los prefijos griegos juntos evitarían el final. Estaban solos y únicamente podrían compartir el miedo y desamparo con los más cercanos. No habría fotos, ni mensajes, ni testimonios. Nadie conocería el resto de la historia.

Incluso con la certeza de lo que venía, la gente buscaba algo a lo que aferrarse. A un lado de la carretera, una mujer montada en una moto se hacía un selfie frente al eclipse. ¿Tenía algún sentido?, ¿pensaba sobrevivir?, ¿era un mecanismo de defensa? La motorista llevaba un traje de cuero y era muy atractiva. Observó su belleza en plenitud y a punto de extinguirse... y por un segundo pensó que tal vez la mujer era una aparición, una especie de diosa Afrodita que venía a burlarse de la humanidad y su inútil vanidad. O quizá el mundo no era más que un anuncio publicitario en una película más extensa que a todos se les escapaba. La publicidad tenía la clave para descifrar el sentido de la vida después de todo... “Contrata más *gigas*”.

Los coches empezaron a moverse de nuevo, sacándola de sus cavilaciones. Las luces de frenado se iban apagando. No podía irse sin Cris. Se mordió las uñas, “vamos, ¿dónde estás?” En ese instante, miró atrás y la vio. Regresaba al coche con la anciana de la mano. Formaban una curiosa pareja. Cris y la mujer se sentaron en los asientos traseros.

—Ya estamos —dijo Cris—. Vámonos.

Paula la miró con ojos interrogadores.

—Ay, sí, qué maleducada soy. Te presento a Amparín, es de Sueca.

—Sollana, mi hermana es la que vive en Sueca.

—Perdón, Sollana, es de Sollana. Una preciosa tierra pegada a la

Albufera, ¿verdad?

—No tan preciosa, pero a mí me gusta.

¡La Albufera! Otro paisaje que iban a perder... ¿Y los pájaros, y los peces?, ¿sabían ellos de qué iba aquel asunto? Se negaba a pensar que todo podía desaparecer junto a ella. Esto solo era el pestañeo de la mente infinita que se había cansado de aquel mundo.

Seguramente en aquella falsa oscuridad del mediodía los pájaros volaban mudos y desorientados. No podía verlos. Nadie podía. Los motores rugían, los conductores gritaban. ¡Si tan solo permanecieran en silencio un instante!

—Pau, saluda a nuestra invitada, mujer.

—Encantada, Amparín —dijo por fin—. Yo soy Paula.

—¡Quiero hablar con mi hermana! —dijo la anciana ignorándola y golpeándose las piernas con los puños—. Por favor, llámala. ¡Me lo has prometido!

—No puedo si no me dices el teléfono, ya te lo he explicado...

—¿No puedes?

Paula las observó por el retrovisor. Cris se encogió de hombros.

—¿Dónde está el número? —preguntó Amparín— ¿No lo tienes ahí? Lo tenía apuntado, pero me han quitado el bolso. ¿Seguro que no lo tienes?

—No, pero estoy segura de que tu hermana está bien.

—¿Cómo lo sabes? ¡Está muy mayor! ¿Y si le pasa algo? Quiero hablar con ella. ¿No podemos ir a Sueca?

—¡Uf!, eso es muy complicado. Mira, los militares sabrán qué hacer en el centro del acogida, cuando llegemos.

—Solo nos van a ayudar a morir de forma ordenada.

¿Quién había dicho eso, Amparín, Cris, o había sido una voz en la cabeza de Paula? Observó las filas de coches. Con suerte llegarían a recorrer... ¿cuántos kilómetros más? Tenían suficiente gasolina, pero las vías estaban colapsadas.

Cris limpió unas lágrimas de las mejillas brillantes de Amparín y le dio un beso.

—Es imposible llegar a Sueca, cariño.

A Paula el dolor de aquella mujer, ahora le parecía propio. La salida que se anunciaba a quinientos metros le dio una idea.

—¿Te gusta la playa, Amparín?

La mujer la miró con los ojos aun nublados.

—Me da mucho miedo el mar, porque no sé nadar, pero es bonito.

Tomó la decisión y giró desviándose del camino. Los militares, el punto de acogida y la muerte ordenada tendrían que esperar.

—Pues vamos a la playa. Tal vez encontremos a tu hermana allí.

Conectó con la mirada incrédula de Cris y luego con su sonrisa de entendimiento.

Condujo por la vía en dirección a la playa. Ese era un camino apenas transitado aquella falsa noche. Los demás preferían el refugio de las casas, el amparo del Gobierno, la fe de la Iglesia, cualquier cosa con la esperanza de que algo cambiara y se revertiera la situación a última hora. Solo una loca, una optimista y una mujer con confianza en el universo podían escoger ese camino.

Un coche que venía de frente las deslumbró con las luces largas. Pasó junto a ellas pitando y las obligó a arrimarse al arcén. Otro que se unía a la manada de desesperados en la autovía.

Continuaron avanzando con precaución a través de la carretera marcada con curvas. En uno de los repechos, algo llamó la atención de Paula. Se aproximaban a un coche abandonado, que clareaba junto al camino. Paula redujo la velocidad al sobrepasarlo. Amparín golpeó la ventanilla trasera:

—¡Hay un hombre ahí!

Paula frenó instintivamente. Solo después del frenazo, al mirar por el retrovisor, distinguió la figura de una persona vestida de blanco. Cris había enmudecido y era difícil saber en qué pensaba. La mente de todos se había tenido que abrir a sucesos extraordinarios en las últimas horas y ahora eran capaces de imaginar cualquier situación. Sin embargo, las mujeres se dieron cuenta de que la misteriosa aparición, al aproximarse a ellas y ser totalmente visible a la luz, tomaba la inocente forma de un chico con camiseta clara y vaqueros.

—¿A dónde vais? —preguntó con acento del este. Llevaba una bolsa en la mano—. Me he quedado tirado y las gasolineras no tienen combustible.

—A la playa, ¿te va bien?

Se frotó la cara y negó con la cabeza.

—¿A dónde quieres ir tú? —preguntó Cris. Siempre pensaba en la manera de hacer fáciles las cosas a los demás.

—A Rumania, con mi abuela. Es mi única familia.

Amparín soltó un suspiro, Cris se retiró el flequillo de la cara.

—Me temo que eso es imposible. Sabes que el espacio aéreo está cerrado, ¿no?

—No voy en avión. Si me lleváis a la autopista... Seguro que allí algún

coche me recoge. Todo el mundo se marcha, alguien saldrá de España.

—No llegarías a tiempo. ¿Estás enterado de lo que va a pasar? —preguntó Paula.

—¿Pero eso es verdad? —interrogó a su vez con inocencia. Después miró a las nubes—. Yo creo que es solo que el sol está tapado, pero está ahí detrás, ¿no? Volverá. —Abrió la bolsa y mostró unas botellas que llevaba con él—. He comprado champán para reírnos de todo esto cuando pase. Será como una broma, un cuento de ancianas supersticiosas.

—No tratarías de volver a tu casa si no lo creyeras —dijo Cris.

—Y no lo creo, pero... todos están tan nerviosos que parece el fin.

—Es que es el fin.

—Sí, y por eso tenemos prisa —sentenció Amparín—. Mi hermana está en la playa. Nos espera.

El chico miró a la mujer. Paula abrió la puerta del copiloto.

—Lo que se acerca es inminente y no tendremos tiempo de pensar. Quizá sea mejor así. Tendremos que vivirlo tal y como se dé, ahora y con quien se encuentre a nuestro lado. ¿Vienes?

El chico echó una última mirada a su vehículo. Parecía valorar la idea de rescatar algo de allí, después se encogió de hombros, subió al coche de las mujeres y se sentó junto a Amparín.

—Me llamo Denis —dijo. Sus ojos eran del azul de los días claros, esos que nadie volvería a ver.

Hubo un silencio en el habitáculo del coche, mientras se abrían paso por la carretera penumbrosa. ¿Qué pensaban cada uno de esos cuatro seres humanos unidos en aquellas circunstancias? Amparín tarareaba de modo apenas perceptible, Cris suspiró... Las personas significativas de su vida se volvían más presentes.

—A Lizzy le hubiera encantado esto —dijo—. Ella era muy intensa, vivía muy a gusto en los extremos. La normalidad la desquiciaba. Siempre buscaba algo más.

—¿Quién es Lizzy? —preguntó Denis.

—Fue la esposa de Cris —contestó Paula—. Estuvieron casadas siete años.

—¡Jesús! —se santiguó Amparín.

—¿Y dónde está ahora?

—A saber, tal vez en el aire o en el mar, o reencarnada en alguna niña rebelde... Murió en un accidente de avión. Ya no estábamos juntas por

entonces, su avioneta se estrelló contra unas montañas en Vancouver.

—Vivió su propio fin del mundo.

—¿Crees que debo llamar a Abigail? —preguntó Paula de pronto. Era un pensamiento del que no se deshacía.

Cris captó las miradas cruzadas de Denis y Amparín.

—Abigail es la expareja de Paula. Cuando nos conocimos ella la dejó.

—Bueno, ya nos iba bastante mal. Ella estaba amargada. Era músico y lo abandonó todo por una plaza de funcionaria que le agrió el carácter.

—Ganaría buen dinerito —dijo Amparín—. ¿Por qué estaba enfadada?

—Es una mujer muy temperamental. Odia y ama con la misma intensidad.

—Ah, bueno, claro. —En la mirada de la anciana se traducía que aquello era demasiado para ella.

—Yo la llamaría —dijo Denis—. ¿De qué sirve ahora el orgullo?

—Sí, ¿y de qué sirve un contrato indefinido con catorce pagas?

Aquello le pareció un argumento irrefutable. Los pasajeros guardaron silencio mientras Paula marcaba y hablaba por el manos libres. No dijeron nada cuando Abigail le gritó todo tipo de improperios: “¿Qué qué hago? Jugar al jodido Tetris, si te parece..., ¿tú qué coño crees que hago?”, ni cuando, desconsolada, se echó a llorar. El grupo respetaba los estados de ánimo de aquel ser humano sumido en el miedo y la confusión.

—Esto, toda esta mierda —continuó Abigail entre sollozos—, obedece muy bien a mi mente en realidad.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que yo la he creado, Pau. ¿Y sabes por qué? Porque quiero que se acabe el puto mundo y que os vayáis las dos a tomar viento.

Cris pestañeó. Dejó que su mente albergara ese pensamiento por un instante y trató de entender las palabras de Abigail en toda su profundidad. ¿Era posible que su amargura estuviera creando el fin del mundo? Después miró a Amparín, que se retorció las manos angustiada por el malhumor de la mujer que hablaba al otro lado del teléfono. Observó la belleza perfecta del chico rumano. ¿Podían Amparín y Denis ser solo pensamientos de Abigail? Eran creaciones tiernas y bondadosas sin duda, no parecían el producto de una mente rencorosa y desesperada.

Entonces un temblor sacudió el coche y el cielo se encendió en un gran resplandor. Una esfera brillante emergió llenando todo de una claridad cegadora. Un zumbido vibraba en el ambiente de forma sostenida. Amparín gritó y Denis subió la ventanilla del coche. Paula y Abigail callaron. Después

se oyó un lamento al otro lado del teléfono.

—Dios, ¿qué es eso? Tengo miedo, ¡no quiero que esto acabe así! —era la suplica de Abigail. Volvía a ser una mujer nada más, perpleja ante el universo.

—Sal de casa y vente a la playa de El Saler. No estás sola.

—¡Todo esto es de locos! —gritó Abigail, furiosa, antes de colgar.

Paula aceleró. Los pasajeros hablaban del nuevo día. La luz no era más confortante que las tinieblas previas. Hacía mucho calor.

—El sol está rarísimo —dijo Amparín, apuntando a la esfera naranja y puntiaguda que oscilaba arrastrando la mirada de todos.

—No es el sol —dijo Cris y la tomó de la mano.

A la izquierda, el mar mostraba un color rosa inédito, fruto de los reflejos de aquel firmamento enloquecido. Las olas iban y venían con fuerza a intervalos cortos.

—Las olas siempre avanzan hasta la orilla en grupos —dijo Denis—. Lo leí en una revista, pero no sé lo que significa. Tal vez hoy lo entienda.

Paula detuvo el coche en una ensenada frente a la playa. En la arena, un poco más abajo, algunos grupos de personas estaban reunidas con la misma idea que ellos.

—¿Veis a mi hermana? —preguntó Amparín con angustia— La pobre no sabe nadar, está ya mayor y un día me va a dar un susto.

Bajaron del coche. El viento era de una calidez espesa, nunca antes experimentada y eso les dio miedo a los cuatro.

—Qué mareo, no puedo respirar. ¡No puedo! —Amparín volvía a llorar.

—No tengas miedo, abuela —dijo Denis ofreciéndole la mano—. El mar nos refrescará.

—No soy abuela. Yo no tengo nietos, ni hijos... Solo a mi hermana.

—Ahora me tienes también a mí. Pero vamos a buscarla, me puedes contar algo de ella mientras. Me encantan las historias de familia.

Amparín aceptó la guía de Denis. Se giró hacia Cris una vez más.

—¿Nos veremos luego?

—Claro que sí. Id buscando un buen sitio en el que reunirnos.

Cris dio las gracias a Denis con un gesto y los dos se alejaron por la orilla. Después tomó a Paula de la mano.

—Nunca había imaginado el fin.

—¿Crees que nos salvaremos? —Paula la miró con sus ojos marrones.

—No.

—¿Y qué hacemos?

Se abrazaron.

—Rendirnos.

Paula se quedó absorta en la luz que reflejaban las pupilas de su compañera. Veía la esfera dorada, la temida esfera, capturada en aquellos ojos. En un segundo le pareció contemplar el mundo entero en ellos, con su principio, treinta años antes, y todas las caras, los olores y los colores de la tierra. Todos los sonidos y las texturas estaban también en esos ojos. Y mucho más, eones de tiempo, de almas desconocidas por ella, pero que le daban paz. El mundo a punto de acabar le comunicaba a través de esos ojos que debía tener fe y que aquello solo era un latido de algo mucho más grande. De pronto supo que iban a regresar a ese origen y que ese era el sentido de haber encontrado a Cris: leer ese mensaje de esperanza en sus ojos, justo antes del fin.

Cris iba a decirle que sí, que se salvarían, aunque tal vez no del modo que Paula esperaba, cuando un sonido metálico la sacó de su aturdimiento y la obligó a mirar atrás.

Abigail, enfundada en un vestido de lentejuelas plateadas, avanzaba hacia ellas a través de la arena. Se había pintado sombras verdes en los párpados y traía consigo una guitarra eléctrica. Parecía un ídolo retrofuturista y en sus ojos se percibía la extraña lucidez de quien ha entendido algo por fin. Ya no había asomo de rencor en ella. Abigail sabía cuándo esas cosas estaban de más. Todos lo sabían. Cada habitante del planeta había tenido su propia epifanía en aquellas horas crepusculares. Paula, con inédita serenidad, le dedicó una sonrisa.

La imagen de Abigail parecía alegórica en aquel día irrepetible a punto de apagarse para siempre.

—¡Nenas! —gritó Abigail mientras el mundo volvía a vibrar por última vez—. ¡Let's rock!

La dialéctica del amo y el esclavo

Llegado el momento, tardé segundos en saber qué hacer con la copa envenenada.

Nunca he tomado a mal el carácter vehemente de Gloria, aunque a veces he sufrido las consecuencias. Recuerdo, por ejemplo, aquella vez en la que, volando a Roma, se pilló un enorme mosqueo con el personal de vuelo por una tontería y armó tal jaleo que el avión regresó al aeropuerto y nos desalojaron entre abucheos. Ella descendió por las escalerillas con la barbilla bien alta y su ensayada mirada de desprecio y yo la seguí, roja como un tomate y, por suerte, algo achispada. Mi miedo a volar, junto con la impredecibilidad de su carácter, me habían llevado a pensar que aguantar el vuelo a base de whiskeys era la mejor idea. La ebria inconsciencia me ayudó en ese momento. Fue peor cuando pasó el efecto del alcohol y nos llegaron las consecuencias legales.

Gloria nunca se ha arrepentido de nada. Jamás. Ni siquiera de su pésimo matrimonio. Siempre dice, y a mí me parece algo masoquista, que el sufrimiento, el ardor de estómago y la mala hostia son elementos que ayudan a formar un carácter y que ni el mejor curso de supervivencia le podría haber preparado para hacer frente a la adversidad como todas las experiencias que ha vivido con su marido Rafa. Yo creo que habría sido todo infinitamente más fácil si hubiera admitido desde el principio que son personas incompatibles.

Como digo, mi amiga, ni se equivoca, ni pide perdón y quien la conoce bien ya no se disgusta por ello, solo lo asume como un rasgo inmutable de su carácter. Por eso, a mí ya no me molesta que fuera yo quien primero vio a Rafa; que fuera yo quien primero le besó y que fuera yo quien primero se enamoró perdidamente de él.

Rafa y yo, y de esto hace muchísimos años, sí éramos compatibles. Cien por cien. Entonces Rafa era guapísimo y yo no estaba nada mal. Él tenía el pelo rizado, del color de un angelito de madera barnizada, y unos preciosos ojos azules. Daban ganas de acercarle un laúd y verlo levitar en musical arrobo. Pero no solo era hermoso. Cuando hablaba, lo hacía con tanta precisión y eran tan interesantes sus palabras, que la combinación entre angélica dulzura y acerado intelecto era letalmente sexy. A Rafa no le disgustaba que yo apartara la mirada, se me quebrara la voz y tuviera tendencia a romper cosas cuando me ponía nerviosa; o que enrojeciera cada

vez que la conversación aumentaba de intensidad. Al contrario, yo le parecía adorable y así me lo hacía saber. Lo nuestro fue amor a primera vista.

No sé cuándo apareció Gloria en la ecuación. Para mí, ese momento es un recuerdo confuso que ha quedado bloqueado, como cerrado entre cordilleras de indiferencia, fósiles del tiempo. Pero era inevitable... Gloria tenía que llegar, puesto que éramos inseparables. Digamos que siempre hemos sido piezas complementarias. Ella es el espejo y yo su reflejo y por eso me necesitaba desesperadamente. Sí, yo la hacía brillar, le devolvía su imagen magnificada por mi admiración y ella... bueno, ella a cambio actuaba como si yo fuera prescindible. No la culpo, en nuestra relación las cosas eran así. “Es la dialéctica del amo y esclavo de Hegel”, decía Rafa y me animaba a rebelarme. Por eso me sorprendió tanto cuando, en vez de alentar mi liberación, Rafa olvidó nuestro compromiso y se marchó con Gloria a recorrer el mundo. Ninguno dio explicaciones porque el amor es así, una fuerza tan grandiosa que nada se puede hacer ante sus designios. Ni la lealtad ni la amistad valen nada ante el as de corazones. Sin embargo, nadie me supo decir por qué en mi caso el amor había sido tan poderoso como un helado al sol.

Pronto supe que ya en el viaje comenzaron las desavenencias entre ellos. Dos mundos irreconciliables, universos incompatibles, eso eran. Pero se empeñaron en casarse. Les motivaba la locura de odiarse y reconciliarse, vivificaba su pasión y la hacía más digna de perpetuar. Con el tiempo, ya nada sostenía aquella batalla continua, pero Gloria, claro está, jamás reconocería su error pidiendo el divorcio. Rafa, por su parte, tras décadas de apatía, recuperó la chispa, pero..., oh, sorpresa, no con Gloria. La idea de una felicidad por separado no convencía a mi amiga. Ser infelices juntos le parecía la mejor opción.

—Rafa ya no tiene porvenir —me dijo un día—. Está lleno de deudas y decadencia... Y no solo en lo económico y moral. Esas arterias tuyas están saturadas por años de panceta y grasas, es bastante asqueroso. Voy a hacerle un favor y acelerar todo esto. Voy a matarlo.

Ella era radical y creí que bromeaba, aunque Gloria no jugaba con ciertas cosas. Nunca dudaba de sus ideas. Eso hubiera sido admitir que era capaz de tener pensamientos inapropiados. Prefería convencerse de su lógica. Y después convencer a los demás.

Quizá parezca débil por mi parte, pero quien no haya vivido años de sometimiento, ni aguantado esa mirada, con la mano firme alrededor de mi muñeca acompañando a la frase: “Ana María, tienes que hacerlo”, no puede

entender el poder que Gloria tenía sobre mí. Me convenció en el acto de que Rafa era despreciable y me aseguró que hacía lo correcto apoyándola.

Mi papel era estar a su lado y formar parte de la escena en la que ella, la protagonista, envenenaría a Rafa. Por supuesto, Gloria necesitaba a su habitual público, a su reflejo. “Si no estás, no seré capaz”, dijo con falsa modestia. Fue eso precisamente lo que me animó a secundarla. Me preguntaba si sería capaz de llegar tan lejos como decía. Si yo decidía no escandalizarme y seguir su delirante juego, la obligaría en algún momento a abortar su plan y entonces, por fin, por primera vez, Gloria se vería forzada a admitir su fracaso ante mí.

La noche convenida y según lo previsto, Gloria organizó una cena para los tres. Hacía mucho que no nos reuníamos juntos en su casa. Me había dicho que, en el momento apropiado, se iría a la cocina y regresaría con tres sorbetes venecianos. El de la pajita azul, mortífero, sería el de Rafa. Los otros dos, con pajita roja, inofensivos, ácidos y cítricos, serían los nuestros.

Me decidí a interpretar mi rol de fiel seguidora de Gloria mientras me preguntaba cuánto aguantaría ella la comedia. Estaba segura de que aquello era un pulso entre las dos. Quien se rajara antes, quien quisiera detener la farsa, perdería. Reconozco que aquello me hacía sentir el estómago lleno de hormigas. Bocado tras bocado, liderando una conversación vacía, Gloria me miraba con complicidad. Alabé su vestido nuevo, que la hacía brillar como la actriz principal de una obra. Rafa, desgastado y con quilos de más, era la imagen de la desidia doméstica, con su camisa vieja, los pantalones vaqueros holgados y los zapatos repelados. El contraste entre ambos era tan evidente como sospechoso. A diferencia de otras ocasiones, Gloria se mostró encantadora con él. ¿Acaso no veía Rafa que aquél derroche de amabilidad por parte de su mujer era rarísimo?

Llegó el momento del postre y yo apenas podía ocultar mi ansiedad. Gloria se ausentó a la cocina y me lanzó una mirada muy significativa. Era la señal.

En ese momento, nerviosa, decidí entablar algo de conversación con una Rafa que seguía ausente. Mis palabras fueron banales, mi voz, afectada. No teníamos nada que decirnos.

Escuchamos a Gloria canturrear en la cocina. “¡Pon algo de música, Ana María!” ordenó desde la distancia. Yo me levanté y Rafa sonrió con ironía: “La dialéctica del amo y el esclavo”, dijo. No fue un comentario amargo, sino más bien compasivo y en esa frase volví a reconocer aquella expresión juvenil que un día ganó mi corazón. Sus ojos seguían siendo preciosos a pesar de que

su rostro se hubiera transformado por años de amargura.

Me volví a sentar con las piernas flojas incapaces de sostenerme y un viejo malestar queriendo aflorar en mí en forma de un intenso frío. Gloria apareció en ese momento con una bandeja de plata labrada en la que brillaban tres copas del color del champán. Sus ojos tenían el brillo del egoísmo incurable. Supe que iba en serio.

“¿Y la música?”, preguntó, mirándome. “Ponla tú”, contesté, tiritando. Gloria dio unos pasos, vacilante, pero después reaccionó, dejó la bandeja en la mesa y fue hacia el aparato de música, dándonos la espalda.

Fue entonces cuando decidí ser coherente con lo que tenía dentro. Me levanté, cogí mi copa y la aparté. Después, esa misma coherencia me impulsó a cambiar la pajita azul destinada a Rafa por la roja. Cuando Gloria regresó, observó las dos copas que quedaban en la bandeja.

—Ten, cariño —dijo, ofreciendo la azul a su marido.

—Brindemos —dije yo.

—Qué mandona estás hoy —Gloria se rió con condescendencia y alzó su copa—. Sí, hagámoslo. ¿Por qué brindamos?

—Por la libertad.

A ella le pareció muy apropiado y una sonrisa le llenó la cara. Rafa bebió sin decir nada más, como quien no participa del juego. Gloria y yo nos miramos y bebimos de nuestras copas, despacio, hasta el final, sincronizadas, como el espejo y su reflejo. Después, Gloria comenzó a toser y se llevó las manos a la garganta.

Trató de decir algo antes de caer desplomada al suelo.

Él

Yo únicamente permitía que hablara a través de mí. Estaba convencida de que ese era todo mi mérito: ser un canal. Pero la gente no me creía. Preferían pensar que yo era tremendamente interesante. Les resultaba más cómodo juzgar que simplemente era una persona modesta con desaforada imaginación. Otros menos benévolo estaban seguros de tratar con una loca de humor cambiante que se había pasado años jugando a la mosquita muerta. Lo cierto, para quien quisiera creerme, es que yo, en el fondo, era una persona distinta de aquella que suscitaba controversia. Yo no era “él”. Y digo “él”, porque estaba segura de que lo que había nacido en mí era una fuerza poderosa y masculina para la que solo tenía un nombre: Él.

Con el tiempo empezó a ser difícil para mí determinar quién era yo en realidad. No recordaba ya mi identidad anterior de manera aislada. Lo que sí sabía es que yo, la previa, era mucho más insignificante que Él. En origen, yo era una persona simple y no me planteaba nada más allá de lo que tenía que hacer en unas horas. Apenas pensaba en el pasado, vivía en un presente desprovisto de interés. No tenía ambiciones ni planes y me limitaba a existir sin trascendencia, ocupándome de los asuntos que tenía delante. No buscaba nada.

La primera vez que lo experimenté fue una noche de mayo. Me desperté de pronto en la madrugada y sentí que algo había cambiado. Era un cambio sutil, pero significativo. Lo percibía en la perspectiva de los muebles. De pronto era consciente del espacio entre ellos, como si el armario, el tocador, el espejo, tuvieran un relieve especial y yo viera la relación de tamaño entre ellos de forma distinta y novedosa. Parecía que otra persona diferente a mí miraba la escena y así nuevos matices nunca vistos emergían.

Cuando me preparé el desayuno seguía teniendo esa sensación tan difícil de expresar y a la vez tan evidente. De pronto la leche de vaca me repugnaba y sentí un deseo enorme de cocinar unos huevos. De dónde provenía el antojo, era algo que ignoraba, pero desayuné un plato de tres huevos, una barra de pan y una cafetera de café solo. La sorpresa era apaciguada por mi apetito y deleite con cada bocado. No podía ignorar que me gustaba. La extrañeza de mi comportamiento me resultaba de algún modo comfortable, porque había en ella seguridad y armonía y de ningún modo me sentía actuando a contracorriente, a

pesar de que hacía cosas impropias de mí.

Tampoco me extrañó sentir la necesidad de nadar. Yo, que era una mujer temerosa del agua, de pronto me sentía atraída hasta el mar y así obedecí a mi cuerpo y a eso indefinible que serpenteaba dentro de mí. Mi propia mente parecía conforme, como si mis antiguos gustos formaran parte de un sueño torpe y limitado. Mi cuerpo pedía ejercitarse y estirarse, mis pulmones querían verse repletos de aire, completamente llenos con respiraciones que descubrían nuevas posibilidades en mí. ¿Puede una respiración sorprenderte? Puede.

Estuve nadando durante una hora, con energía, sin temer a la marea, fusionada con el mar. Después me senté en la arena y dejé que el sol me tomara por completo. Sin bronceadores, toallas, ni bebidas isotónicas. Elementos puros sin ningún plan de revista barata. Naturaleza sin filtros ni recomendaciones. Nada que consumir, ninguna mirada que complacer. Solo yo con el entorno.

Aquello duró unas horas. Al regresar, volvía a ser la de antes, totalmente atónita ante lo que acaba de hacer. El recuerdo estaba intacto, pero yo no conectaba ya con esa parte de mí. Estaba escandalizada y asustada, pues me juzgaba a la luz de mi personalidad tímida y sumisa. Pero la libertad, la seguridad, habían sido reales, aunque pareciera todo una alucinación.

No le hablé a nadie de este episodio, pero volvió a suceder. Esta vez me sorprendió estando con una vecina. Las dos paseábamos por el puerto cuando ella me contó un chisme. Yo, habitualmente cómplice de estas tonterías, me reí con una voz potente que sorprendió a los paseantes y le dije que no me interesaban en absoluto sus comadreos. En lugar de eso le hice ver lo inútil que era distraerse juzgando al prójimo cuando el universo nos hablaba cada día de maravillas por descubrir. Mi vecina me miraba con pasmo. Se ofendió mucho por mi reacción, que consideró orgullosa, y me retiró la palabra, pero yo estaba exultante. Era ella la que, sin despertar mi desprecio, ahora me parecía una criatura estrecha de miras.

De pronto me sentía expandida y una necesidad interior bullía, impulsándome a compartir mis ideas. No podía hacer otra cosa que obedecer y disfrutar de aquella corriente mental y física que se apoderó de mí. Empecé a escribir. Si antes era alguien con pocas ideas y llena de complejos, ahora me sentía febril tecleando, convencida de la veracidad de mi mensaje. Las ideas, atrevidas, provocadoras, fluían a través de mí y yo las llevaba al papel. Ni siquiera tenía que hacer esfuerzos de concentración. Solo escuchaba y

participaba de eso maravilloso que ocurría sin que yo importara más o menos que el proceso en sí. Abría la mente, movía las manos y aquello pasaba.

Mi antiguo trabajo ahora me parecía insufrible, así que me despedí, entre la perplejidad de mi jefe y la admiración de mis compañeras. No temía nada, porque me dejaba llevar, animada por una confianza incuestionable. Él, el que me habitaba, sabía lo que había que hacer. Yo no quería atribuirme el mérito, era muy consciente de que no había hecho nada, pero la gente empezó a buscar mi compañía. También perdí amigos, que me dieron la espalda, pues ya no veían en mí la dócil y complaciente personita que conocían. Pero llegaron otros, atraídos por mi franqueza, por mis ideas, en definitiva, por Él. Los hombres me hablaban con respeto y las mujeres me miraban con fascinación. Sí, de pronto era una persona magnética para todos, porque no buscaba reconocimiento ni temía su opinión.

A veces, retornaba a mi ser previo y me sentía como alguien débil y sin recursos, un bebé que gatea. Entonces añoraba su presencia, porque cuando Él estaba en mí todo era radiante, vital y vibrante. No me importaba ser un medio, porque yo disfrutaba de lo que Él obraba. Así conocí el amor con hombres y mujeres, pues las diferencias ya no importaban. Descubrí la risa salvaje y las ideas penetrantes, saboreaba la comida como nunca y no temía al porvenir. Disfrutaba de cada minuto que estaba viva y compartía mi filosofía del mundo con quien me quisiera escuchar. Alguien dijo que mis maneras eran muy masculinas, pero yo me sentía más feliz que nunca. A mi cuerpo femenino le sentaba como un guante ese vigor, fuera lo que fuera.

Un día en el que me sentía muy consciente de su presencia, quise saber cómo referirme a Él. Necesitaba conocer su verdadero nombre. Así que me concentré al máximo para llevar la conciencia a mi mente. No solía conversar con Él, me limitaba a ser Él, pero ahora, quizá después de meses de convivencia, quería saber un poco más de mi huésped. ¿Qué clase de hombre vivía en mí? Me miré al espejo, concentrada en mi pregunta. “¿Quién eres?”, “¿de dónde sales?”, “¿cómo te llamas?” Observé mis ojos, los de siempre, la misma forma traviesa que en la niñez, antes de que llegara la resignación y con ella la mediocridad. Me veía a mí a través de mi cuerpo de mujer, ahora revitalizado con aquella energía hecha de potencia y luz. En esos ojos seguía estando la niña y, más allá de la niña, algo que podía llamar torpemente esencia y que yo sabía que era Él. Comencé a reírme con grandes carcajadas. Mi voz, la voz de la niña, la de la mujer, la voz de Él, eran una, ahora más armónica y plena. Ni masculina, ni femenina, ni niña, ni adulta. Sin divisiones.

Completa. “Qué ocurrencias tienes” me oí decirme, todavía riendo. “Siempre he sido yo. Solo te estaba esperando”.

El gato

Gemma me dijo que no podía salir de casa porque un gato la vigilaba. Al principio me reí ante lo que me pareció una broma de mi amiga.

—Bueno, hija, si no quieres venir al cine, lo entiendo. La peli no es que sea la pera, pero no hace falta poner esas excusas tan malas.

—No es ninguna excusa. Te he dicho la pura verdad. Me encantaría ir a ver la película, pero no puedo.

—¿Que no puedes venir porque un gato te vigila?

—Exactamente.

Entonces, Gemma me contó que ese gato había aparecido misteriosamente merodeando la casa. Que al principio a ella le había hecho gracia, tan delgadito y tan guapo, y había jugado con él. El animal se frotaba en sus piernas y siempre la buscaba con las patas mullidas y aterciopeladas. Después, sus reclamos se hicieron más insistentes y mi amiga había decidido ignorarlo. Entonces el gato se había vuelto agresivo. Ahora ella evitaba salir de la casa y él la esperaba, con la paciencia de un buen cazador ante una ratonera.

Como pasaban los días sin que ella se decidiera a salir, fui a verla. Cuando llegué a la entrada de su casa, atravesando la pinada, no vi al supuesto gato por ninguna parte. Golpeé la puerta con los nudillos. Gemma abrió con cara de desconfianza.

—¿Y el...?

—Aquí no hay nadie —dije.

Ella suspiró, musitó algo y cerró la puerta. Tres minutos más tarde salió con la chaqueta y el bolso.

—Vámonos, anda. Hay que aprovechar que el gato no está o no podré hacer la compra. Llevo días sin salir.

—Venga, va, ¿no crees que exageras?

Empezamos a caminar hacia el supermercado. Mi amiga, agarrada a las solapas de su chaqueta, apretó el paso.

—Te digo que no, que es muy insistente. Empiezo a pensar que quiere algo de mí.

—¿Tal vez comida?

—Sí, comida o mi alma.

—¡Tu alma! —dije con burla—. Pues deja de alimentarlo, si quieres que se marche. Seguro que eso funciona.

—No puedo, intenté hacerlo... —sus ojos miraban a todos lados—, pero entonces él pareció enfadarse. Comenzó a hacer guardia en la puerta, maullaba fuerte, a cada rato. Si yo me escondía, se encaramaba a la ventana. Sentía su presencia por toda la casa... Desde fuera, me seguía, rodeando las habitaciones. Sus maullidos me atravesaban y no me atrevía a abrir las ventanas. Tuve que ceder y darle comida.

Llegamos al supermercado. No sabía cómo hacer entender a mi amiga que su comportamiento era muy extraño y sus precauciones, exageradas.

—Entonces, no lo quieres de mascota...

—¡Por supuesto que no! —dijo cogiendo un saco de pienso del estante—. Pero eso a él no le importa nada. Me ha elegido. ¿No lo ves?, no tengo ninguna alternativa. Es un gato fuerte, ¿sabes? Yo creía que estaba flaco y desnutrido, pero poco a poco me está demostrando su poder. Por las noches, lo escucho pelearse con otros gatos. Son unos gruñidos y gritos terribles, porque se ha hecho muy posesivo y no deja que nadie se me acerque. Si algún otro se aproxima, lo espanta. El otro día ahuyentó a un perro grande. Lo vi alejarse entre alaridos con el lomo lleno de sangre.

Mi amiga se demoró en la sección de alimentación de animales. Parecía buscar algo más.

—Necesito algunos premios y comida húmeda. El gato se queja del pienso seco. Quiere algo mejor.

—Pero, no doy crédito. ¿Así cómo vas a librarte de él?

—Ya te he dicho que es imposible. Esto solo acabará cuando él lo decida.

Agotada, traté de hablar con Gemma de cualquier otra cosa. Estaba claro que esa obsesión era insana. Resultó que estaba de vacaciones. Después de un año de durísimo trabajo, por fin tenía un descanso. Era evidente que necesitaba un cambio de aires urgentemente.

—¿Y qué vas a hacer con tus días libres?

Se encogió de hombros:

—No puedo ir a ningún sitio...

—¿Por qué no? A mí se me ocurren un montón de lugares interesantes para ver. Mira, dicen que Grecia es preciosa. Siempre quisiste ir.

Ella resopló como si mi ignorancia fuera ofensiva.

—Sí, claro, ¿y él? ¿Qué quieres que haga con él?

—¿Con quién? Espera no te referirás a...

—Se enfada si tardo —consultó su reloj—. No es que diga nada, pero lo noto en su mirada. En el reproche con el que me observa. Entonces, se pasa horas como distante, merodeándome en silencio y eso es muchísimo peor, eso sí que no puedo soportarlo.

—Escucha, Gemma, creo que esto ha ido demasiado lejos. Se te está yendo la olla con el tema este del gato. ¿Tú te has escuchado?

Mi amiga aceleró el paso, cargando con las bolsas de la compra. Después se detuvo en seco.

—Claro, como tú no estás en mi situación, no puedes saber qué se siente. Pues no es tan fácil.

Aquello era absurdo. Traté de analizar la situación con calma y no dejarme arrastrar por su locura. En algún momento la conversación se nos había ido de las manos. Quise acercarme a mi amiga, darle un abrazo, conectar con ella. Al aproximarme, reparé, entre su blusa abierta, en dos enormes arañazos que le cruzaban el escote. Su mirada se volvió torva y echó a andar de nuevo.

—¿Eso te lo ha hecho el gato?

—Fue sin querer —dijo—. A veces se entusiasma jugando. Otras, si yo no quiero, parece enfurecerse. Se lanza contra mí lleno de rabia. Tiene unas patas fuertes y unas uñas que podrían desgarrarme. Entonces me quedo muy quieta, porque moverse es peor, entonces sí podría hacerme daño de verdad. Espero y cuando se cansa me marchó.

—¡No puedes permitir eso!

—No lo entiendes. No lo hace a propósito. Soy yo quien logra enloquecerlo. Si simplemente lo acariciara cuando me lo pide... todo sería distinto. Después, al cabo del rato, se le pasa y regresa a mí, como pidiéndome perdón, todo lleno de maullidos dulces. Me da besitos en las manos y soy incapaz de negarle unas caricias. Vamos —dijo con impaciencia—, no quiero hacerle esperar. Ya te he dicho que, si no, se pone vengativo y le tengo miedo. Espero que se marche pronto y me deje en paz. Sí, ojalá se vaya y acabe todo esto.

Noche de verano

Era rubia, de ojos verdes y se parecía a Britney Spears. Otras veces su pelo era negro y sus ojos violeta, como los de Liz Taylor. Otras, su cara era imposible de describir. Cuanto más la miraba más me eludía, así que con el tiempo aprendí a contemplarla en conjunto, como si nos comunicáramos desde el centro. El truco era no perderse en los detalles. También el peligro.

Aquel día mi guardia estaba baja y mis sentidos relajados, por eso la veía perfectamente. Tenía sofisticación y una pizca de vulgaridad; algo caprichoso e infantil; alegría también, mucha vitalidad, y una eléctrica energía sexual.

—Los militares follan fatal —me dijo esa vez. En aquella ocasión con sus ojos verdes.

—No es esa mi experiencia.

Entonces temí que en realidad nos conociéramos, que sus militares y los míos fueran los mismos, y que aquello fuera a ser un lío monumental o una trampa.

—¿Conoces a Isabel y a su novia Elena?, tiene cuarenta años.

La conocía apenas de oídas, una cara borrosa en mi mente. Sin embargo, nuestros universos se tocaban, y eso me hacía estar alerta. ¿Quién era ella?

Era evidente que se había encaprichado de mí. Durante el paseo, yo iba cambiando, a veces preocupada, con un vestido elegante; otras con una camiseta grande de algodón; a veces misteriosa, pero siempre intrigada. Sabía, en efecto, que mi destino era ser suya. La única cuestión por aclarar era cuánto se demoraría aquella caza.

Fuimos a su casa y continuó demostrando su urgencia. Solo me quería a mí. Cuando yo hablaba me miraba con curiosidad, como si yo fuera un nuevo desafío y a veces con la salvaje intensidad de quien ha encontrado su misión en la vida.

Me dijo que estaba segura de lo que quería, pero después se distrajo hablándome de sus negocios, sabedora quizás de que la pausa me volvía loca. Al parecer era muy creativa y diseñaba artículos de lujo porque le gustaba proporcionar felicidad a la gente. Lo material, sensual y terrenal, ese era su dominio. Sin embargo, había tristeza en sus ojos, aún verdes, como uvas prematuras.

Se tendió en la cama:

—Dejemos mis contradicciones por hoy. Ven aquí, ven ahora. No puedo esperar.

Me resistí porque lo deseaba también y me daba miedo su anhelo. Intuía que ocultaba algo. Sospechaba que entregarme a aquello que tanto deseaba y ella me ofrecía —su piel, su juventud— era en el fondo herirla.

Ella insistió con frivolidad y yo traté de ser mundana. Quise pagarle con su misma moneda. En aquella época me irritaba con facilidad y no me gustaba complacer.

—Te advierto que mañana me marcho México, voy a desaparecer. Y no me verás más.

—¿Ah, sí? —Se acomodó sobre la almohada—. ¿Y tardarás en regresar?, pero volverás, ¿no?

—No lo sé. Está por decidir.

Se levantó y vino hacia mí. Me rodeó el cuello con sus brazos.

—Pues entonces no perdamos el tiempo, ¿no te parece?

—¿Por qué te comportas así?

—El sexo es todo lo que importa.

Aquello era un encuentro sin más promesas que el placer inmediato entre dos desconocidas. Pero también sentía que había algo indefinible entre nosotras, como si nos conociéramos ya, como si no fuera el fin, ni siquiera el principio. Esa certeza me impedía darle lo que ella deseaba. Recogí mis cosas, dispuesta a dar por concluida aquella aventura antes incluso de empezarla. Ella me observaba con los labios fruncidos. Sus ojos eran ahora más azules que verdes.

—Escucha con atención... —dijo.

Entonces llamaron a la puerta, ella mudó de expresión y dijo que tenía que atender a los invitados. Siempre había gente alrededor queriendo algo de ella, absorber su energía, ser objeto de su mirada.

Me escondí en el baño para evitarle explicaciones y desde allí escuché las voces, que eran frívolas, vacías, sin ningún peso. Entre todas ellas se colaba la suya, ahora mucho más ligera. Volvía a ser alguien distanciada de sí misma, un personaje. Pero yo había escuchado la verdadera voz, esa la llevaba dentro. Supe que nos volveríamos a ver. Ignoraba cómo, pero eso no me era dado a mí disponerlo.

Cuando cesaron las risas y los murmullos, salí del baño y descendí hasta el vestíbulo dispuesta a marcharme.

Trataba de alcanzar la puerta en el momento en que entraron unas muchachas guapísimas al salón. Se plantaron ante mí y me rodearon. Parecían modelos o bailarinas. Entonces me di cuenta de que ella estaba entre las muchachas, divertida con la absurda coreografía. De pronto se destacó del grupo y todas formaron frente a ella con orden, las manos apoyadas en las caderas, la barbilla alta y una pierna adelantada a la otra.

Ella las miró con infinito desdén.

—Daniela no me interesa, Martina no me interesa. Me aburren mortalmente —me señaló—. Sólo te quiero a ti.

—Vas a ofender a estas chicas con tu monomanía.

—No me importa nada que se ofendan, es la pura verdad. ¡Marchaos!

Y ellas desaparecieron, también en orden, con los vestidos satinados y las sonrisas intactas.

—Pero ¿por qué yo? ¡Nos acabamos de conocer!, ¿haces esto muy a menudo?, ¿tal vez cuando te cansas de vender... azucareros de lujo?

—¡No soy una vulgar vendedora! Yo creo cosas. De la nada. Esa es la sutil, pero enorme diferencia y eso es lo que me da placer. Vender es solo la consecuencia... Pero no me apetece ahora abrirte mi corazón. Estás siendo muy grosera. —Hizo una pausa—. ¡Qué rabia me da! ¿Así que eso piensas, que nos acabamos de conocer y que yo soy una desvergonzada? Pues mira, te lo voy a soltar y me da igual si te impide dormir durante semanas. Te lo mereces.

—¿De qué hablas?

—Para que lo sepas, nos conocemos desde el principio de los tiempos —aguardó mi reacción—. ¿Qué, cómo te quedas?

—No entiendo nada.

—Sí, es evidente y muy irritante. Te lo voy a explicar. Hace mucho tiempo que nos conocemos, solo que últimamente, cuando nos vemos, siempre estás dormida, y nunca te enteras. A veces paso de puntillas junto a ti y tú solo te sacudes, como quien tiene un escalofrío, pero soy yo cada vez. ¡Yo! No me ves. Tú eres la ciega, ¿y me llamas a mí frívola? ¡Qué ironía!

—Estás loca.

—Shhh, no lo estropeemos más. Ahora me ves, estás aquí y no sé cuánto durará. Por eso te quiero entera. Por eso te quiero ya.

Cometí el error de fijarme en sus labios, en la curva como una eme, tersa y rosada. Cuando me di cuenta, había desaparecido por completo, la suavidad, la tersura, la eme y ella.

No fue fácil regresar al mundo ordinario. Me entregué al trabajo. En mangas de camisa diseñaba aviones. Los cálculos me absorbían y el trabajo me tenía tan centrada que apenas comía. Ella permanecía en un rincón de mi memoria, de formal latente, sutil, como un sueño agradable que se desvanece y deja una sonrisa al despertar.

Tal y como prometí volé a México y allí, con menos ocupación, mi mente se abría inquieta. Estaba un día Tizla con el calor infernal subiéndome por los tobillos. Casi sentía el humo saliendo de mis piel. A pasar de los días y la distancia no había olvidado su presencia. Ignoraba dónde estaría ella, pues había desaparecido de la misma forma súbita en que llegó a mi vida. Ahora nos separaban miles y miles de kilómetros, pero seguía sintiendo su cercanía, extrañamente. A veces, cuando me sacudía con un escalofrío, recordaba sus palabras y miraba al vacío tratando de ver si estaba allí.

Una mañana, cuando casi me había rendido, la vi avanzando hacia mí por el camino polvoriento con un atuendo de forastera muy impropio del calor. Se escondía tras un sombrero de paja de ala ancha, pero era ella. Su piel blanca parecía reflejar la luz en lugar de absorberla. Me froté los ojos varias veces.

—¿Qué haces aquí?

—¿Me recuerdas? —preguntó y su sonrisa se amplió como el pecho de un gorrión antes de cantar.

—Por supuesto, pero ¿qué haces aquí?

—¿Acaso el mundo es tuyo? ¿Qué más da la logística? ¿No te alegras de verme?

—Más que lo logística me inquieta la lógica, o la falta de ella.

En efecto, pensé que me había dado demasiado sol en la cabeza, pero si aquello era una insolación y su figura el síntoma de que había caído enferma de calor, no me importaba. Sinceramente, me alegraba.

—Tu problema es que siempre quieres entenderlo todo cuando no viene a cuento, pero hemos progresado. Por lo menos me recuerdas.

—¿Y qué sugieres?

—Tal vez podíamos dar una vuelta y me enseñas todo esto, aunque, si te digo la verdad, lo veo todo de un color amarillento y no sé si al final nuestro paseo será cambiar un amarillo por un dorado y luego un ocre por otro amarillo color yema de huevo y así... hasta el infinito. ¿Por qué no me besas

mejor?

Me reí ante esa vieja insistencia. Siempre esa búsqueda, esa sed. Debo admitir que ahora parecía controlarla mejor, pero de vez en cuando se escapaba de ella el deseo y la necesidad. Otras, parecía triste.

—Te veo un poco deprimida, ¿qué es lo que te preocupa?

Tendió la mano hacia mí y en ese momento supe que no era una visión o, si lo era, tenía que felicitarla por el realismo conseguido.

—Ahora nada. Es en los otros momentos cuando siento que todo se vuelve negro y que no puedo escapar, pero, dejémoslo, por favor... No me gusta hablar de las cosas malas porque me distraen de lo bueno y cuando eso llega es una ofensa fijarse en lo que va mal. Yo no acostumbro a hacer ofensas de ese tipo, ¿y tú?

Tampoco acostumbraba o no me importaba en ese momento si lo hacía o no. Ella tenía razón y haberme visto privada tanto tiempo de su compañía, me hizo sentir que debía aprovecharla.

Caminamos y caminamos por un sendero seco, pero ya no importaba que sintiera el calor de mis zapatos requemándome los pies; ni que mi piel estuviera enrojecida por ese sol al que no estaba acostumbrada. Ella, sin embargo, parecía de otro lugar, como si el tiempo y el espacio no le afectaran. Dentro y fuera, aquí y allí, conmigo y sin mí. Llegamos a un bonito paraje junto a un riachuelo y decidimos sentarnos entre flores amarillas y rojas. De repente el paisaje parecía diferente, como si hubiéramos entrado en un cuadro impresionista, otra más de las sorpresas que me deparaba el mundo cuando estaba ella cerca.

—*Dejeuner sur l'herbe* es el cuadro que tratas de recordar —dijo. Me había leído la mente. Ahora parecíamos las protagonistas de una pintura del siglo XIX, en un momento delicado, con el desayuno y la vida por delante, sin nada que temer.

Me tumbé de espaldas, crucé los brazos bajo mi nuca.

—Sinceramente... siento que estoy alucinando pero no me importa nada. ¿Puedes creer que soy perfectamente feliz?

Ella se estiró junto a mí, y me acarició la barbilla.

—No lo creo, lo sé. Aunque no dure o precisamente por eso.

Posó sus labios sobre los míos y así con dulzura, sin remordimientos, con conciencia, me entregué.

Cuando toqué la corteza de aquel árbol, de regreso en España, sentía lo

que decía:

—Aparece, ¡ven! —rogué—. Del mismo modo que este tronco y este precioso pino, vuelve. ¡Regresa a mí!

Pero las cosas no funcionaban así. Mis esfuerzos eran en vano y temí estar perdiendo la cabeza. Lo único real era que ella no estaba y ni siquiera sabía su nombre. Cada vez olvidaba preguntarle y luego me atormentaba haber sido tan tonta. En aquella era hiperconectada y ultratecnológica, un nombre y un apellido habrían bastado. Pero yo no tenía nada, solo una esencia, una sensación que se había asentado en mí y que no era intelectual, ni racional. Para mí aquello era tan nuevo como maravilloso y tan asombroso como aterrador.

Aunque persistía la nostalgia de haber perdido algo precioso entre los dedos, me sentía más viva. Veía el mundo con una profundidad diferente, como si hubiera conseguido averiguar algo o, mejor dicho, intuirlo. Y eso, que no podía explicar, me había traído más luz, dicha y amor.

Necesitaba volver a verla y caminé por las calles con los ojos abiertos a cada paseante, con los oídos dispuestos a captar cualquier conversación, receptiva, anhelante, abierta. Durante meses intenté muchas cosas menos usuales: leí de todo, probé con meditaciones, drogas, sonidos binaurales, oraciones, bailes, trances... pero no sucedió nada.

Con el tiempo y por efecto de mi búsqueda, o quizá por lo que había encontrado, comencé a ser más feliz. La vida fluía y encontré a una buena compañera. El amor fue posible para mí, también la dicha en el trabajo y en definitiva la satisfacción por la vida.

Una tarde de septiembre, algunos años después, entré en una tienda de antigüedades. Llovía y busqué refugio en aquel amplio local, atestado de objetos. La dueña me sonrió amablemente y sin exigencia, al parecer estaba acostumbrada a los visitantes accidentales. La saludé y para no defraudarla, caminé entre los pasillos, echando un vistazo a las mercancías.

Un perfume antiguo llenaba el aire, con esencia de hojas de libro, barnices, aceite y parafina. Había flores frescas en un jarrón de cristal azul. Perdí la noción del tiempo observando los juguetes de hojalata, las mecedoras, los paragueros... Contemplé las barajas de cartas antiguas, las partituras musicales, las cámaras de fotos, las láminas y postales, y las piezas de vajilla antigua. Entre todo, un objeto captó especialmente mi atención: un delicado azucarero con una cuchara de plata estriada.

—Ese es mi favorito —dijo la dueña del negocio con la voz entrecortada por suspiros de admiración y pasión por su trabajo—. Obra de una artista, sin duda. Tiene incrustaciones de piedras semipreciosas, fíjese en el delicado tallado de la cuchara... Es increíble cómo puede crearse algo así de la nada.

Alguien llamó al teléfono y la mujer se alejó. Me quedé absorta con el azucarero entre las manos y cerré los ojos.

—De la nada... de la nada... de la nada... de la nada... de la nada.

Repetí cientos de veces aquellas tres palabras, sabiendo que me llevarían a algún lugar.

Hasta que la vi. Estaba frente a mí, sujetaba un tebeo antiguo. Alzó sus ojos, eran verdes, violetas, azules. Eran marrones.

—¡Por fin! —La abracé.

Ella dio un paso atrás.

—Disculpe, pero su efusividad me parece muy exagerada.

—¿Me hablas de usted? ¿No te acuerdas de mí? ¿Acaso no sabes quién soy?

—De hecho, no tengo ni idea de quién o qué es usted.

—¿Cómo que quién o qué? Con quién basta para empezar... A ver, ¿cómo te lo diría? Pues resulta que tú y yo nos conocemos desde el principio de los tiempos.

—¡Eso sí que es ridículo! —Dejó el tebeo y en su lugar tomó unos prismáticos de nácar. Me enfocó con ellos—. La estoy observando con todo detalle y no la conozco de nada.

Retiró los prismáticos. En sus ojos multicolor brillaba la duda. Miró atrás, a la puerta, donde un hombre bien vestido esperaba con las manos a la espalda.

—Voy a ver el piso superior —dijo. Tal vez quería dar esquinazo al hombre.

Lo tomé como una invitación y la seguí.

En el último piso había muebles grandes: camas, cómodas, armarios de todos los estilos formando pasillos y rincones anacrónicos. Era difícil saber quién estaba fuera de su época allí.

Comprendí en un instante todo el deseo que ella había mostrado las otras veces, también la frustración.

—A ti te encantaba besarme, ¿sabes?

Soltó una carcajada y su cara se llenó de color.

—Sí claro, yo voy besando a todo el mundo. ¡A mujeres! —Me mostró un

anillo—. Estoy casada, ¿sabes? Con Ernesto. Me espera abajo.

—¿El tío ese de fuera?

—Sí, el tío de fuera y el hombre de dentro.

—Podría ser tu padre.

—Podría ser tu hermano.

—Eso te convertiría en mi sobrina.

Nos reímos. Había eco de catedral en aquel espacio.

—No me acordaba de lo encantadora que eres —dije.

—Y dale con el temita. Esta tuya es una manera de ligar...

—No es una manera de ligar.

—Es una manera de ligar muy...

—¿Muy...?

—Muy...

Me besó. Me aparté.

—Escucha: mi plan no es seducirte en una tienda de antigüedades sin que sepas el porqué. Puede que no creas nada, pero quiero que trates de retener esto cuando estés con Ernesto.

—“Retener esto cuando estés con Ernesto”, “retener esto cuando estés con Ernesto”, qué bien suena... ¿Eres un artista del lenguaje?

—Soy ingeniera aeronáutica, pero no nos desviemos. En serio. Hay un espacio de libertad, ¿lo entiendes?, puede que no esta tarde o mañana, pero está siempre presente. Tienes que buscarlo. Allí estoy yo y también estás tú. Es nuestro lugar.

—¿Es un club “progre” o algo de eso?

—Es todo lo que quieras que sea...

—¿Si quisiera que fuera un Frigopie también lo sería, uno rosa y cremoso?

—Ay, por Dios, me merezco todo lo que me pase —dije, desconsolada—. ¿Es que nunca hablas en serio?

—Solo cuando no es necesario.

—Lo que trato de decirte es que, suceda lo que suceda, mantén la esperanza. Confía en nuestro espacio de libertad.

Le di un beso en la mejilla y me encaminé a las escaleras.

—¿Te vas ya?, ¿te dedicas a dar lecciones y desaparecer? Esto empezaba a interesarme. ¡Estaba tentada de apuntarme a tu club!

—Lo curioso es que ya estás apuntada.

—¿Lo estoy? Pues no recibo avisos ni notificaciones. ¿Seguro que tenéis

bien mi dirección?

Me pregunté si ella vería mis ojos también de mil colores; si podría evocar mi rostro unas horas después; me pregunté quién recordaría a quién la próxima vez; quién querría besar a quién. Todo se respondería a su tiempo. Quizá no hacía falta respuesta.

—Hasta la vista.

El pañuelo a rayas

Estaba cayendo el sol y los contornos del bosque todavía eran visibles, como una invitación. “¿A qué?”, se preguntó. La tarde era más cálida de lo previsto, pero nada en ella parecía diferente o inusual. Se detuvo junto a un roble, dispuesta a encender un cigarro, anticipando en su mente el placer. Necesitaba fumar después de salir de la piscina. Era una especie de trato favorable consigo misma. Piscina y cigarro; sacrificio y recompensa. No le importaba la aparente incoherencia de ese binomio. El tabaco era lo más difícil de dejar, por encima del resto de cosas tóxicas y censurables de su vida. Se había prometido hacerlo, sí, pero poco a poco, con la cadencia de las caladas que se van agotando.

Al echar mano al bolsillo se sorprendió de encontrarlo vacío. ¿Y su paquete de *Lucky*? Tras un primer momento de extrañeza, en el que palmeó varias veces aquel bolsillo plano, se dio cuenta de que esa no era su chaqueta vaquera. En efecto, esta era más ceñida y, ahora que se fijaba bien, un poco más oscura. La había cogido del perchero de los vestuarios con la mente ya puesta en el cigarrillo y... ¡qué fastidio!

Miró atrás, las luces del pabellón de la piscina se estaban apagando en ese mismo momento. Eso significaba que solo disponía de unos minutos antes de que cerraran las puertas. Y quería ese cigarro. Aceleró el paso y apretó los dientes con disgusto. Su premio debía ser una inhalación de nicotina, no aquella carrera extra y deprimente.

Cuando alcanzó la fachada principal se topó con la conserje, una mujer de mediana edad y paso voluntarioso que la evitó, como si presintiera sus intenciones.

—Escuche, tiene que abrirme —señaló al pabellón, recobrando el aire.

—Está cerrado —dijo la conserje sin detenerse.

—Pero es que me he equivocado de chaqueta y esta no es mía. Necesito la mía, ¿comprende?

Tampoco eso la hizo pararse. Su mirada fue elocuente.

—Mañana a las nueve.

Un coche con las luces de emergencia puestas, hizo sonar el claxon. La mujer se dirigió allí, abrió la puerta del copiloto y se esfumó ante sus ojos en apenas unos segundos.

“¡Mierda!”, golpeó la gravilla con una patada de impotencia. Sintió un latigazo en la cadera y gritó. Sopesó la idea de forzar alguna entrada o romper una de las ventanas laterales para colarse en el edificio. Después se rió de su ridícula ocurrencia. La única verdad es que tendría que pasar sin el tabaco y, bien mirado, la falta de él era lo único que podía impedir que sucumbiera a su adicción esa noche.

Metió las manos en los bolsillos y echó a andar por el camino solitario. Sus pasos se hacían más audibles en el silencio. Notó algo en el bolsillo, fino y liso como un papel y lo sacó, más por la necesidad de ocupar las manos que por otra cosa. Era una nota que leyó mientras la luz menguaba. “Miércoles 12. Junto al molino. A las 21:15. Pañuelo a rayas”.

Aquel día era miércoles doce y acababan de dar las nueve de la noche. Eso le pareció divertido. El viejo molino estaba bastante cerca. Era un sitio desolado que a veces la gente del lugar tomaba como referencia. ¿Quién querría reunirse allí al anochecer? ¿Y lo del pañuelo a rayas? Eso era lo que más le intrigaba. Parecía un aspecto importante, pero en aquellas escasas palabras garabateadas con letra sesgada, no quedaba claro en qué sentido. Entonces se le ocurrió que si iba al molino, encontraría a la propietaria de la chaqueta, le explicaría lo ocurrido, intercambiarían las prendas y recuperaría su tabaco. Acabaría así con el engorro de tener que devolver la chaqueta otro día y además, no tenía nada mejor que hacer. En su apartamento no la esperaba nadie. Llevaba unos meses en aquel pueblo y apenas conocía a un par de personas que no parecían muy interesadas en ella. La desgana era mutua. La gente de por allí le aburría mortalmente. Por eso, en lugar de socializar, pasaba las noches frente a la tele, fumando y viendo desfilarse la vida de los demás en vicarias ficciones de pago. Cuando se cansaba se iba a dormir hasta que sonaba el despertador para ir a trabajar. Al menos en las últimas semanas se había obligado a ir a la piscina por sugerencia del médico, aunque nadar no le relajaba en absoluto. Le producía dolor de espalda, seguramente porque su técnica era pésima y su respiración estaba viciada por años de superficialidad. Por suerte contaba con ese pitillo...

Caminó en dirección al molino con las primeras sensaciones de anhelante expectación que recordaba en meses. Cada vez había menos luz, pero eso no le asustaba. La luna llena empezaba a brillar en la noche y prometía compañía.

Cuando llegó al lugar fue consciente de que se encontraba sola en medio de la nada. Unas piedras enmohecidas y una gran rueda de madera eran los únicos restos del antiguo molino. El abandono fantasmagórico le produjo un

escalofrío. Estaba decidida a marcharse cuando distinguió a una persona entre las ruinas. Era una mujer joven que, al parecer, llevaba un rato esperando. Lo primero que llamó su atención al verla avanzar hacia ella fue su melena larga. Lo segundo, el pañuelo a rayas que llevaba al cuello.

—Pensaba que no vendrías —dijo la desconocida sonriendo con la mirada—. ¡Me alegra tanto que no me hayas dado plantón! Yo soy Ivana.

Aquella no era la chica de la chaqueta, desde luego. Esa mujer era alta y corpulenta y su sugerente carnalidad no encajaba en una prenda tan vulgar. Necesitaba aclarar que ella no era la persona que esperaba, pero algo se lo impidió. Tal vez esa ilusión con la que la desconocida la miraba. En aquel momento se le hizo palpable la soledad que sentía.

—No te imaginaba tan guapa —continuó Ivana, evaluándola—. De hecho, eres mucho mejor de lo que esperaba.

Seguía sin saber qué decir. ¿Mejor...?

Ivana se acercó, sin dejar de mirarla. La noche había caído ya por completo, pero la palidez de su piel la hacía fácil de distinguir.

—Estoy cansada de la gente rara. ¿Tú no?

Solo se le ocurrió asentir con la cabeza. La mujer del pañuelo no parecía incómoda por su falta de conversación.

—La mayoría de los que conozco son unos frikis que se piensan que esto va de coña. Quieren ligar o vivir alguna emoción fuerte. Algunos solo quieren una foto para fardar. Te advierto que eso está descartado por completo.

Negó con la cabeza. Lo último en que pensaba era en hacer fotos. ¿Fotos de qué?

—Nadie se lo toma en serio. Después, cuando descubren de qué va esto en realidad, se acojonan y salen huyendo. Es patético.

¿Qué podía decir? Sintió un hormigueo de nerviosismo expectante, pero Ivana la miraba con una avidez que la obligaba a permanecer allí, muy atenta a sus palabras.

—Tú eres diferente. Lo puedo sentir.

—Eso es porque no soy de aquí —su voz tembló en el aire, insegura.

—Será eso. Yo tampoco soy de aquí. He tenido que hacer cientos de kilómetros para encontrarte.

—¿Cientos de kilómetros? —¿Qué podía motivar a una persona a recorrer esa distancia?

Sin embargo la que tenía frente a ella no parecía una mujer que diera explicaciones. Ivana pasó los dedos por la punta de su pañuelo.

—Pero ha valido la pena. Tú no vas a huir. Tú también quieres esto, lo sé. Solo alguien consumido por un deseo brutal puede reconocer a un igual cuando lo tiene delante.

Desconcertada, cambió el peso de su cuerpo a la otra pierna. El único deseo que reconocía en ella hasta la fecha era nocivo, mortal y venía en cajetillas de veinte unidades. A pesar de todas las sensaciones que pugnaban en su interior, trató de entender en qué se estaba metiendo exactamente. ¿Una cita romántica?

—A mí no me gustan las mujeres —dijo. Estaba asustada pero no quería demostrarlo. Necesitaba matizar sus palabras—: en teoría.

Ivana explotó en una carcajada potente y melodiosa que se prolongó unos hipnóticos segundos.

—Un hombre te daría más miedo —dijo por fin con rotundidad—. Y hacen mucho más daño.

¿Miedo? La inquietud y la excitación se multiplicaron hasta el infinito cuando Ivana la rodeó por la cintura. Olía a rosas recién cortadas.

—Te aseguro que esto es distinto a cualquier cosa que puedas imaginar.

Su confusión le impedía hablar, así que se quedó muy quieta. La desconocida la besó en los labios, algo que no esperaba, pero descubrió que deseaba. Se alegró de no haber fumado aquel cigarro de cada noche mientras su cuerpo empezaba a responder. Era imposible resistirse al encanto de Ivana. Nunca la habían besado así, suave, fuerte, deprisa y despacio, todo a la vez. Cosquillas y pinchazos y el pulso acelerado. Era mil veces mejor que un *Lucky*. Dejó que la atrajera con más fuerza y permitió que la besara en la barbilla y el cuello. El placer le producía vértigo.

—Dios, cuánto lo necesitaba —dijo Ivana mordiéndole suavemente.

—¿Haces esto a menudo? —preguntó en un susurro entrecortado, sintiendo la debilidad en las piernas, como si la respuesta de la mujer pudiera sostenerla.

Esta vez Ivana mordió más fuerte.

—Solo cuando ya no puedo más. Pensaba que estabas loca, por aceptar y venir. Por no huir.

—En realidad. Yo no soy...

Entonces sintió los dientes clavarse en su carne de modo brutal. La mujer la sujetaba fuertemente con los brazos. Gritó de placer y dolor. Ivana no la soltaba y se sentía incapaz de resistir su fuerza. Su mordisco se volvió más intenso y sintió el calor de la sangre deslizarse por su cuello. ¿Era posible que

aquello estuviera pasando? Ivana no se retiró, sino que persistió mordiéndole cada vez más, aumentando la succión, la intensidad y el tormento. Cuando no resistió más, cayó de rodillas al suelo, pero Ivana mantuvo su posición sin dejar su cuello, suspirando de impaciencia, saciando un instinto salvaje hasta el final. Finalmente, se apartó, respiró hondo y lanzó un aullido de profunda satisfacción.

Mareada y agotada, observó a la mujer que tenía a su lado, sin entender todavía qué había pasado e incapaz de articular palabra. Deseaba huir, pero se sentía sin fuerzas. Sus piernas eran como dos sacos de arena, pero su pulso aún latía con excitación. No sabía determinar si había sido atacada salvajemente o era una privilegiada. ¿Por qué aquella sensación tan contradictoria? Ivana, completamente relajada, sonreía con la placidez del ansia satisfecha. Tenía sangre en los dientes y esa visión perturbadora le dio fuerzas para levantarse. Se apretó la desgarradura del cuello y dio unos pasos vacilantes. Su cara debía mostrar una mezcla de espanto y perplejidad.

—No puedes irte así por el mundo —dijo Ivana sosteniéndola. Después se quitó el pañuelo, que se deslizó sedoso entre los cuellos de las dos. Ivana le tapó la herida y presionó.—. La primera vez es muy bestia. Pero no te preocupes de nada. Es más escandaloso que otra cosa.

Se fijó en la extraña marca que el pañuelo había dejado al descubierto en el cuello de Ivana. Dos punzadas rojas y brillantes horadaban su piel, algo semejante al mordisco de algún animal. Aquello le hizo pensar en cosas fantásticas, cuentos de terror, relatos imposibles... Iba a reírse de sus fantasías cuando topó con la mirada certera de su acompañante.

—¿No te irás a sorprender ahora, verdad? Puede que sientas hambre más tarde. Es lo peor de todo esto, pero te aseguro que el éxtasis será la mejor recompensa. Ahora tengo que irme. —Se incorporó y avanzó unos pasos—. Espera un rato hasta que pase el mareo, podrías dormirte y sufrir una hipotermia.

—¡Espera! ¿De qué hablas? ¿Qué me has hecho?

Ivana se volvió hacia ella y le guiño un ojo.

—Quédate el pañuelo.

Después se escabulló entre las sombras y ni sus lamentos, ni los rayos de la luna, pudieron atraparla. A solas, se sintió incapaz de procesar lo vivido. El dolor era punzante y le recordaba que aquello había ocurrido de verdad. Pero no podía ser, no podía pensar que... Era totalmente imposible. Ivana solo era una mujer buscando emociones intensas, ¿una... qué...? ¿Y qué era ella, que

había permitido que sucediera y lo había disfrutado? Tal vez cuando llegara el alba y se disiparan las tinieblas, lo entendería todo. Por el momento era incapaz de pensar, atrapada en una rara euforia. Por raro y súbito que pareciera, necesitaba repetir aquello, ser mordida y consumida... o quizá morder ella, sí, desquitarse. Podía oler la sangre y tenía el sabor en la garganta. Sentía el interior de su cuerpo como en llamas. Algo quería salir a través de su cuello, que palpitaba como una boca anhelante y con cada latido intensificaba su ansia. Gritó con todas sus fuerzas, pero aquello seguía dentro. Era muy diferente de las ganas de fumar. Y muchísimo más apremiante. Sujetó el pañuelo de rayas, único recuerdo de aquella mujer misteriosa que se iba haciendo irreal en la extraña noche. Se lo anudó al cuello de nuevo, como si aquello pudiera contener su necesidad.

—¿Eres Ivana? —escuchó a su espalda.

La deslumbró un haz de luz y se protegió los ojos. Por fin pudo ver que una mujer joven la apuntaba con una linterna. Ahí, frente a ella estaban su cazadora vaquera y su *Lucky*. La chica no le sonaba de nada. Si habían coincidido en la piscina, no la recordaba. Curiosamente, ya no le importaba recuperar su tabaco.

—Perdona —dijo la chica apartando la linterna—, siento muchísimo llegar tarde, es que me he despistado por el camino. Como llevas el pañuelo a rayas he supuesto que eras tú.

Quería decirle que Ivana no estaba allí; que se había adelantado a su cita y que había vivido una experiencia muy difícil de explicar; quería decirle que era mejor que no se acercara y se marchara inmediatamente, pero la chica la miraba con mucha curiosidad y ningún temor.

—Soy nueva en el foro, nunca he hecho esto antes —dijo la joven con infinita candidez.

Dio un paso hacia ella mientras se acariciaba el pañuelo. Sabía exactamente lo que tenía que hacer.

—Te aseguro que esto es distinto a cualquier cosa que puedas imaginar.

El parásito

Todo empezó en el coche, de camino a la casa.

—He leído un cuento de Horacio Quiroga que me ha puesto los pelos de punta —me dijo Sara.

Bajé la radio para prestarle atención. La carretera era monótona y nos aburría.

—Resulta que había una chica que se acababa de casar con su querido novio —continuó Sara—. Ella pasa muchas horas sola en la nueva casa de los dos, que es un poco tétrica, y duerme en una cama de esas súper historiadas, con un almohadón de plumas. Pero, extrañamente, porque era una chavala saludable, cada día que pasa está más cansada y enferma. El marido no sabe qué hacer, imagina el papelón, en plena luna de miel.

—Quizá es muy fogoso y por eso la chica está agotada.

—Sí, anda, qué va. ¿Crees que eso me habría escandalizado?

En efecto, lo dudaba. Sara afinó su tono de voz. Pretendía dar suspense al relato.

—De hecho, y aunque no venga al caso, te diré que el marido era serio y frío con ella. Esto queda bien claro al principio de la historia. Se supone que era de esos que te quiere sin demostrarlo.

—¡Entonces ese era el problema!

—No, mujer, te he dicho que es una historia horripilante, no un caso normal. Mira, ella cada vez está más débil, un día se desmaya y ya no se levanta de la cama. Entonces, empeora. Empieza a delirar y a ver criaturas imaginarias junto a la cama, acercándose por la alfombra. Los médicos no pueden hacer nada y en cinco días la espicha. ¿Y sabes por qué?

—Apuesto a que el marido es el culpable.

—Deja ya al marido, caray. Te aseguro que el hombre, aunque fuera un poco seta, es secundario en todo esto. Es una cosa mucho más espeluznante.

—¿Más que un marido apático?

—Muchísimo más.

—No sé, me rindo.

Sara hizo una pausa dramática antes de seguir.

—Pues mira, cuando la chica muere y se la llevan de la casa, la criada se pone a arreglar la cama y de pronto el almohadón de plumas... se mueve. La

pobre mujer lanza un grito espantoso y avisa al marido de la muerta. Solo entonces se atreven a mirar y descubren que dentro del almohadón, entre las plumas... ¡había un bicho súper asqueroso y viscoso! Resulta que le estaba chupando la sangre a la chica. Le mordía por las noches y *sluuuurp*, se le bebía la sangre. Y así hasta que se la merienda enterita.

—¡Qué asco, por Dios! —Me rasqué la cabeza, sintiendo que todo me picaba—. ¿Como una garrapata o algo así?

—Un enorme parásito chupasangre.

En ese momento nos detuvimos en la gasolinera para repostar. Sara se desesperó como si nada.

—Ay, qué hambre me ha entrado. ¿Compramos una Cola y unas papas antes de seguir? ¿Llevas pasta?

Le di dinero para los refrescos y traté de olvidarme de la historia.

Media hora más tarde estábamos en la casa en la que íbamos a pasar el fin de semana. Había reservado por Internet y ahora todo me parecía un poco más lúgubre y sucio que en las fotos.

—Aquí no pasan la aspiradora —dijo Sara inspeccionando una alfombra descolorida.

—Estará lleno de ácaros.

—O bichos de los almohadones.

Suspiré con desencanto. Si ella hubiera hecho la reserva, seguro que habría elegido más acertadamente.

—Las otras se iban de precio —dije— y te juro que en las fotos parecía decente.

Aquella casa era fría y húmeda, las bombillas del salón parpadeaban sobre las viejas baldosas.

—Lo bueno es que es toda para nosotras.

—¿Quieres decir que no hay que compartir la mugre?

Entramos en la habitación principal. Los muebles eran de color caoba, con un estilo propio de los años noventa, entre adolescente y caduco. Mi decepción se completó al ver el par de camitas cubiertas con colchas de *patchwork* de colores chillones y separadas por una mesilla.

—¡Creí que tenía cama de matrimonio!

Sara no me escuchaba. Se había adelantado y estaba agarrada a la almohada de una de las camas, apretándola, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué... pasa?

—¡Es de plumas! —dijo lanzándomela— ¡Como en la historia!

Grité y me aparté, como si Sara me hubiera lanzado una rata. Después recuperé la compostura. Ya era tarde, estaba muy cansada y volvía a picarme todo, pero tenía que ser racional. Me quité el zapato y pisoteé el almohadón varias veces, con mucha dedicación.

—Hala, ya está. Comprobado —zanjé.

—Falta el tuyo. —Dirigió su mirada a mi almohada, retándome.

Negué con la cabeza. Mis escrúpulos me avergonzaban. Le dije que, con una demostración de paranoia ejemplarizante, era más que suficiente.

Después de instalarnos y ducharnos, salimos a cenar a un restaurante rústico que Sara había fichado en Internet. Aquello fue mano de santo. El menú casero, la climatización y el ambiente fueron como un bálsamo. Probamos las especialidades de la zona, pedimos un par de botellas de vino y se nos olvidaron al instante todas las truculencias. Con el entusiasmo de sentirnos en el sitio acertado, no nos privamos de nada y al final tuve que recurrir a mi tarjeta de crédito para pagar. Sara llevaba días sin encontrar la suya.

—Deberías pedir que la anulen.

—Bah, si no tengo un céntimo —Sara se acabó la última trufa del postre—. Pero a cambio voy muy ligera de equipaje.

Una hora después, cansadas por el viaje y satisfechas tras la cena, caímos rendidas en las camitas gemelas. La mesita de noche que las separaba pesaba un quintal, así que decidimos que las juntaríamos al día siguiente. Recuerdo que el techo giraba cuando me quité la ropa y finalmente me tumbé. Escuchaba la voz de Sara como un eco, a lo lejos.

—Entonces, ¿me podrás prestar algo de pasta para lo de mi piso? —Se acercó y me dio un beso en la nariz—. Me sabe fatal pedirte, pero es que la casera me acosa.

—Pero si le hemos pagado todos los meses —dije. En realidad había pagado yo—. ¿Qué problema hay con esa mujer?

—Sí, bueno, en realidad le debo un par. Tuve que gastar en un móvil lo último que me diste, ¿no te lo dije? El mío iba fatal, ¿te acuerdas? Nadie puede vivir sin móvil en estos tiempos. Pero, si me pongo al día con lo del alquiler, estoy segura de que todo fluirá. Presiento que esta mala racha va a pasar.

Pensé que no se le veía mal para estar de mala racha. Llevaba dieciséis meses viviendo a mi costa y le sentaba de maravilla. Sara estaba rejuvenecida y su piel más luminosa que nunca. Había ganado algún kilo y rebosaba salud.

Debí de dormirme porque, cuando volví a abrir los ojos, la habitación

estaba a oscuras y solo se escuchaba el zumbido de la estufa eléctrica. Tardé unos segundos en ubicarme y recordar que estábamos en la casa de campo. Me giré para seguir durmiendo y entonces escuché un sonido vago, reptante, como si algo se arrastrara por el suelo, cerca de mí.

—¿Oye, eres tú?

Sara no contestó y me dije que aquello solo era el zumbido de mis oídos y el exceso de vino. Pero, en ese momento, volví a oírlo. Eran como arañosos en las baldosas, cada vez más cerca. Encendí la luz a toda prisa. Miré con ansiedad a la puerta, las paredes, el suelo alfombrado. Todo estaba en orden y silencio. En la cama de al lado, Sara dormía agarrada a su móvil como si de un osito de peluche se tratara. De vez en cuando movía los pies, en sueños. Quizá el roce del cobertor producía ese ruido confuso... Aunque la cabeza me daba vueltas, me asomé al borde de mi cama y miré debajo. Como era de esperar, no había nada raro, apenas alguna pelusa y los zapatos, así que apagué la luz, acomodé la cabeza sobre la almohada y traté de dormir.

No habrían pasado ni dos minutos cuando sentí un pinchazo agudo en el lado derecho del cuello. Grité con todas mis fuerzas. Mi compañera encendió la luz y me miró, sobrecogida por mi alarido, agarrada todavía a su colcha.

—¿¿¿Qué pasa????

—¡El bicho, el bicho —grité—, me ha picado el bicho!

Sara saltó a mi cama, apartó la almohada de un manotazo. Después me examinó el cuello.

—Ay, va, qué tonta eres, joder. No tienes nada de nada. Eso habrá sido un insectito de campo.

Me froté la piel, muerta de vergüenza. La picadura era apenas perceptible.

—Es que creía que... ¿Y en la almohada, hay algo?

Sara agarró la almohada, la palpó y examinó con todo detalle. Negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—¡Buf! —resopló—. No te contaré historias nunca más, de verdad, menudo susto me has pegado. No sabía que eras tan aprensiva. Oye, ¿estás bien?, ¿por qué me miras así?

Observé a Sara. Su belleza siempre me había cautivado, pero aquella noche, y durante solo un instante, a la luz de aquella lámpara, en esa casa remota, sus facciones me recordaron a las de una horrible garrapata.

La escollera

Tal vez quiso detenerse allí por la curiosidad, o solo porque estaba cansado tras una mañana de reuniones encadenadas, pero lo cierto es que fue a sentarse en la escollera, en el sitio exacto en el que Delia dijo que *eso* pasó, en el murete de piedra que enfrentaba el pequeño faro, en la curva sombreada, ni un metro más allá.

Hasta ese momento no había querido dar crédito a las palabras de Delia. ¡Qué lástima que una mujer como ella tuviera esas extravagancias! Todo era culpa de su padre, claro. El doctor Contreras, un eminente psiquiatra, había logrado que su única hija dejase de sufrir fobias irracionales, pero a fuerza de convertirla en una mística. Era curioso el enfoque, que a sus ojos carecía de cualquier rigor, pero ahora al doctor Contreras no parecía preocuparle que la muchacha hablara como Juana de Arco, ni que oyera voces. Mientras en otras facetas prácticas se desempeñara, todo iba bien. Sí, ahora trabajaba de administrativa después de años de depresión; sí, tenía muchos amigos y hasta emprendía viajes en avión sin albergar pensamientos catastrofistas.

Delia, la interesante, la distante, la atormentada, de pronto parecía vulgarmente feliz y así, entre los dos las cosas habían cambiado por completo. Atrás quedaba la certeza de obrar según lo esperado: ella, siempre débil e indecisa; él, confiado y protector. Un nuevo horizonte, más parecido a un abismo, se abría entre ellos.

Delia le contó que su transformación (¿debería decir mejoría?) no era obra del Prozac, sino de lo que había vivido en la escollera una tarde de mayo, cuando los turistas aún no eran más que un presagio y los lugareños trabajaban. En un mediodía discreto, como aquel, ella sintió el mundo temblar. Y eso lo cambió todo.

¡Y tanto que lo cambió! Estaba decidido a proponerle a Delia que formalizaran su relación tras un noviazgo lleno de expectativas y ternura. Era el paso lógico, la culminación, pero esta nueva situación lo llenaba de precauciones. Pasando por alto la tendencia excesiva a la angustia y la imaginación exaltada de Delia y obviando su comportamiento, a veces poco convencional, siempre confió en que la madurez, el matrimonio y las responsabilidades la sosegaran. Pero no había que desoír las señales de cierto desequilibrio interior, o quizá de un nuevo equilibrio que, paradójicamente, le

perturbaba profundamente en tanto en cuanto variaba también su propia posición en la relación.

El mundo de Delia había vibrado ese mediodía y de pronto, según su testimonio, todo a su alrededor se detuvo. El faro, que en ese momento veía él ante sus ojos, brillante de color, se convirtió para ella en una imagen en blanco y negro, plana pero a la vez llena de... algo.

Hasta aquí todo hubiera sido tolerable, pero lo que continuó le inquietaba sobremanera. Delia explicó que sintió claramente, más con el cuerpo que con la razón, que se le manifestaba un orden distinto, una realidad que había estado siempre ahí, pero que de pronto se evidenciaba. Y esa realidad indicaba, sin conceptos, sin abstracciones, y sin ninguna duda, que el mundo era inabarcable, sí, pero también mucho más misterioso y poderoso de lo que escondían las apariencias y que ella haría bien en vivir para desentrañarlo.

Y aunque, para calmar su intranquilidad, Delia se había aprestado a asegurarle que no quería tomar la vía de la religión, ¿en qué lo iba a convertir a él aquello, en el futuro marido de una iluminada?

Sintió una tensión en los muslos como pidiéndole que se levantara y se marchara; que desoyera las fantasías de Delia y no las dejara entrar en su mente.

¡Que la realidad se le manifestaba! El doctor Contreras siempre pecó de arrogante. No era extraño que su hija hubiera heredado su presunción a fuerza de exposición continuada.

Y para hacerlo todo más complicado, peligroso y patológico, Delia dijo que una voz le comunicó sin palabras, solo con sensaciones profundas de seguridad, el mensaje que ella tradujo como: “Yo nunca te abandonaré”. Fue precisamente eso lo que logró, según ella, desterrar su ansiedad y neurosis. La experiencia de protección ilimitada como un abrazo físico que la envolvía de un modo completo y le daba algo que ni su padre ni él habían conseguido jamás.

Se daba cuenta de que era muy tonto sentirse celoso de un... abrazo de aire, transparente y sin cuerpo, ni mucho menos sexualidad. Porque Delia, cuando él protestó, dejó claro que aquellos “brazos de eternidad” (así los llamó) eran más bien femeninos en su suavidad y calidez.

Todo el mundo conocía la trágica historia de la madre de Delia, que había muerto repentinamente cuando ella era un bebé de apenas un día. ¿Podía ella acaso recordar ese primer abrazo, el contacto íntimo con quien le dio la vida, la primigenia y única caricia?

Que la ausencia materna era uno de sus problemas, estaba claro y hasta previsto. Pero era un factor a corregir con apoyo familiar y la inequívoca salvaguardia del matrimonio.

Se levantó algo de viento, trayendo aire de mar y vida y le pareció imposible recrear la experiencia de Delia, todo aquel embarazoso asunto. En ese instante fue tristemente consciente de que esos brazos y esa voz siempre estarían entre ellos, el ideal frente a la decepcionante realidad, distantes entre sí como la escollera artificialmente levantada para intentar abrazar al mar desdeñoso.

No le había pasado por alto que Delia rehuía sus abrazos o que a veces suspiraba profundamente y, cuando él buscaba sus ojos con satisfacción, leía en ellos el desencanto de quien espera otra intensidad. Y no se trataba de estrecharla con más fuerza —ya lo había intentado—, era esa maldita sensación de la escollera que él no podía darle.

Tampoco Delia parecía deseosa de compartir ese regalo del más allá —y era consciente de las concesiones que hacía considerándolo así—, pero era innegable que ella se había vuelto egoísta, como la celosa portadora de una joya extraordinaria.

No se lo había dicho a Delia, apenas se atrevía a confesárselo a sí mismo, pero también él deseaba un abrazo que lo liberara, ¿de qué? Jamás podría hablar de algo así con Delia o cualquier otra. ¿Podía acaso una mujer reconfortar las profundas tribulaciones de un hombre? Por otro lado, pensar que la única manera de abandonarse por completo era en brazos de otro hombre, traía una enorme incomodidad a su cuerpo y le hacía imposible resolver el dilema.

El sol no calentaba lo suficiente ni paliaba el fresco que el viento se obstinaba en concentrar en torno a su figura.

Deseó, con un parpadeo, que el mundo temblara y le manifestara también a él una verdad que lo transformara, que lo alejara de la empresa y los comités, que lo liberara del partido de fútbol los domingos, del coche que no tenía suficiente cilindrada, de los fondos de inversión, de todas las fachadas.

Si hubiera sabido llorar lo habría hecho, porque el mundo no tembló ni se inmutó ante su silencioso ruego.

Se levantó, se sacudió la soledad, se ató firmemente los cordones de los zapatos y caminó al encuentro de la gente que empezaba a poblar el paseo. En su cabeza ensayaba lo que le diría a Delia cuando la visitara esa tarde. “Cariño mío, tenemos que hablar...”.

Abajo el telón

Me he pasado la vida soñando con este momento. Desde el día en que la vi por primera vez. Estábamos en el mismo casting y yo ya deseé que Elvira se cayera muerta allí mismo. Tendríais que haberla visto entonces, con diecisiete años. Ya tenía esa insolencia y descaro tan suyos. En esa época no necesitaba maquillaje, así que era vulgaridad en estado puro, sin adornos ni afeites, algo digno de ver.

Ella siempre quiso ser una estrella, a toda costa. Se había criado entre revistas juveniles y chicles de fresa. Yo, en cambio, entré en el teatro para mejorar, para perfeccionarme como persona a través del arte.

Elvira se llevó aquel primer papel. Aunque en esa ocasión no valió de nada mi esfuerzo, admito que por entonces mi estilo era afectado y a ella le favorecieron su pereza y ramplonería. Sí, esas cualidades que nunca la han abandonado y siempre ha sabido poner de su parte. Ella lo llama espontaneidad y gracia natural. Yo lo llamo cara dura y falta de talento.

Las dos tomamos el mismo camino, pero mientras Elvira iba explotando su chabacanería en los teatros de barrio de provincias, en espectáculos zafios, yo di el salto a la capital. Y lo hice para aprender el oficio con humildad, trabajo y mucho esfuerzo. El teatro exigía lo mejor de mí, me absorbía por completo. Puede que lo mío no fuera un don natural, pero lo suplía con inmensa dedicación. Al cabo de un tiempo, siendo las dos de la misma ciudad, y cuando ella ya estaba a punto de aceptar que sería mucho mejor camarera que actriz, me vi obligada a aceptarla unos días en el apartamento que compartía con dos muchachas más. No sabía que iba a aprovechar su estancia en Madrid para robarme el mejor papel al que había aspirado en años.

—Oh, cuánto siento esto —dijo con una caída de ojos totalmente fuera de lugar—. Te juro que no me lo esperaba para nada. Me siento fatal por ti.

—No pasa nada. Vendrán otras oportunidades —dije, realizando quizá mi mejor interpretación.

—Claro, mujer. Además, no somos el mismo perfil.

En efecto, ella era la guapa y yo la modosa. Ella, la sexy y yo, la formal. Ella, la amante y yo, el ama de casa. Pero los papeles excepcionales escaseaban y ambas los deseábamos más que nada en el mundo. Elvira empleaba todos los trucos a su alcance para arrebatármelos y fue normal que

mi odio creciera, abuso tras abuso. Y aunque traté de hacer a un lado mis sentimientos y aceptar nuestra rivalidad como una parte más del juego de la vida, lo cierto es que sus triunfos eran mis derrotas y mis éxitos dolorosas punzadas para ella. Nos vigilábamos constantemente.

Sufrió horrores cuando perdí el galardón a mejor actriz por mi interpretación de Ana Sullivan, sin duda mi mejor papel, algo difícil de repetir y que Elvira nunca podría emular. ¡Qué honda decepción! Aquello debía haber sido el reconocimiento que siempre busqué, la confirmación de que mi carrera valía la pena y la culminación de una entrega total a la escena. Y no obstante, el premio fue a parar a una recién llegada con problemas de dicción. En esos duros momentos, y para mi asombro, Elvira me mostró su apoyo. Tuvo palabras consideradas y yo la creí. ¿Era posible que años de desencuentros tuvieran un final tan cómplice? Supongo que eso solo pasa en las comedias baratas.

Meses después, y de casualidad, en una cena informal con algunos artistas y escritores, me enteré de que, las semanas previas a la entrega del galardón, se extendió el rumor de que yo había conseguido mi papel acostándome con el director, un hombre, por cierto, de recta moral, casado con una mujer enferma y devota. Me sentí ultrajada por la difamación y el daño que eso hizo a mi candidatura en un ambiente tremendamente hipócrita. Traté de averiguar cómo había surgido tal embuste y solo pude quedarme con una frase que lo explicaba todo y me desgarraba: “No sé, a mi me lo dijo fulanita, a quien se lo contó menganita, que lo supo por zutanita, a la que se lo dijo... Elvira”. ¡Elvira! Sí, ella plantó esa semilla de la calumnia y después se sentó a ver cómo la mala hierba crecía mientras me daba palmaditas en la espalda. Cuando fui a su casa a pedirle explicaciones lo negó todo, pero nuestra conversación terminó con reproches, arañazos, una diente roto y varias fotos en los medios más sensacionalistas. Por supuesto, Elvira jugó el papel de víctima y yo cavé aún más mi tumba como actriz. Mientras ella recibía apoyo, ramos de flores y papeles, yo recibía recetas de Valium, abucheos y negativas en todos los proyectos.

Poco a poco, fui sucumbiendo a la depresión, que me hizo ganar peso y me convirtió en una madura actriz que solo encontraba papeles de tía abuela de la protagonista. Con cuarenta y seis años estaba acabada y Elvira, en cambio, se aferraba a cada tratamiento rejuvenecedor para estirar más y más su piel y su reinado. Mientras yo me hundía, ella lo tenía todo: el favor del público, la indiferencia de los críticos y la devoción de los hombres.

Trabajaba de vigilante de los aseos de señoras de una mugrienta estación de metro cuando empecé a concebir mi plan. Controlar a la gente que visita los urinarios da tiempo para pensar mucho. Mi objetivo estaba claro y únicamente tenía que encontrar un modo de hacerlo. Pensé y repensé y al final di con la manera.

¡Fue tan estimulante volver a actuar! Siguiendo el plan, arrastrándome por el lodo de un modo perfectamente ensayado, conseguí que Elvira mediara para que me dieran el papel de vieja sirvienta en la obra que protagonizaba. En la última escena, ella recitaba un brillante monólogo iluminada por una ostentosa lámpara de pie. Sabía de memoria cada palabra de esa escena, que Elvira interpretaba descalza y, aprovechando mi papel de sirvienta, sabía también cómo dejar un conveniente y potencialmente letal charco de agua junto a la luz que enfocaba a mi detestada rival.

La noche elegida, Elvira se cruzó conmigo y me dedicó la primera mirada amable en años:

—Estoy perdiendo la chispa —dijo, cansada—. Lo noto, ya no les engancho. Muy pronto se olvidarán de mí y quizá podamos por fin ser buenas amigas.

No pensaba ablandarme con sus falsos sentimentalismos. A pesar de que, con razón, Elvira declinaba y su destino era el ostracismo, yo no podía esperar. Quería verla apagarse inmediatamente.

—No creo que debas preocuparte por tu chispa —dije, amarga.

Llegado el momento, Elvira actuó de la manera prevista, demostrando que también sabía ser actriz de método y disciplina. Fue muy eficiente: en su solo movimiento, pisó el charco, encendió la luz y se electrocutó en directo. Ante su horrorizado público. ¡Eso sí fue brillar y lo demás tonterías! Los espasmos fueron realistas, vibró como nunca y cayó muerta, en una preciosa y gutural agonía. Me sentí perfectamente feliz con un resultado que lo tenía todo: un crimen perfecto, justicia y final teatral. No más funciones, no más directos, no más Elvira. Una actriz pésima que aligera el mundo llevándose a la tumba su mediocridad. Abajo el telón.

La sensación de triunfo fue tan dulce como efímera y empieza ahora a dejar un regusto a hiel. Hoy, cuatro días después de su muerte, leo en la prensa no sé qué del mérito póstumo. Se van a organizar varios reconocimientos y homenajes. Parece que, de pronto, la difunta ha ganado en clase y calidad interpretativa. La memoria selectiva del público empieza a crear un mito donde solo había vulgaridad en el ocaso. Se habla de darle su nombre al teatro

de nuestra ciudad natal, que considera además nombrarla hija predilecta. La gente vuelve a adorar a Elvira con renovado fervor. Es entonces cuando me digo: Dios mío, ¿qué he hecho?

Repetición

Voy a repetirlo. Sí, esto ya ha sido dicho en otro momento y ha pasado en otro punto. Quisiera llegar a lo más profundo de ti, por eso sigo regresando.

Una y otra vez.

Cuándo empezó y cuándo acabará son preguntas inútiles que arruinan la belleza de lo que está sucediendo. Por mucho que te esfuerces, no encontrarás un inicio.

Me dijiste que tu alma era un pozo insondable y yo te dije que, si me asegurabas que había agua clara, iba a adentrarme en él. No me daba miedo. Al contrario, desde el primer día supe que era una especie de destino. Nunca me tuve por determinista, pero entendí a la perfección que esa era mi misión.

He retornado a pesar de los pesares y a despecho de las novedades que fueron golpeándome cuando ya no había vuelta atrás. Así que existía otra persona, un metro noventa de persona. Tenías una familia perfecta, una con la que te ibas de vacaciones a lugares donde el aire tiene un filtro color melocotón. Después, compartías fotos de la playa y todo el ritual del hogar feliz. Pero eso no bastaba pa ti, porque un pozo insondable puede contener un agua ilimitada, pero la lejanía de la fuente provoca una interminable sed. Y así nace la inquietud de lo no satisfecho. De noche, entre jazmineros, a medio día en carreteras serpenteantes, en invierno y en verano por igual. ¡Si supieras cuánto te complicas la vida!

Las piedras grises del pozo rezuman humedad líquida, que es otro modo de mostrar tu sed. Cuando eso pasa, cuando brillan los hilos de agua bajo el pozal, entonces sé que ha llegado el momento, que esa es tu señal. Me acerco a ti en esas noches que se parecen todas y a la vez son singulares. Y simplemente me entrego. Llegas tú primero, me esperas y los primeros segundos dudo. Hay en tu mirada un color que aún no ha decidido su tono y en tu boca una mueca de sensualidad o remordimiento. La moneda está cayendo y temo que el resultado sea desfavorable, pero entonces tus manos se dirigen a mí. Me piden que cumpla y te libere. Y yo he de hacerlo cada vez. Sí, te parece nuevo, pero esto ya ha pasado.

* * *

Te digo que no quiero verte más. Entiendo que esto te sorprenda y sé que no me he comportado bien, pero ha de terminar. Es una locura. No, no me arrepiento, no es eso... o bueno, sí, tal vez sí. No quiero perder a mi familia. No, no lo sé. No quiero decir eso, ¡claro que lo sentía! La verdad es que... ¿oye?, ¿oye?, ¿estás ahí?... La verdad es que no puedo olvidarlo.

* * *

Quise protegerme de tus líneas duras pensando como una espiral. “¿Y cómo es eso?”, me preguntaste, tú que vives apegada a la lógica, que te ganas la vida con asuntos prácticos.

¿Sabes que a veces la lógica es como una cárcel con muebles de Ikea? Todo es tan bonito y a tan buen precio que te conformas.

Tú, que tienes un andamio de rutinas sosteniendo tu casa vital, que lanzas los dados y después te mueves, tú no entiendes que de se puede ir de la “A” a la “B” sin trazar una recta.

Pues simplemente doy vueltas y avanzo, replegándome. Me permito extenderme, pero a la vez, circundo el objetivo, que eres tú. Siento que hay un propósito en este avanzar en círculos. Te contemplo desde cada ángulo. Miles de versiones de ti.

“Me siento como un conejito blanco acechado por una serpiente”.

Te abrazo y retomo la felicidad de aquellos días en el que el abrazo era un gesto espontáneo que no implicaba nada.

—Tengo frío, mucho frío.

—“Es porque a tu vida le falta calor”, dijo la serpiente al conejito.

—Es porque la sangre me circula despacio...

Despacio sucedió aquello que nadie había previsto. Y entonces sonó el oscilar metálico del pozal. Y la cuerda serpenteó como lo hacía tu deseo. Había geranios de color fucsia alrededor. Todo parecía muy conveniente. De pronto, lo que siempre había estado ahí, se manifestó. La brisa de la noche y las estrellas entre los árboles; el césped húmedo y los enanitos de jardín; las carpas de colores en la balsa de riego y el croar de un par de ranas desincronizadas.

—Hay gente que se come las ranas como un delicatessen.

—Hay gente muy poco delicada.

Un silencio.

—¿Estás segura de esto?

—¿Necesitas que esté segura?

—Claro que no.

* * *

He vuelto a soñar contigo. Parece que mi alma te busca. Sueño mucho, aunque paso los días sin dormir. Trabajo y trabajo y en eso encuentro alivio. Tomo algún que otro Prozac, a veces veo HBO. Mi vida es estupenda, no, no es por eso. Es para no sentir... un abismo, eso es... como un pozo. El vértigo oscuro de lanzar un guijarro y esperar a que suene. Ya no puedo vivir así. ¿Qué harías tú en mi lugar?

* * *

Shhhh, espera en silencio. Aguanta las ganas de salir corriendo y entrar en Facebook.

Y, sobre todo, no me conviertas a mí en otra distracción.

* * *

Besé tu ombligo como si fuera una boca más, una que me pedía que la calmara. Te escuché suspirar. Después una risa, con un eco pétreo, como una nota que sube y baja por el hueco de una escalera. Y tus ojos en lo alto como el tragaluz, del miso color claro, transparentes.

—Siento que tienes lo que siempre he buscado.

También yo lo siento. Y sé que no es riqueza o belleza... es algo distinto. Ni siquiera es mejor o peor de lo que ya conoces. Es simplemente lo que necesitas. Esta hecho de sutilezas, casi agarradas con un alfiler. Ahí, justo ahí, en la intersección indefinible entre la razón y el sentimiento. Es un punto ciego, por eso te dolerá siempre.

A cambio, yo estoy dispuesta a regresar cada día. Me asomaré al pozo y esperaré tocar con mis dedos el agua fresca.

—Una noche soñé que echaban las cenizas de Orson Welles a este pozo.

Te apartaste el pelo de los ojos. ¿Cuántos metros de profundidad mostraban esas pupilas?

—Tienes cada cosa... —tus hoyuelos blancos brillaban en la oscuridad

—. Anda, repítemelo, por favor. Todo. Desde el principio.

Un ataque de lucidez

Me encontré a Silvia borracha por la calle. Eran casi las dos del mediodía, en pleno miércoles y ella caminaba parapetada tras sus gafas de sol, incapaz de mantener el paso recto. Cuando la intercepté, fue evidente que no podía disimular su estado.

—¿Vienes de celebrar algo?

—¿Quién yo? —Se tambaleó a un lado—. Podría decirse. Vengo de firmar el divorcio. ¡Por fin!

Aquello me hizo pensar que mi amiga no llevaba muy bien su separación y sentí la necesidad de ofrecerle mi apoyo.

—¿Quieres que hablemos?

—No, tengo bastante prisa. —Me apartó, dio un par de pasos y se detuvo—. ¿Sabes?, puede que tú me consideres una borracha, pero en realidad lo que tengo es un ataque de lucidez. Y no quiero que se me pase.

Nada más decir algo tan sorprendente se encaminó avenida abajo sin contar conmigo. Me apresuré a seguirla.

—Silvia, si lo del divorcio te ha alterado, puedo hacerte compañía. Es normal que estés así.

Mi amiga se quitó las gafas y sus bonitos ojos castaños, velados por el alcohol, se fijaron en mí como si me viera por vez primera.

—No necesito nada. El divorcio me ha quitado un gran peso de encima. Me siento infinitamente más ligera y lesbiana.

—¿¿Cómo??

—Liviana, joder... quería decir liviana... aunque... —se rio—, quizá también lesbiana, claro que sí. Eso también.

Me alarmé al instante por sus desvaríos y tiré de su brazo hasta conseguir que se sentara en un banco del paseo.

—Estás alucinando. Dices cosas muy raras y además, tienes los ojos hinchados. Dime la verdad, ¿has estado llorando por Esteban?

—Calla, por Dios, ¿por ese miserable?

—Erais una pareja modélica.

—Éramos una pareja mierdosa. Es la pura verdad. O mira, sí, modélica en ocultar lo mierdosa pareja qué éramos. Una módelica pareja mierdosa. Eso se ajusta mucho mejor.

—Pero Silvia, ¿de qué hablas? ¿Estás bien?

—Sí, ¿no te lo he dicho ya?, sufro un ataque de lucidez. Estoy mejor que nunca.

—A mí no me lo parece. Estás rarísima.

—Eso es porque siempre he sido una buena chica, razonable y... ¿cómo es esa virtud que dicen que es tan buena, pero que a mí no me ha servido de nada? ¡Ecuánime!, eso, ecuánime. He sido todo un ejemplo de equilibrio y ecua... ecua... ecua... lo-que-sea.

Era una palabra difícil para alguien con alcohol en la sangre. Silvia soltó una risotada.

—Toda la vida he pretendido estar genial —prosiguió—, aunque la procesión fuera por dentro, por mi orgullo, por no dar el espectáculo, por el qué dirán. He hecho la tonta días y días, años y años... —Me miró—. Puede, de hecho, que nunca me hayas visto lúcida hasta hoy. Puede que no me conozcas en absoluto, ¿no es triste?

—Tantos años con Esteban. Es muy normal que te sientas rara.

—¡Mira que eres pesada, hija! Esteban, Esteban... tantos años en una farsa con Esteban. Esteban llevaba siglos engañándome. Y fíjate que no le culpo, de eso no.

—No tenía ni idea.

—Pues lo sabía todo el mundo. Escucha, no me importa nada. Esteban es aburrido, mediocre, está calvo y huele a ajo. Es normal que necesite reforzar su autoestima.

—¡Pero Silvia!

—Ni Silvia ni leches. Verás, yo no he sido la mejor mujer, más bien he sido una horrible arpía, porque él no me importaba nada y tenía la poca decencia de no afrontarlo. Sentíamos mutua indiferencia. Y eso, esa porquería, nos ofrecíamos cada día. No lo podíamos admitir, lo de que no nos tragábamos, incluso que a mí él me daba asco, asco, sí, ¿cómo iba acercarme a él si me daba repelús? Y no creas que yo le interesaba mucho más, qué va, se le notaba a la legua... Todo era una comedia de puertas para afuera... bueno y para dentro, por nuestra familia, claro. Eso nos importaba más que nosotros mismos. Triste pero cierto. Y fíjate, ahora por fin, somos libres. Maduritos libres.

No sabía qué decir. Quería apoyarla, pero ahora me parecía que no me necesitaba. Jamás la vi hablar tan claro. Silvia se llevó las manos a la cara.

—¿Estas lágrimas dices? Sí, he llorado. Y también he bebido. Cuatro copas de vino y en ayunas.

—Silvia...

—Y no me importa decirte que he llorado y bebido por una mujer.

—¿Por qué mujer? ¿A qué te refieres? ¿Has tenido algún problema con alguna funcionaria estúpida?, ¿es eso?

—Ay, Señor, tú sí que estás estúpida hoy, o tonta del culo, y perdona que sea tan clara, pero es que te empeñas en no entender.

—¿Entender qué?

—Una mujer me ha roto el corazón y para que me lo rompiera, previamente se lo he entregado y parte de la entrega consistió en follar, mucho y bien y como nunca en mi vida. Por eso, por perder eso, por perderla a ella y su bonita sonrisa y el resto de sus preciosos encantos, por eso bebo. Y no por el gilipollas de Esteban, ¿está claro?

Me quedé sin palabras. ¿Era posible que mi amiga estuviera aquejada de alguna enfermedad súbita que la hiciera desvariar así? Aquello no cuadraba para nada con su forma de ser. Ni en sus palabras, ni en su actitud, ni en su tendencia sexual la reconocía. ¿Dónde estaba mi Silvia?

—Me ha dejado por otra —continuó— y eso me duele, me hace trizas, pero es un dolor que me hace sentir viva al menos. —Me dio un golpecito en el hombro—. ¿Qué pasa?, ¿te has quedado muda de pronto?

—No, no, es que ni tenía ni idea de que tú...

—¿De que yo, qué...? Pues sí, Ana, y he sido muy feliz estos meses. Todo el mundo debería probar esto antes de morir. Y no te hablo ya de estar con una mujer, eso es lo de menos. Debería probar a liberarse, quitarse la máscara, romper con todo y entregarse al amor, a uno salvaje, nuevo, rompedor...

—Pero Esteban...

—¡Y dale! ¡Esteban también debería! Pero no un rollo desesperado para salvar su autoestima de cincuentón crepuscular o camelarse a una jovencita que lo mire embelesada, que ya hay que tener tragaderas, porque está horroroso. El muy tonto cree que dejándose barba oculta todas sus miserias. Pero no, debería dejarse de chorradas, buscar al ser humano que hay debajo de toda su prepotencia, ese que yo un día conocí, y probar el amor de verdad, para variar. Y mira, no hablo de un revolcón. Se trata de otra cosa. Y a ti también te lo digo. Hablo de algo que te haga sentir viva. ¡Viva! Algo que nos

ocupe plenamente, a ver si así dejamos de machacar a nuestros hijos, envidiosos de lo libres que son aún. Y a ver si nos atrevemos a dejar la asquerosa gestoría, que mira que no hay trabajo más aburrido, y salir a que nos dé el sol, sin importar que sea miércoles y tomar tres copas de vino en una terraza aunque sea de buena mañana. Salir, salir de las trampas de hámster, del puto miedo a no tener con qué pagar la hipoteca. Porque... ¿no será una excusa más bien, esa mierda de pagar seiscientos euros al mes a cambio de no existir?, ¿no será el pretexto perfecto para no vivir, para no arriesgar, para no ser valientes?

Pensé en el ingreso que debía realizar en el banco en solo unos días y se me formó un nudo en el estómago.

—Silvia, esto que tú tienes es... es...

Silvia se levantó. Su aspecto era caótico, con el pelo despeinado y la blusa arrugada, pero jamás la había visto tan vibrante.

—¿Qué es, Ana?, ¿mala educación, locura, menopausia, extravagancia, histeria?

—No, amiga, tú lo has dicho, es un ataque de lucidez. De pura y bendita lucidez.

Nos reímos con sonoras carcajadas que atronaron ese mediodía de miércoles. Dos hombres con pinta de oficinistas que regresaban a casa a comer nos esquivaron.

Que sea martes
(si quieres que te recuerde)

—¿Diga?

—Hola, soy yo.

(...)

—¿De verdad eres tú?

—Claro, supongo que no me esperabas.

—Lo cierto es que no, hace tanto... Dime, ¿dónde estás? No, no lo digas. Estoy cerrando los ojos para verte.

—¿Y qué ves?

—Hay montañas verdes a lo lejos. Te imagino en una cabina de teléfonos, en un camino brumoso. El ambiente es de color púrpura y no hay nadie más cerca. ¿He acertado?

—Estoy en una cabina de teléfonos en un camino solitario, más amarillo que otra cosa... Hay unas nubes color crema sobre el cielo púrpura. Estoy cerca de una playa.

—¡Mientes!

—No.

—Sé qué no, sé que solo contigo eso es posible.

—¿El qué?

—Esto, que yo te imagine en Ceilán y tú me digas que estás allí. Con el resto del mundo no tengo poderes.

—Es que estoy en Ceilán.

—¿De veras?

—Sabes que sí. En realidad esto se llama ahora Sri Lanka, pero eso no cambia nada.

—Deja que la llame Ceilán entonces... ¿Qué haces allí?

—Acuerdos con productores de té.

—Ha vuelto a pasar, ¡es increíble! Te aseguro que es lo que he pensado, lo veía en mi mente, pero no quería decirlo, por si te asustaba.

—¿Desde cuándo te preocupa asustarme? En todo caso, el té de Ceilán es

afamado, tal vez por eso has imaginado...

—No, no. Podía haber pensado en coco o canela o qué sé yo, pero te veo rodeada de campos de té, como si te tuviera delante. Hay mujeres con saris, recogiendo las hojas, moteando las montañas con sus cestas. Te veo con una camisa color tabaco y unos pantalones verdes, la camisa arremangada, los brazos morenos.

—Exactamente así es como visto hoy. Pero es práctico por aquí. Es un tejido fresco y me queda bien.

—Seguro que sí. Debe de realzar el color de tus ojos.

(...)

—Escucha, yo... quería saber cómo estás, qué es lo que haces, cómo te las apañas...

—¿Sin ti?

—Contigo.

(...)

—Veamos: en este lado del mundo no ha ocurrido nada extraordinario. Tal como prometí, he vuelto a escribir poesía. El pueblo me gusta, es silencioso. ¿Sabes que aquí estuvo Santa Teresa? El viento en las calles empedradas crea bonitas melodías. Soy bastante feliz.

—¿Sin mí?

—Conmigo.

(...)

—Te confieso que no sabía si llamarte o no. He dudado muchas tardes.

—¿Por qué?

—Cuando me fui, dijimos que ahí se acababa la historia, ¿te acuerdas?

—He jugado a olvidarlo.

—¿Y cómo va el juego?

—Va muy bien. Tras mucho empeño lo consigo los lunes, miércoles, jueves, viernes, sábados y domingos.

—Y hoy... hoy es martes.

—Precisamente. ¿Qué me cuentas tú?

—La vida en Sri Lanka es apasionante. No tengo un minuto libre. La empresa para la que trabajo me tiene yendo de un lado a otro, sin parar, a través del país. He conocido a gente muy interesante y he recorrido toda la isla sin caer al océano ni una vez.

—Un año da para mucho, supongo que no hay isla que resista el asedio de los días. Voy a ser un poco brusca... ¿has conocido a alguna mujer?

—Hay una chica, sí. Se llama Güendolina, muy inteligente, guapa y talentosa. ¿Y tú?

—Hay un poeta... se llama Guti.

—Guti, ¿como el futbolista?

—Como muchos hombres de apellido Gutiérrez. Su cara es mucho más bonita que su apellido. Compone en alejandrinos y siempre bebe zumo de melocotón.

—Creía que eso era incompatible con el verso libre.

—El melocotón va con casi todo.

—Me refiero a los alejandrinos. ¿Seguro que te gusta?

—Me hace muy llevaderos los martes.

(...)

—¿Recuerdas nuestra última noche?

—¿Ya has decidido que sea la última?

—Qué torpe, déjame probar otra vez: ¿recuerdas nuestra primera noche?

—Fue un poco nostálgica. Tú ya habías decidido que te harías rica en Asia.

—Y tú que te harías pobre en un lugar de la Mancha.

—Así es, prometí que escribiría versos hasta no tener qué comer.

—Y yo que cerraría negocios hasta que se me llenaran los bolsillos y me impidieran caminar. ¿Quién crees que llegará antes a su meta?

—Moriremos las dos de éxito.

—De momento, las monedas sirven para pagar esta conversación (...) ¿Sabes?, a veces pienso que las cosas podrían haber sido diferentes entre tú y yo.

—Eso es muy impropio de ti. Sueles estar muy segura de tus decisiones. Eso me gustaba mucho de ti, hasta que me rompió el corazón, claro. Una cosa es que admire cómo eliges un vino sin dudar y otra muy distinta que me resignes a cómo decides qué vida nos conviene a las dos. Aunque presentíamos que sería así, ¿verdad?, desde el principio compramos el boleto de “amor imposible”.

—No nos pongamos tristes. No es culpa de nadie si nuestra visión del mundo es distinta.

—Tienes razón. ¿Si nuestra cosmovisión difiere, nuestros corazones también?

—Deberían. Por su propio bien.

—¿Quieres que hagamos la prueba?, ¿quieres saber si somos afines en

este mismo momento con una sencilla prueba?

—Adelante.

—De acuerdo, ahora me voy a poner muy seria, concéntrate en tu respuesta.

—Estoy concentrada.

—Está bien, dime, cuando piensas en el paraíso, en el no va más, en el *non plus ultra*... ¿en qué nivel, en qué piso crees que está el cielo?

—Menuda pregunta abstracta, ni siquiera la entiendo. No recordaba lo difícil que es hablar contigo.

—A ver, dicho más llanamente: si tuviéramos una cita en el cielo y fueras allí en ascensor, ¿en qué piso pararías?

—Ah bueno, esa es fácil. En el séptimo. Todo el mundo lo sabe. El séptimo cielo es el tope.

—Bah, ese lío lo metió Dante y puede que sea el culpable de que no nos encontremos nunca más por mucho que lo intentemos.

—¿Quieres decir que no estarías allí esperándome?

—No, claro que no... Yo estaría en la nube nueve, en el noveno, vaya. Y entonces tú tendrías que buscar una cabina de teléfonos y llamarme y preguntarme qué tal estoy después de doce meses anhelándote. Y eso demuestra que hicimos muy bien en separarnos o quizás que no debemos insistir en juntarnos.

—Así que todavía somos incompatibles.

—Nunca dejamos de serlo.

—¿Ni aquella primera noche?

—Aquello solo fue el magnetismo de dos polaridades opuestas, tal vez ni es mérito nuestro.

—Para ser poeta eres muy práctica.

—Para ser empresaria eres muy idealista. ¿Por eso me llamas, para ver si hay alguna posibilidad?

—Solo quería escuchar tu voz.

—De acuerdo. Mi voz te dice: ¿qué harás esta noche?

—Aquí ya ha oscurecido. Hoy ceno con Güendolina, es su cumpleaños.

—¿También hay cumpleaños en Ceilán?

—Todos los días. Dime, ¿qué harás tú?

—(...) Podría escribir los versos más tristes esta noche...

—Hablo en serio.

—No lo sé. Saldré al patio, regaré las plantas y esperaré a Guti. Iremos al

cine.

—¿Qué veréis?

—Una de amor, para reírnos mucho. Guti tampoco cree en el amor, ¿sabes? Eso nos une mucho.

—¿Y es poeta?

—Es poeta realista. Compone sonetos etnográficos y es muy bueno en lo suyo.

—¿Seguimos hablando de poesía?

—Así es.

—¿Sonetos etnográficos... ¿eso qué es?

—Pues una oda a la mecedora, a la tejedora de alfombras, una elegía de la cocina económica... Esas cosas del día a día, costumbristas. La poesía de la cotidianidad.

—Pensaba que la poesía hablaba de lo excepcional, de las cosas raras que ocurren a veces.

—¿Como cuando te enamoras profundamente y sales corriendo por miedo a que sea cierto?

—Supongo que podría encajar en mi idea de poesía. Esas cosas que la vida ofrece sólo a quien mira bien, misteriosas, preciosas...

—Tan bonitas como esos nombres que contienen todas las vocales... Güendolina... ¿Será la madre de tus hijos?

—Tiene tres de un anterior matrimonio.

—Eso es ser eficiente.

—(...) Oye, en nuestra primera noche, antes de marcharme, me dijiste que si me veías en peligro, me lo dirías, que no dejarías que me perdiera.

—¿Te persigue algún león?

—¿Sabes que hay un león dorado representado en la bandera de Sri Lanka? Sostiene una espada con la pata derecha.

—¿Y te da miedo?

—Lo de llevar la espada, aunque sea amenazante, lo hace más lento.

—Si ese león diestro no es un problema, ¿qué peligro te acecha entonces?

—Supongo que solo la desesperación de haberme equivocado.

—Tenías claro que quedarte y que saliera mal sería más doloroso que irte.

—Pero no trataste de retenerme.

—Sinceramente, me parecía poco considerado demostrarte mi amor a bocajarro. ¡Nos acabábamos de conocer!

—Para consolarme, me dijiste que si no me iba bien, siempre podría volver.

—Sí, aunque te advierto que volverías a un lugar en el que ya no estoy. Me marché de Madrid, ¿recuerdas? La física también está en nuestra contra. Fue otro tiempo, otro espacio y otra yo.

—Otra tú... ¿Queda algo del sentimiento?

—Sé que no usarás esto en mi contra... Recuerdo tu mirada y cómo pensaba que parecía hecha solo para mí; que por fin la había encontrado entre todas las miradas del mundo.

—Nuestro tiempo no ha llegado todavía. Aún podemos sufrir más, las dos, separarnos más, llenar el espacio de días, de otras cosas, ¿no crees?

—Sí, creo que podemos rehuirnos eternamente.

—Si nos alejamos lo suficiente tal vez nos encontremos. La tierra es redonda.

—También dicen que es azul y yo la veo transparente.

—Para mí ahora es plana e infinita, jamás parece curvarse.

—Calla, detente, por favor, o empezarás a hacer poesía y a mí no me gusta el té. Solo tienes un mal día en el paraíso. ¿Volverás a llamarme?

—¿Querrías?

—Sí, llámame un día que llueva mucho, bajo un arcoíris.

—Lo haré.

—Que sea martes, si quieres que te recuerde.

—Así será. Te llamaré un martes muy lluvioso bajo un arcoíris.

—Entonces volveremos a testar nuestra compatibilidad. Mientras tanto, cuídate.

—Tú también...

Nota final

Gracias por leer este libro y asomarte a las historias que contiene. Mi esperanza es que sus personajes te hayan interesado, suscitado curiosidad o tocado de algún modo. Así lo hicieron conmigo, cuando fueron surgiendo, de donde quiera que vengan las historias, y me pidieron una voz. Así pues, he tratado de contar lo que mis ojos vieron y no imagino mayor felicidad que la de que ahora otros ojos (¡los tuyos!) recojan el testigo.

Puedes comentar conmigo a través del correo en *marta.catalavila@gmail.com* o en redes sociales *@_mcatala*

¡Hasta pronto! ;)